

Universidad Nacional Autónoma de México

Programa de Maestría y Doctorado en Psicología

Residencia en psicoterapia para adolescentes

Aurora o la metamorfosis pubertaria: angustia por y en
el cuerpo.

Reporte de experiencia profesional

que para obtener el grado de

Maestra en psicología

Presenta:

Judith Harders Cornier

Directora: Dra. Bertha Blum Grynberg

Revisora: Dra. Ana María Fabre y del Rivero

Comité tutorial:

Dr. José Cueli García

Dr. Jaime Winkler Pytowsky

Mtro. José Vicente Zarco Torres

México D.F. Mayo 2012



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Le disgustaba el no comprender bien lo que era la política y el no saber dónde terminaba el universo. Se sentía pequeño y débil. ¿Cuándo sería él como los mayores que estudiaban retórica y poética? Tenían unos vozarrones fuertes y unas botas muy grandes y estudiaban trigonometría. Eso estaba muy lejos. Primero venían las vacaciones y luego el siguiente trimestre, y luego vacación otra vez y luego otro trimestre, y luego otra vez vacación. Era como un tren entrando en túneles y saliendo de ellos y como el ruido de los chicos al comer en el refectorio, si uno se tapa los oídos y se los destapa luego. Trimestre, vacación; túnel, y salir del túnel; ruido y silencio. ¡Que lejos estaba! Lo mejor era irse a la cama y dormir.

Retrato del artista adolescente.

James Joyce

A Gonzalo, por graduarme de Ma

A Chris, por nuestra gran aventura de amor y familia

A mis maestras Boni y Ana, por su aliento

A Cueli y nuestro entrañable grupo de los sábados

A mi amigo José Belmont

TABLA DE CONTENIDO

I. INTRODUCCIÓN	6
II. ¿QUÉ SIGNIFICA TRABAJAR CON ADOLESCENTES DESDE EN PSICOANÁLISIS?	
La adolescencia en la historia del psicoanálisis	10
Emergencia del concepto de adolescencia y pubertad en Freud	10
Los precursores	14
Aportaciones de psicoanalistas franceses	35
Planteamientos clínicos	47
Un encuadre diferente: sus consecuencias	51
III. MÉTODO	
Objetivo	56
Tipos de estudio	56
Escenario, procedimiento, participante	57
IV. PRESENTACIÓN DEL CASO	
Descripción del paciente	61
Motivo de consulta	62
Estructura y dinámica familiar	63
El caso clínico	67
Ejes de análisis del trabajo terapéutico	83
El ritmo de las sesiones	85
El tiempo congelado	88
Espejito, espejito, ¿dime quién soy?	91
La herida abierta	97
Entre Rapunzel y Madonna	102
V. CONCLUSIÓN Y DISCUSIÓN	105
VI. BIBLIOGRAFÍA	111

I. INTRODUCCIÓN

La adolescencia es un período que ha ido recibiendo cada vez más la atención de las diferentes escuelas psicoterapéuticas. Desde el psicoanálisis pensar la adolescencia es hacerlo desde:

...la imposibilidad de superar, de manera tan suelta y optimista, la tormenta y el empuje [Sturm und Drang] de ese período crucial de la vida en que la naturaleza y el cuerpo parecen aliarse sin mediación para interpelar las normas que rigen los intercambios sociales. (García, 2008, p.8)

Como decía Víctor Hugo la adolescencia es la aurora de un adulto en el crepúsculo de un niño. Es una revolución que lleva a procesos de metamorfosis, la revolución del cuerpo real que impone su ley con una violencia del orden del cataclismo. El cuerpo se vuelve un instrumento nuevo que hay que afinar al diapasón de nuestros deseos y no solo de nuestras pulsiones. Ese ajuste empieza justo en la pubertad, momento particular en el cual la naturaleza irrumpe de manera genéticamente programada. Lo genital sorprende al aún niño. Este movimiento emergente de lo genital se vuelve la base pulsional del trabajo de subjetivación que propone Philippe Gutton en su libro *Lo puberal*.

La fuerza de la metamorfosis pubertaria reside en nuestra capacidad de seguir el programa, de hacerlo de uno: mi devenir asume la toma de posesión de lo que adviene. (Gutton, 2004, p. XII)

El cuerpo en transformación y las consecuencias psíquicas de la metamorfosis no pertenecen al púber en un inicio, es vivido como algo del orden de lo intruso, que invade y que incita funcionamientos psíquicos inesperados.

Es justo ese momento biológico y psíquico tan peculiar el que será objeto de estudio de esta tesis. Me parece que, para poder pensar la adolescencia, tenemos que haber captado los efectos de ese momento pivote que es la pubertad.

En el psicoanálisis, se reconocen muy pronto los efectos psíquicos de la pubertad. Freud, en el Proyecto de una psicología para neurólogos (1895), establece que la adolescencia es un momento privilegiado, paradigmático del *après-coup*, hallazgo gracias al cual la temporalidad psíquica adquiere su valor teórico. Temporalidad en dos tiempos, concepto fundador de la metapsicología freudiana. Basta pensar en términos como elaboración, represión, resignificación derivados de esta concepción de posterioridad. Fenómenos que si bien se pueden apreciar en cualquier momento de la vida, durante la adolescencia, el *nachträglich* se convierte en el punto de partida del retorno de lo reprimido, pues el advenimiento de la sexualidad genital en el cuerpo del niño, permite el resurgimiento de procesos primarios póstumos provenientes de la sexualidad infantil.

En un tercio de las minutas de los miércoles de la Sociedad Psicoanalítica de Viena, se pueden encontrar menciones al respecto de la adolescencia. Son comunicaciones aleatorias, dispersas sobre una gran variedad de asuntos relativos a este tema. Sin embargo, en dicho material, podemos destacar las aportaciones de Freud sobre la masturbación durante la pubertad. Para él, ésta puede influir en el desarrollo de la neurosis, cuando queda anclada a las fantasías pubertarias en relación con los primeros objetos de amor. Torna difícil el desplazamiento de los anhelos edípicos hacia nuevos objetos. Esta idea fundamental será retomada por Philippe Gutton en su desarrollo de lo pubertario.

El adolescente como objeto de estudio propio del psicoanálisis será en un inicio el joven delincuente o con problemas de adaptación social. Las tentativas de explicación de su fracaso escolar o social darán origen a las primeras teorizaciones al respecto. Siegfried Bernfeld (1922) y August Aichhorn (1925) son los responsables de estos trabajos pioneros. Años más tarde, Anna Freud (1936) describirá los mecanismos de defensa típicos durante la adolescencia. Asimismo, dirá que el tratamiento de adolescentes entraña una serie de dificultades derivadas de la rigidez de dichos mecanismos, cuando no hacen simplemente imposible esta tarea. Melanie Klein, por su parte, cree posible el tratamiento, pues no cree que exista una especificidad teórica exclusiva de la adolescencia, sino una recrudescencia de las angustias típicas de la

niñez, lo que implica, a nivel de técnica, privilegiar la escucha y consiguiente elaboración de los contenidos más arcaicos.

La generación siguiente, cuyos aportes se ubican en la época de la posguerra, se atreve a iniciar el tratamiento clínico de adolescentes, sin el mar de reticencias de sus predecesores. Lo anterior permite que se lleven a cabo desarrollos teóricos, ahora sí, sobre la especificidad de la problemática adolescente. Son ejemplos de esta labor los trabajos de Donald W. Winnicott (1971) y los Laufer (1973) en Inglaterra; Erik Erikson (1950) y Peter Blos (1966), en Estados Unidos; Arminda Aberastury y Mauricio Knobel (1971) en Argentina; Pierre Mâle (1964) y Évelyne Kestemberg (1999) en Francia. Son herederos de esta tradición Philippe Gutton (1991) y Philippe Jeammet (2010).

Estas aportaciones nos permiten pensar la adolescencia desde varios ejes, lo que sin duda nutre el trabajo clínico que desempeñemos. Son de gran valor las reflexiones que diferentes autores hacen sobre el papel del cuerpo durante la adolescencia. El empuje puberal lo convertirá en un objeto perseguidor, un intruso. Dejó de ser el escudo protector garante de la intimidad. Pasa a ser un traidor que revela todas las filiaciones, e identificaciones no queridas. En ese trance el púber se pregunta que le pertenece a él y eso lo puede angustiar de tal manera que parezca como única solución posible la inhibición del desarrollo y de los procesos de subjetivación. El caso que analizaremos en este trabajo ronda dicha problemática desde la perspectiva de lo traumático que puede acompañar la metamorfosis puberal. Veremos cómo el impacto de la menstruación va a marcar la psique de la paciente inmovilizándola. La búsqueda del control, ante la insurgencia del cuerpo, la llevará a improvisar soluciones sintomáticas: deja la escuela y enferma.

El desarrollo del cuerpo conecta al adolescente con la temporalidad de su existencia. Tendrá que crecer y dejar la dependencia en aras de la autonomía, buscando un lugar de identificación entre sus pares. La necesidad de autonomía pone a prueba las bases narcisistas y complejiza los vínculos objetales. Surge la paradoja en la cual el joven se ve confrontado con el hecho de que solo podrá desarrollar su autonomía en la medida que reconozca su dependencia. Dicha paradoja pone en jaque

su narcisismo, justo cuando más necesita sentirse uno mismo, un ser completo. La fragilidad narcisista de la paciente, le impide tolerar los vínculos con sus semejantes, aislándola de cualquier relación novedosa que pudiera nutirla. Se vuelve un círculo vicioso. Philippe Jeammet habla de la adolescencia como un segundo nacimiento, ya que en esa etapa de la vida se retoma la complejidad del complejo de Edipo, las identificaciones se cuestionan y se reconstruyen. En ese sentido el concepto de Jeammet de espacio psíquico ampliado es muy útil ya que resalta la importancia del sostén parental en ese proceso. Los objetos reales se tornan tan importantes como los internos. En el caso de la paciente, sus padres muestran demasiada dificultad para acompañarla en su advenimiento como joven mujer. Tienden a resistirse acorralándola en el lugar de la niña. La paciente sigue añorando ese lugar a la vez que repudia la sobreprotección. Éstas son las líneas generales por la cuales discurrirá la reflexión teórica sobre mi trabajo clínico con Aurora.

Este reporte se elabora para compartir la experiencia clínica que he ido desarrollando a lo largo de estos dos intensos años de formación en la maestría en Psicoterapia para adolescentes en la UNAM, dirigida por la doctora Bertha Blum Grynberg, donde ha predominado la importancia de articular lo teórico y lo práctico, combinando lecturas, reflexiones y prácticas en torno al psicoanálisis como herramientas de saber sobre la adolescencia, en el centro de Atención Psicológica de la facultad de psicología de la UNAM.

II. ¿QUÉ SIGNIFICA TRABAJAR CON ADOLESCENTES DESDE EL PSICOANÁLISIS?

La adolescencia en la historia del psicoanálisis

Emergencia del concepto de adolescencia y pubertad en Freud

El hallazgo de objeto es propiamente un reencuentro.

Freud, 1905.

Al pensar en las teorizaciones de Freud sobre la pubertad y la adolescencia podríamos aseverar que no existe tal cosa. Por lo menos no podemos decir que haya una articulación del proceso adolescente explícita y esto, retomando las ideas de Olivier Ouvry (2004) en su artículo, Freud: théoricien du pubertaire?, se debe al contexto histórico ya que faltarán varios años para que la adolescencia sea parte de la conciencia social y no solo un puente entre la niñez y la adultez. Y es justamente en la niñez donde Freud va a concentrar gran parte de su pensamiento innovador: la revolución epistemológica del perverso polimorfo. Sin embargo, la revisión de los primeros textos por parte de los psicoanalistas contemporáneos que trabajan el tema de la pubertad y la adolescencia, da origen a las premisas de los que serán sus ejes teóricos.

Desde los inicios y sus primeros textos, Freud plantea la pubertad como una fase donde las sensaciones corporales se anudan a los pensamientos de lo sexual, lo prohibido con la sensación del peligro de lo desconocido. Como lo menciona en torno al caso de Emma en el Proyecto de psicología en 1895:

...aquí se da el caso de que un recuerdo despierte un afecto que como vivencia no había despertado, porque entretanto la alteración de la pubertad ha posibilitado otra comprensión de lo recordado. (Freud, 1895, p.403).

La alteración de la pubertad que Freud pone de manifiesto, marca el psiquismo humano. Así es como la sexualidad irrumpe en la pubertad como:

...un primer acrecentamiento de excitación vago, sin destinación, sin meta. (Freud y Breuer, 1893, p.211).

Según su célebre fórmula, la aparición tardía de la pubertad, propia del ser humano, vuelve posible procesos primarios póstumos. Cuando Freud plantea la instauración en dos tiempos, revoluciona las formas de abordar la temporalidad psíquica, articulando la sexualidad infantil con todo material clínico. Así, la existencia de estos dos tiempos, sería responsable de la emergencia de una cultura superior. Se puede concebir entonces el rol crucial de este tiempo diferido de la pubertad en relación a nuestras capacidades creativas y sublimatorias, en tanto especie humana donde la sexualidad cumple una función que no se limita a la reproducción, tal como ocurre en el animal que obedece ciegamente un instinto. Asimismo, el après-coup también se relaciona con nuestras tendencias a bloquear o inhibir el imperio del principio del placer.

Desde el Proyecto, Freud tomó como modelo el après-coup como paradigma de la problemática adolescente a partir del caso muy conocido de Emma, esta joven con un cuadro fóbico. No podía entrar sola en un almacén. En su investigación analítica aparece el recuerdo de la joven, quien a los 12 años, entra en una tienda de ropa donde tiene la certeza que dos vendedores se burlan de ella por su vestido. Uno en particular, el que la mira con mayor burla, parece despertar algún interés en Emma. Asocia ese momento con el inicio de su fobia. De manera muy acertada, Freud se pregunta por la ligazón entre los dos elementos y le parece que la fobia esconde algo más. No cree lógico que su cuadro se haya desatado, como se lo explica Emma, por la sola risa de los jóvenes por su ropa: lo que Freud apunta como proton pseudos es una falsa conexión, articulada por el sujeto desde la mayor ingenuidad o buena voluntad, poniendo en relación de causa y efecto dos elementos de manera forzada. Siguiendo la investigación del caso, Freud se entera que algunos años antes, cuando Emma tiene 8 años, había ido a comprar unos dulces a una confitería y el dueño le pellizcó los genitales a través de su vestido, con una sonrisa sardónica. Asiste una segunda vez al

establecimiento donde se repite la escena. Entonces aparece la ligazón entre su vestido, la sonrisa del pastelero y la sonrisa de los vendedores de ropa. Muestra entonces como el primer evento, efectivamente traumático, no pudo ser integrado por la niña, y solo en un segundo tiempo, en un *après-coup*, esta escena cobra todo su significado, ya que se vuelve a activar en el cuerpo de una adolescente atrapada en su conflicto pulsional y la culpa. Este episodio implica aparentemente un traumatismo real. Posteriormente las cosas se vuelven más complejas porque sabemos que lo pulsional no solo se traba por eventos concretos en la realidad, sino por todo lo que el sujeto elabora, a nivel inconsciente, de sus propios deseos, en el registro de la seducción, la escena primitiva y la castración, es decir en el de las fantasías primarias.

El postulado de estos dos tiempos permite seguir la hipótesis de una reorganización periódica de los materiales psíquicos presentes bajo la forma de huellas mnémicas. Entonces la pubertad aparece como un momento privilegiado de este postulado.

Los recuerdos infantiles de los seres humanos se establecen solo a una edad posterior (casi siempre, en la pubertad), y que entonces son sometidos a un complejo trabajo de refundición que es enteramente análogo a la formación de sagas de un pueblo sobre su historia primordial. (Freud, 1909, p.162).

Las transformaciones de la pubertad constituyen para Freud un pilar, donde la pulsión, hasta ese momento autoerótica, va a descubrir poco a poco el objeto sexual, bajo la primacía de lo genital.

La normalidad de la vida sexual es garantizada únicamente por la exacta coincidencia de las dos corrientes dirigidas al objeto y a la meta sexuales: la tierna y la sensual. La primera de ellas reúne en sí lo que resta del temprano florecimiento infantil de la sexualidad. Es como la perforación de un túnel desde sus dos extremos. (Freud, 1905, p.189)

La perforación de un lado del túnel se hace flagrante durante el período de la adolescencia, poniendo en riesgo a veces la otra entrada que se empezó a cavar desde la infancia. La sensación de derrumbe en la pubertad puede, bajo las embestidas genitales, producir momentos de mucha angustia psíquica. Puede ser vivido como un callejón sin salida y no un túnel con luz. Por su parte, los vestigios de la sexualidad infantil también son amenazadores porque van ligados a los primeros objetos de amor,

los cuales, durante la pubertad, se cargan con un aura incestuosa. El cuerpo genital posibilita la realización de las fantasías primitivas de incesto y parricidio.

La barrera del incesto se cuenta probablemente entre las adquisiciones históricas de la humanidad, y, al igual que otros tabúes morales, quizás esté fijada en muchos individuos por herencia orgánica. Empero, la indagación psicoanalítica muestra la intensidad con que los individuos deben luchar aún contra la tentación del incesto en las diversas etapas de su desarrollo, y la frecuencia con que lo transgreden en sus fantasías y aún en la realidad. (Freud, 1905, p.205)

Las fantasías incestuosas van desestimándose a través de uno de los logros psíquicos más importantes. De acuerdo con Freud uno de los dolores de la pubertad tiene que ver con el desprendimiento de la autoridad de los padres. Se abre entonces una brecha entre la generación antigua y la nueva, lo que conlleva un progreso de la cultura. Los jóvenes se convierten en padres y a su vez transmiten los valores de grupo.

Las dificultades clínicas derivadas del trabajo con púberes se deben fundamentalmente al carácter cambiante de éstos. Existe un movimiento de péndulo incesante entre la libido yoica y la de objeto. Únicamente cuando este movimiento se torna más pausado, la libido permite su comprensión clínica, es decir cuando ha encontrado su empleo psíquico en investidura de objetos sexuales adecuados.

Los adolescentes no han encontrado aún los objetos que ofrezcan las gratificaciones pulsionales que buscan. Es por ello que las primeras investiduras de objeto tienen lugar en el espacio de la fantasía, ya que sería imposible que el joven que madura encuentre otro lugar para desplegar el complejo mundo representativo, el cual tomará mucho tiempo para cumplirse en la realidad.

La complejidad de la sexualidad del ser humano nos hace preguntar si ésta aparece demasiado pronto o más bien lo hace demasiado tarde. Mucho tiempo antes de la revolución puberal advinieron experiencias sexuales infantiles determinantes para la historia del sujeto. Las vivencias traumáticas acontecidas durante ese período dejarán huecos no susceptibles de simbolización. Asimismo, si los ideales fueron impuestos con demasiada violencia, restringirán el preciado libre fantaseo. Permitir esta facultad abre camino para construir un sujeto adulto deseante. Por eso Freud

pensaba que el superyó, como estructura psíquica, es el heredero del complejo de Edipo. Durante la adolescencia esta instancia puede tornarse demasiado persecutoria por los contenidos infantiles que posee. El yo tendrá que vérselas solo con el proceso puberal porque o bien reprime en exceso o bien no puede sentir culpa. El afecto predominante será la vergüenza desde la mirada del otro. Desde la labor clínica esto se vuelve muy palpable. Las intervenciones del terapeuta no pueden dirigirse directamente a la represión porque se vuelve demasiado persecutorio. Se trata entonces de construir un espacio en el cual las fantasías puedan desplegarse sin tantas amenazas. Se edifica junto con el adolescente un espacio íntimo donde pueda pensar lo que le pasa, despojándole paulatinamente de la vergüenza que lo acompaña.

Los precursores

Al inicio del siglo XX, la adolescencia pasa de la literatura a las ciencias sociales con los trabajos pioneros del psicólogo Stanley Granville Hall (1904). Sus trabajos reflejan la visión de una época que no se mostraba demasiado indulgente con sus adolescentes. A pesar de la dimensión conservadora y moralista de Hall, se destaca la noción de crisis como su principal aporte. Presenta el conflicto psíquico como algo positivo ya que si éste no ocurre, el sujeto queda anquilosado en el desarrollo de su personalidad.

En el campo del psicoanálisis, durante mucho tiempo se ha considerado a la adolescencia como el pariente pobre, quizás eclipsada por el luminiscente perverso polimorfo. Uno de los puntos de arranque del desarrollo del pensamiento psicoanalítico sobre la adolescencia, son los trabajos de Eugen Bleuler (1911) y de Carl Gustav Jung (1907) revisando el concepto de Emil Kraepelin de demencia precoz. Ambos sostienen que un quiebre en la pubertad sería causa de la disociación de la personalidad. Bleuler acuña el término de esquizofrenia para esta afección.

Años más tarde, después de la primera guerra mundial, un grupo de psicoanalistas van a converger en la desolada Viena. Es un grupo diverso integrado por

médicos, pedagogos, funcionarios públicos y artistas, que llevarán las teorías del psicoanálisis a sus campos de trabajo. Entre estas nuevas brechas se profundiza la exploración de la adolescencia. Aunque el asesinato de Hermine von Hug Hellmuth por su sobrino en 1924, no daba mucho aliento a los analistas para emprender la aventura, Siegfried Bernfeld, Willy Hoffer, August Aichhorn, Anna Freud y lo mismo Erik Erikson y Peter Blos, realizaron trabajos brillantes sobre la adolescencia.

Hermine, la pionera innombrable

Una de las pioneras, Hermine von Hug Hellmuth (1871-1924), introdujo la idea de un tratamiento específico para los adolescentes, además de ser la primera en pensar en utilizar el juego en el análisis de niños. Junto con Siegfried Bernfeld, se destaca por la aplicación del psicoanálisis a la pedagogía y por pertenecer al primer grupo de psicoanalistas que no son médicos. El escándalo de su muerte abre el debate sobre la posibilidad de que los profanos puedan practicar el análisis, y por otra parte la pertinencia del análisis de niños y adolescentes. Cabe recordar que el hijo de su medio hermana, Rolf, fue sujeto-objeto de observación de Hermine en su infancia. Cuando la madre de Rolf muere, pasa tres años en una familia sustituta sin que su tía lo reclame. Cuando en 1918 el niño púber vuelve con su tía, rápidamente las relaciones se degradan, al punto que el joven la aterra, al principio con una tentativa de suicidio y luego con franca violencia. Ante el susto decide internarlo en una institución de jóvenes trabajadores. En 1924, Rolf de 17 años, irrumpe en la casa de su tía para robarle, lo descubre y alerta del intruso con gritos, por lo que Rolf la estrangula luego de haberle hundido una mordaza en la garganta.

Se han vuelto temas de consideración hoy en día las contribuciones de Hermine que aparecen en el controvertido Diario de una niña (1919), que ni era diario ni pertenecía a una niña, pues se reveló que era en realidad un conjunto de observaciones clínicas y material autobiográfico. Más allá del engaño, en este diario vemos adolescentes preocupadas entre ellas por su sexualidad, por las relaciones

íntimas de los adultos y por la posibilidad de realizar sus fantasías eróticas. En el diario, de acuerdo con François Marty (2003), se describen los conflictos que suscitan las transformaciones pubertarias, las ganas de acceder a una vida sexual adulta y el miedo de dejar el mundo protegido de la infancia. Los personajes de la novela viven movimientos de ambivalencia ante esos conflictos y muestran gran dificultad para renunciar a los vínculos incestuosos originarios. Ahora bien, tanto para Hermine como para sus contemporáneos, la adolescencia es vista como una modalidad de la infancia. El mismo nombre de su trabajo llama la atención, pues se trata de una adolescente, narrado desde los 11 hasta los 14 años y medio, que los traductores franceses llaman *niñita*.

El asesinato de Hermine pone en la reflexión psicoanalítica el tema de la reviviscencia de las fantasías parricidas y el miedo de poder llevarlas a cabo por el adolescente, ya que éste se ve enfrentado por la necesidad de matar simbólicamente a sus padres, para despegarse de las imágenes parentales y deshacer las ligazones incestuosas. Rolf realiza un pasaje al acto donde la labor psíquica fracasó.

Ernest Jones, el conservador

Habrán de pasar unos pocos años para que sea publicado el siguiente trabajo sobre la adolescencia de inspiración analítica. Ernest Jones publica *Some problems of adolescence* en 1922. En dicho artículo, se ocupa principalmente de la relación entre la infancia y la adolescencia. Adhiere a las tesis de Freud expresadas en los *Tres ensayos de teoría sexual* (Freud, 1905). Le atribuye a la fase madurativa comprendida entre los dos y cinco años, ser el antecedente directo de la organización definitiva posterior, de carácter genital. La adolescencia es concebida entonces como puente entre lo infantil y lo adulto. El individuo recapitula y amplía durante la segunda década de su vida, el desarrollo que experimentó durante sus primeros cinco años. Esta contribución de Jones es significativa porque saca a la adolescencia del desván pero no realiza ningún salto comprensivo hacia una teoría de la adolescencia y sus consecuencias clínicas.

Siegfried Bernfeld, el original poco recordado

Mientras tanto en Viena, los trabajos de Siegfried Bernfeld (1892-1953) ganaban notoriedad. Este joven austriaco empezó por interesarse en el hipnotismo, en la pedagogía de María Montessori y finalmente en el método de la asociación libre desde sus lecturas de Freud. Anna Freud lo considera un auténtico explorador de la juventud, quien supo combinar la labor clínica y docente con el incesante estudio de la adolescencia, desde las perspectivas individuales y sociales. En 1922, presenta una comunicación ante la plana mayor de la sociedad psicoanalítica de Viena, contando a Sigmund Freud, Otto Fenichel, Helen Deutsch y August Aichhorn entre su audiencia. Con la colaboración de su amigo Wilhelm Hoffer (1897-1967), escribe A propósito de una forma típica de pubertad masculina, donde aborda la problemática de la duración ilimitada de la adolescencia. Elabora el concepto de pubertad ampliada, el cual no tiene que ver con nuestra noción actual de adolescencia tardía. Se caracteriza por actitudes que tienden a la productividad artística, literaria o científica y por una preferencia hacia los objetivos idealistas y valores espirituales. Como fundamento para sus hipótesis, Bernfeld ofrece abundante material obtenido de diarios, poemas y observaciones clínicas de sujetos adolescentes.

Conceptualiza la adolescencia en tres fases. Durante la primera, el primer desarrollo ligado a la pubertad, separa la capacidad sexual de las necesidades sexuales libidinales. Es decir, se expresa el conflicto de la adaptación de lo psíquico a lo físico. En un segundo momento, el cuerpo alcanza la maduración genital y se acerca a la capacidad sexual sin contar aún con un objeto definido. En el tercer momento ocurre que las necesidades sexuales libidinales pueden contar con una gratificación sexual apropiada, es decir, la posibilidad de encontrar el objeto.

Otro aporte importante de Bernfeld es pensar que la adolescencia es el tercer tiempo del desarrollo de narcisismo. Para él, el conflicto central de la adolescencia se sitúa entre un sí mismo real y un sí mismo ideal. Esta transformación del narcisismo se manifiesta por una gran necesidad de expresión de sí mismo, por el deseo de

realización de sus ambiciones, por el desarrollo de facultades de realización de metas y de la relación idealizada con los otros.

De este modo, Bernfeld profundiza la problemática instaurada por Freud sobre lo prematuro del sujeto humano y la compleja relación entre lo físico y lo psíquico. Reconoce la necesidad, desde los años 20, de abordar la adolescencia desde la complejidad misma del fenómeno.

August Aichhorn, el rescatador de jóvenes

Mientras que Bernfeld abordaba las problemáticas del adolescente antes señaladas, también en Viena, August Aichhorn (1878-1949), se ocupa de los jóvenes delincuentes. Sus contribuciones se reúnen en su célebre trabajo *Juventud desamparada*, de 1925, mismo que fue visto con simpatía por Freud, quien le dedica un elogioso prólogo.

Aichhorn fue un educador y psicoanalista austríaco. Al final de la Primera Guerra Mundial, es el responsable de establecer centros educativos para jóvenes con problemas en todo el sur de Austria. El éxito que obtuvo en esta empresa lo llevó a ser animado por Anna Freud para formarse como psicoanalista en el Instituto Psicoanalítico de Viena en el año 1922. Su trabajo escrito reúne dramáticos ejemplos clínicos, dando voz a esos adolescentes perturbados, quizá por primera vez. Sin ahondar en conceptos teóricos, nos muestra la importancia del psicoanálisis más allá del diván, retomando el muy afortunado título del trabajo de las doctoras Bertha Blum y Emily Ito (2008).

Las hipótesis psicoanalíticas y su propia intuición llevaron a Aichhorn a realizar un abordaje novedoso para tratar el impacto que tienen la violencia, el abandono y el rechazo en los adolescentes. Busca brindar una estructura a estos jóvenes a la deriva. Con sus pacientes, Aichhorn no puede recurrir a un dispositivo clásico, lo hace a partir de una comunidad educativa tratando de volverla terapéutica. Se apoya sobre los

mecanismos de la vida en grupo, su trato directo con los adolescentes y la transferencia que este contacto moviliza.

En general, cuando los padres llevaban a los adolescentes a la comunidad, lo hacían después de haberlo intentado todo, incluso los castigos físicos más brutales. Era de esperar que los jóvenes consideraran al propio Aichhorn como un adversario contra el cual tendrían que reaccionar con prudencia y suspicacia. Esta dificultad, trabajar con jóvenes enviados contra su voluntad, demandaba desarrollar una transferencia positiva desde el mismo comienzo, preparando un terreno fértil para futuros intercambios.

Para Aichhorn, la delincuencia tiene su origen en un ambiente familiar desfavorable para el desarrollo temprano del niño, con relaciones parentales desajustadas en relación con las necesidades del infante. El delito, por su parte, podría explicarse del mismo modo que los síntomas de una estructura neurótica, es decir, como la expresión de un conflicto psicológico previo.

Aichhorn se preguntaba cuántos padres ignoran realmente la vida interior de sus hijos, oculta tras una máscara cuya función es protegerlo contra lo que Sandor Ferenczi (1873-1933) llama la confusión de lenguas entre los adultos y los niños (1931). En estos términos nos evoca el falso self winnicottiano. Muy a menudo parece que la persona en la cual las experiencias tempranas lo han forzado a adoptar una máscara más inteligente, al mismo tiempo se encuentra más incapacitada para luchar con la realidad. De este modo el individuo disocial se disfraza mejor y en mayor medida, de modo más consciente que el adaptado. Únicamente extrae conclusiones lógicas de las desavenencias experimentadas. No tendría que ser sincero con aquellas personas que representan la desagradable autoridad. Para él ésta es una exigencia injusta.

El autor rechaza con vehemencia los métodos coercitivos, algunos de los cuales hoy podríamos llamar cognitivo conductuales. Considera que éstos pueden acarrear mayor perjuicio que beneficio, recurriendo a la imagen de la vara con la zanahoria amarrada. Para él, toda re-educación debe empezar con un intento de comprensión en

el sentido psicoanalítico de la palabra, buscando el origen de estas conductas y descifrando ese lenguaje singular que en nuestro léxico moderno llamamos pasaje al acto.

August Aichhorn nos ofrece ejemplos prácticos de su trabajo con jóvenes delincuentes, mientras que por su parte Anna Freud (1895-1982) emprende un esfuerzo por sistematizar las características de los adolescentes dentro de la metapsicología freudiana.

Anna Freud, la heredera

Anna Freud, la última hija de Sigmund Freud, encarnó la tarea de preservar el legado de su padre. Tuvo, durante toda su vida, un gran interés por la educación y la pedagogía, práctica que enriqueció con los hallazgos del psicoanálisis. En 1936, en *Los mecanismos de defensa*, opina que la adolescencia ha sido poco estudiada desde el psicoanálisis, quizás debido a que éste no considera a la pubertad como el inicio de la vida sexual humana. Esta autora retoma la idea de su padre de que la sexualidad humana brota en dos tiempos. Se inicia en el primer año y es durante el estadio sexual de la primera infancia cuando se cumplen los pasos definitivos para el desarrollo futuro, cuando se logra atravesar las diferentes fases pregenitales, caracterizadas por pulsiones parciales. Estos componentes se integrarán en la organización sexual, determinando la normalidad o anormalidad del individuo, así como su futura capacidad para amar. Desde esta perspectiva, la pubertad es únicamente una fase más en el desenvolvimiento de la vida humana. Anna Freud reconoce que se trata de la primera recapitulación del período sexual infantil. Es una etapa de renovación y reviviscencia de los eventos precedentes y aporta algo propio a la vida sexual.

Durante la pubertad se arriba a la madurez sexual por lo que la genitalidad ocupa todo el horizonte y domina a las demás pulsiones parciales. A partir de la segunda tópica de Sigmund Freud, Anna aborda la relación ello-yo en la adolescencia. La inmutabilidad del ello se acompaña por la mutabilidad del yo. Para conservar su

integridad, el yo tendrá que emplear distintos mecanismos de defensa para resolver el conflicto con el ello, que ha ganado fuerza debido al desarrollo puberal. La autora desarrolla un catálogo de diversos recursos defensivos, algunos de ellos muy rígidos. Quedará a cargo del yo decidir el equilibrio que mediará la cantidad de satisfacción y renuncia de la pulsión.

El adolescente poco a poco tiene que superar su situación edípica, por lo que debe cambiar sus actitudes frente a sus objetos. En la niñez experimentó la completa dependencia respecto de sus padres, la cual tendrá que ir disminuyendo mediante la identificación. Gradualmente irá sustituyendo las catexias de amor por los primeros objetos.

Anna Freud piensa que durante la pubertad, los impulsos agresivos suelen intensificarse hasta la crueldad. Resurgen los intereses orales y anales que fueron sumergidos durante la latencia. Los hábitos de limpieza, el pudor y la compasión ceden antes las tendencias exhibicionistas. Las formaciones reactivas, patrimonio de la estructura del yo, amenazan con derrumbarse. En este sentido, opina que el resurgimiento de las pulsiones durante la pubertad, ofrece pocos elementos novedosos. Estas embestidas traen a la superficie el contenido que era característico de la temprana sexualidad infantil. Sin embargo, la reactualización de la sexualidad infantil no se encuentra en las mismas condiciones, pues el yo de la niñez no estaba desarrollado, resultaba impresionable y moldeable por la influencia del ello. En el período puberal, por el contrario, se muestra rígido y firmemente consolidado. Muestra de lo anterior son los tipos de actitudes frente a lo pulsional que suelen tomar los adolescentes. Destaca dos en particular: el ascetismo y la intelectualización. El adolescente ascético rechaza la satisfacción de sus impulsos de manera tajante. Como si fuera un fanático religioso se impone las prohibiciones más estrictas. En general desconfía del goce y del placer en sí mismos por lo que decide cerrarle la puerta. Elige no convivir con sus pares, no va a fiestas, somete su cuerpo a prohibiciones de índole vital (no come, pospone la defecación y la micción, se somete al frío). De manera diferente a lo que ocurre en la neurosis, en la cual el placer es sustituido por alguna formación de restitución, el adolescente ascético puede a veces entregarse

súbitamente a todo aquello que renegaba, cayendo en excesos que ponen en peligro su vida. Anna Freud cree que es posible que este comportamiento restrictivo se torne permanente volviéndose el antecedente de estados psicóticos.

En cambio, el adolescente intelectualizador es aquel que desarrolla un interés marcado por la actividad intelectual y reflexiva de carácter abstracto. Exhibe un incansable deseo de meditar y platicar alrededor de temas etéreos, por lo general de gran envergadura, tratando de resolverlos. El matrimonio, el amor libre, la política, la filosofía, es decir todos los ideales, son parte de su repertorio discursivo. No se trata de vivir acorde con ellos, solo de reflexionar. El objetivo es salirse del mundo dilucidando su naturaleza. El intelectualismo busca construir sueños diurnos placenteros, mundos alternativos que no están destinados a materializarse. El adolescente con grandes ensoñaciones no siente ninguna obligación de dar en la vida real pruebas de sus procesos ideativos. A diferencia de la huida ascética, el adolescente ensoñador retorna la pulsión realizándola en la esfera del pensamiento. La filosofía del adolescente suele edificar teóricamente las nuevas exigencias del ello que amenaza con revolucionar su vida entera, circunscribiéndolas en sus sueños.

Melanie Klein, o de tripas corazón

No podemos olvidar las aportaciones teóricas de Melanie Klein (1882-1960) en torno al tema adolescente. Muchos de sus conceptos nutrirán ampliamente la manera de pensar de psicoanalistas posteriores. Seis adolescentes van a marcar la obra de Klein. Cinco fueron sus pacientes y el último el héroe de una novela de Julien Green, Si yo fuese usted (1947). A partir de estos trabajos clínicos elabora sus aportaciones aunque para ella, no hay especificidad en el abordaje clínico de los adolescentes: piensa e interpreta desde la niñez. Los conceptos de fantasías inconscientes, de objeto interno, de bisexualidad psíquica, de formación de símbolo son ejemplos destacados. Para ella, el desarrollo psíquico e intelectual, es decir la formación del símbolo, depende de la cualidad de los vínculos que unen a la pareja parental interna. La salud

psíquica se funda en el buen objeto interno, en tanto representante psíquico de la sensación de una necesidad saciada. Esto favorece la elaboración de las fantasías y angustias primitivas, porque se vuelve un punto fuerte en el yo. Si la madre interna nutre el sentimiento de continuidad del ser, el padre interno asegura la fuerza del devenir. En la adolescencia, este objeto parental interno puede ayudarnos a comprender las perturbaciones, particularmente las inhibiciones psíquicas e intelectuales de los jóvenes, ya que muchas veces la angustia se desplaza de lo sexual a lo intelectual. Es por lo anterior que la capacidad para soportar estas problemáticas nace de la situación edípica.

Solo se puede superar o sepultar la complejidad del Edipo cuando la fase femenina primitiva logra integrarse al resto de las representaciones. Dicha fase viene asociada con los fantasmas relativos a la intrusión en el cuerpo de la madre, los cuales causan fascinación y miedo a la retaliación. Por este paso se funda la noción de interioridad del sujeto. La adolescencia necesariamente causa la confusión entre los objetos internos y los externos, tambaleando las estructuras psíquicas que el sujeto construyó para superar la desorganización y las fantasías terroríficas.

Klein considera que para los dos sexos, es siempre el análisis de las pulsiones y las fantasías homosexuales las que abren el acceso a las diferencias generacionales y a la relación de complementariedad entre los dos sexos. El sujeto desarrolla su identidad sexual por la identificación introyectiva con el coito creativo de los padres internos, es decir, una fantasía construida a partir de la escena primaria, llevándolo a tolerar la exclusión sin tanta angustia. Cuando lo anterior no es posible, debido a las dificultades edípicas, la sexualidad de los padres se torna una amenaza extrema a la cual el adolescente reacciona por ataque y fuga contra la posición depresiva, utilizando las ideas de Bion (1948). Tenemos que recordar que esta posición es consubstancial a la integración de la bisexualidad psíquica y al proceso de la formación de símbolos. El adolescente queda entonces prisionero de identificaciones proyectivas excesivas, pues cada vez que intenta dar un paso de libertad en relación con estos objetos internos persecutorios, su organización interna despliega una serie de amenazas, represalias y chantajes.

Las metamorfosis ultra rápidas, las transformaciones corporales, las turbulencias generadas por los objetos parciales combinados, colocan al joven en el papel de Alicia en el país de las maravillas, es decir, nunca puede estar seguro de lo que va a ser de un minuto a otro. Klein, al desplegar sus aportes teóricos, pone en evidencia la importancia del análisis profundo de las angustias y fantasías psicóticas de los adolescentes.

Donald Woods Winnicott y el análisis de lo femenino

Analizado de Melanie Klein, Donald Woods Winnicott (1896-1971) da continuidad a los temas de las fantasías y de la bisexualidad psíquica formulados por su analista. Se muestra en desacuerdo con la opinión generalizada de la comunidad analítica, la cual centraba sus reflexiones exclusivamente en los aspectos pulsionales de adolescencia. Creía que no se prestaba la suficiente atención a lo que llamó el femenino puro, expresión mediante la cual apuntaba a la aceptación de la bisexualidad, para evitar la escisión de los elementos femeninos del psiquismo, sin los cuales es imposible acceder a la fase adolescente.

El autor piensa que el adolescente es ante todo un ser aislado, que necesita este estado para fortalecer la relación consigo mismo, antes de convertirse en un individuo distinto y único. Para Winnicott (1971), aislarse corresponde a las características de lo femenino, entendido como un sujeto concebido para ser plural, ser varios en un sí mismo no unificado, un sí mismo cuya unidad vacila. Lo femenino y lo masculino deben pensarse más allá de los roles de la mujer y del hombre. Tiene que ver, en el primer caso con las funciones del ser, mientras que lo masculino se corresponde con las del hacer. Por tanto, el adolescente necesita asegurar su estatuto de ser aislado, sin que tenga la necesidad de recurrir, paradójicamente, a los elementos de aislamiento, como son el mutismo, la ausencia de relación con los pares o las conductas alienantes. Tendrá que tolerar su bisexualidad para poner a su disposición una serie de elementos femeninos. Se trata de la capacidad de sentirse no

unificado ni completo, justo en el momento en que más se necesita serlo. Sostener esta paradoja le permite no cerrar las puertas al proceso mismo de desarrollo.

Winnicott sostenía que el único remedio para la adolescencia es el paso del tiempo. Esta frase no puede entenderse de manera literal, se refiere nuevamente al concepto de lo femenino puro, de acuerdo con el cual el joven tendrá que soportar de la mejor manera posible su propia bisexualidad y las dudas que se ciernen sobre su identidad, superando, con el paso del tiempo, lo que nombra la fase de desaliento malhumorado, en la cual los jóvenes se encuentran lejos de su pasado infantil, pero también excluidos del mundo adulto.

La demora del proceso es fuente de angustia para el adolescente, quien esperaría que transcurriera de manera tersa y rápida. Esta angustia es compartida por los padres, que pueden desear también que la cosa pase rápido. Winnicott aconseja que estos últimos sobrevivan al proceso de su hijo adolescente. Cuando los adultos rechazan su responsabilidad frente a él, se pone en escena el abandono. Se retiran ante el temor del parricidio simbólico propio de la adolescencia. Entonces, rebelarse ya no tiene sentido; el adolescente que triunfa demasiado rápido cae en su propia trampa, se transforma en un dictador rígido que espera y teme ser muerto por sus propios hijos.

Además de las fantasías parricidas, los adultos tienen que soportar la contradicción que expresa el adolescente con su deseo de ser escuchado a la vez de no ser comprendido. Parece que se juega a las escondidas, donde la necesidad urgente de comunicarse convive con la angustia ligada a la fantasía de ser descubierto y violentado en la intimidad celosamente protegida. En la adolescencia existe un refuerzo de las defensas contra la posibilidad de ser comprendido, contra recibir respuestas por parte del mundo adulto. Los adultos adquieren un tono intrusivo y evocan la omnipotencia de los padres arcaicos.

Winnicott pensaba que los adolescentes despiertan la hostilidad de los adultos pues les evocan su propia adolescencia y su realidad, ya no están colocados como los padres omnipotentes del niño. El joven los confronta con su propia vejez y sus sueños

truncados. Por lo tanto no es raro observar que los adultos muestren demasiada agresión contra los jóvenes, mostrando su desprecio por su música, su apariencia, su aspecto, su falta de ambiciones; reclamos surgidos de las proyecciones y la envidia. Crecer constituye, como parte de su naturaleza, un acto agresivo. Acceder a la madurez implica poder reconocer la propia voracidad y crueldad, para poder sublimarlas. En el caso del adolescente esto es particularmente complejo pues la escena fantasmática de la agresión está cruzada por la fantasía del homicidio de los padres o algún subrogado.

Otra idea que surge de su famosa frase provocativa (el tiempo cura la adolescencia) es el respeto del terapeuta por la inmadurez del joven. Recomienda no favorecer el acceso a una falsa madurez, bombardeando al adolescente con una serie de interpretaciones. La capacidad de esperar y renunciar a toda actividad intrusiva es crucial, ya que no es posible acelerar ni frenar los procesos de maduración. Algunas intervenciones bien intencionadas, pero ignorantes de la dinámica adolescente, pueden ponerle en peligro alterando el curso normal del crecimiento, favoreciendo más la psicopatología que remediándola. Terapeuta y paciente tendrán que tolerar no saber con exactitud hacia donde van.

Volviendo a la Viena de principios de los años 20, la creación de la escuela psicopedagógica Hietzing Schüle por Anna Freud marcó el interés creciente por los niños y los adolescentes desde el psicoanálisis. Bajo la influencia de Aichhorn y Anna Freud, dos futuros teóricos de la adolescencia se encuentran: Erik Erikson y Peter Blos.

Erik Erikson y la identidad social

Erik Erikson (1902-1994) fue adoptado por un médico alemán de familia acomodada de apellido Homburger. Su madre, de origen danés, lo tuvo con un hombre de su mismo origen que desapareció. Nuestro autor experimentó con confusión su judeidad, por momentos se decía judío, pero terminó por convertirse al

protestantismo y cambiarse el apellido, llamándose hijo de Erik, como si fuera autoengendrado. Estos datos biográficos son relevantes porque forman parte del desarrollo de su teoría psicosocial de la adolescencia. El eje central de sus propuestas teóricas son las nociones de identidad y crisis de identidad. Concibe el ciclo vital humano como un recorrido que consta de ocho etapas, expresadas en pares antagónicos, en su famoso libro *Infancia y sociedad* (1950). Al llegar la adolescencia, el sujeto va a apoderarse de nuevas habilidades y herramientas que marcan el fin de la infancia. Las mismidades y continuidades en las que se confiaba vuelven a estar en duda, debido al crecimiento corporal y el agregado de la madurez genital. Se enfrentan con nuevas tareas adultas y con una auténtica revolución fisiológica en su interior, lo que con frecuencia lleva al adolescente a preocuparse por la imagen que guarda ante los ojos de los demás. En su necesidad de encontrar la continuidad de sus vivencias infantiles, los adolescentes libran muchas de las antiguas batallas de años anteriores, eligiendo muchas veces rivales en personas bien intencionadas para que desempeñen roles de adversarios. Aunado a lo anterior, los jóvenes están siempre dispuestos a elegir ídolos e ideales que serán adquisiciones duraderas para la configuración de una identidad final.

Para Erikson, la tarea de la adolescencia es crear una identidad yoica, que incorpore las identificaciones infantiles en conjunto con la influencia de las exigencias de los roles sociales que se le piden y que representan nuevas posibilidades de identificación. Estamos frente a un proceso creativo en el cual el adolescente empieza a parecerse a su grupo de pares. Adquiere características de éstos, algunas son incluso conflictivas para los padres que ven ahora muy cambiado al niño de sus recuerdos. Se trata de un proceso normal que ira permitiendo al adolescente la adquisición de un nuevo patrimonio identitario. Dicho proceso puede verse atacado por la dificultad de establecer relaciones auténticas de compromiso y la complejidad del espacio de intimidad con el otro. En esta lucha su sentimiento de continuidad puede verse afectado. Existe el peligro de que estas adquisiciones devengan disfraces, características camaleónicas que confunden al adolescente más que ayudarle a construirse. Se trata de la adquisición de una imagen que le hace ser parte de un grupo sin que se trate de un trabajo interno. Puede aparecer una suerte de oposicionismo o

identidad negativa, en términos del autor, la cual es el resultado de una negativa constante a permitir el desarrollo de identificaciones con el entorno parental. Es el adolescente que patea el andamio de su propia edificación, quedando en el aire sin poder madurar.

Para Erikson, la superación de esta crisis dependerá, al menos en parte, de la manera en la que se han resuelto las crisis anteriores. La fuerza de la confianza básica, el combate por la autonomía, la capacidad de iniciativa, el desarrollo de la imaginación, la evaluación positiva de sus capacidades en relación con el entorno, serán los elementos en juego que le permitan sobrellevar esta crisis.

Peter Blos, el primer psicoanalista formal de la adolescencia

Por su parte, Peter Blos (1904-1997) de origen alemán, realizó aportes originales sobre la adolescencia. El nazismo lo obliga a exiliarse a los Estados Unidos, lo que lo inscribe en la corriente psicoanalítica genética norteamericana, si bien estuvo ligado por sus orígenes profesionales al círculo de Viena. Su obra que deviene referencia importante sobre el tema, se publicó en 1966, *On adolescence*, donde entrega una larga experiencia clínica con adolescentes. Es reconocido como el primer psicoanalista que intenta un acercamiento global de la adolescencia desde una perspectiva genética y conceptualizada como un proceso en términos psicodinámicos y económicos. Para él, la adolescencia es parte integrante de una gran infancia, concebida como un segundo segmento de esta última. Piensa que el complejo de Edipo solo se puede resolver a partir del momento en que la genitalidad es padecida en el cuerpo. La capacidad de elaboración de las pulsiones pregenitales ocurre desde un desarrollo caótico en forma regrediente y progrediente, de manera similar a la que Freud describe en el célebre capítulo VII de *La Interpretación de los sueños* (1900).

El desarrollo de las principales etapas de la adolescencia, desde la preadolescencia a la postadolescencia, es atravesado por un concepto esencial: el segundo proceso de individuación. El primer tiempo se lleva a cabo durante del tercer año de vida, al adquirir la permanencia del objeto, por la internalización de las figuras

parentales. En la adolescencia esto ocurre gracias al repliegue libidinal de los primeros objetos de amor, iniciando una restructuración de los objetos internos. Al final de ese proceso el adolescente adquirirá un sentido de identidad. El fracaso de este proceso se pone en evidencia a través de perturbaciones de aprendizaje, de tendencias depresivas o negativistas o del orden del acting out. Para muchos jóvenes, estas alteraciones constituyen una posición defensiva, como de permanente guardia contra la tentación de la regresión.

Blos piensa que la regresión es, durante la adolescencia, un modo privilegiado de autocuración. Permite retomar un contacto tierno con las pasiones de la infancia, lo que permite desinvertirlas gradualmente. La regresión no solo apunta a restablecer el pasado, sino a alcanzar la novedad. Apunta al porvenir dando una vuelta por los caminos pasados, para ir descubriendo otros. En ese sentido, el acting out, si bien conserva sus características psicopatológicas, es además una restauración regulatoria del pasado infantil. El acto en sí se entiende como un tiempo de rememoración que restituye el pasado traumático residual, colocándose como una operación de síntesis entre pasado y presente, cumpliendo una función homeostática. El acto no es tanto un medio de resistencia, sino más bien un material legible de la vida infantil que puede ser traducido por el psicoanalista, quien podrá entonces hacer trabajar las representaciones. Una adolescencia sin historia ni conflicto es un proceso fallido, donde el psiquismo del adolescente queda fijado; sin posibilidad de confrontación de lo infantil con lo propiamente genital.

Blos es el primero en haber teorizado el papel del ideal del yo como parte importante en la desinversión de las figuras parentales, así como para modular el papel del superyó. La identificación con el padre, es decir, la interiorización de su imagen en la constitución misma del ideal del yo, reemplaza la sumisión pasiva al padre, lo que permite que dicha sumisión derivada de la agresividad contra el progenitor sea trasladada a otros dominios, en particular, al campo del conocimiento. Queda marcado en el ideal el sello del proyecto, del futuro, cuando ha sido superada la rivalidad y dependencia edípica.

Helen Deutsch, la feminista

Algunos años más tarde, en 1967, Helen Deutsch (1884-1982) escribe Problemas de la adolescencia (1967), si bien, desde mucho tiempo antes realizó investigaciones sobre el tema. Desde sus primeras publicaciones en 1918, hasta su estudio sobre la psicología de las mujeres en 1944, sus observaciones clínicas y sus posiciones teóricas atañen a las primeras edades de la adolescencia y anticipan en parte las investigaciones actuales. Se aleja del todo infantil freudiano e inventa un vocabulario específico para describir la actividad psíquica de este período particular.

Por ejemplo, habla de la modalidad de acción en el juego, que da cuenta de la excitabilidad psíquica a través de la necesidad de descarga motora. En la pubertad, el prototipo es el juego, que se manifiesta por la puesta en acción lúdica de fantasías añoradas y temidas. Éstas pueden devenir traumáticas cuando su contenido se aproxima a los eventos reales, como la muerte de un padre odiado, un aborto de la madre o la separación de los padres. Adquiere un tinte ominoso, pues para el adolescente egocéntrico, fantasía puede ser realidad.

El triángulo pubertario, otra propuesta de la autora, se refiere a la exteriorización de la pulsión en la forma de relaciones triangulares heterosexuales u homosexuales. Son comunes los grupos de tres amigos, del mismo o diferente sexo, o bien, de una pareja de hermanos y una amiga. Permite realizar en común los primeros acercamientos hacia la heterosexualidad, así como la elaboración de la rivalidad conciliando las exigencias genitales nuevas con el soporte antiguo del vínculo tierno de la infancia. Se suele jugar entre tres, a imagen y semejanza del conflicto edípico.

Otro concepto es el de pseudología. Es la creación de mundos paralelos de ensueño que habitan el adolescente. Sirve como un refugio íntimo contra las desventuras exteriores, en particular las decepciones propinadas por los objetos. Implica dotar a las fantasías de una dimensión positiva y constructiva, a la manera de los fenómenos transicionales de Winnicott (1971). Un adolescente que no imagina

puede con mayor facilidad llegar a la acción, pues no cuenta con un mundo privado donde las fantasías puedan desarrollarse.

Los Laufer, de la crisis adolescente al break-down

Mientras que en Estados Unidos, Peter Blos desarrollaba un cuerpo teórico propio de los adolescentes basado en una muy rica experiencia clínica, en Inglaterra se destacan los aportes de los Laufer, Moses y Eglé.

Moses Laufer (1928-2006) sigue la formación psicoanalítica de la Sociedad Británica de Psicoanálisis, completada por sus estudios de psicoanálisis de niños en la Hampstead Clinic. En ese contexto su relación con Anna Freud será determinante en sus desarrollos posteriores, pues gracias a ella se abre, en los años 60, el Young People Consultation Center, totalmente consagrado al trabajo con adolescentes. Diez años más tarde esta institución se convierte en el Brent Consultation Center, financiado por el departamento de instrucción pública del distrito de Brent. Es rápidamente reconocido en el mundo entero como semillero del pensamiento psicoanalítico alrededor de la adolescencia.

La experiencia terapéutica acumulada en estas condiciones llevó a la pareja a abrir el Center of Research into Adolescent Break-Down, donde reciben pacientes graves de escasos recursos por períodos largos de tratamiento.

El cuerpo teórico de los Laufer se centra en los factores intrapsíquicos específicos en relación con los efectos de la maduración del cuerpo en la pubertad. Lo que se juega en la apropiación del cuerpo sexualmente maduro, la organización sexual definitiva, la integración del fantasma masturbatorio, la elaboración de la pasividad y el cuerpo como objeto interno central, son los ejes de comprensión de la problemática adolescente.

Los Laufer reconocen el papel que tiene la relación madre-hijo para el desarrollo de los intercambios que el sujeto va a conservar a lo largo de su vida. Dicha

relación influye en la resolución del complejo de Edipo en la infancia y repercute directamente, en la adolescencia, en el sentimiento que el joven puede tener de que su cuerpo le pertenece. El fantasma masturbatorio central, concepto propuesto por el autor, rebasa a la masturbación real, pues tiene que ver con la conquista del placer, de las experiencias de satisfacción, de la capacidad del sujeto de percibir su nuevo potencial de descarga y de realización de deseo independiente de la presencia del objeto. Esta fantasía es fuente de conflictos importantes para el joven. Fracasa en su vertiente progresiva cuando la pregenitalidad demanda satisfacciones de manera prioritaria, entonces se fija un sentimiento de impotencia, de sumisión pasiva y pérdida de control, volviéndose el equivalente de la realización de las fantasías incestuosas.

Para los Laufer (1973), el contenido del superyó no cambia, sin embargo, lo que si debe cambiar es la relación entre éste y el yo, puesto que el vasallaje del yo por el superyó equivale a una sumisión incestuosa. Más que en ningún otro período de la vida el pensamiento y las fantasías tiene un valor aproximado a la acción, de ensayo de la realidad. Permiten experimentar deseos regresivos y posiciones identificatorias anteriores que sean tolerables por el yo y aceptables por el superyó. Por aproximaciones sucesivas, el yo busca nuevas soluciones de compromiso que se fijan en lo que ellos llaman la organización sexual definitiva. En este proceso el adolescente va a descubrir diferentes tonalidades de pasividad. En las condiciones más favorables, la pasividad se organiza alrededor de la dicotomía pasividad-actividad. En situaciones menos afortunadas la vivencia de impotencia puede persistir. Para extraerse de esta vivencia que el cuerpo le impone, el joven hará uso de la ilusión del control omnipotente a través de las actuaciones. Lo anterior se convierte en un impedimento de primer orden para acceder a una sexualidad adulta. La pasividad tendría que poder experimentarse de modo placentero y no en el terreno de la coacción.

Los Laufer distinguen entre la imagen del cuerpo basado en las experiencias sensoriales y el cuerpo erótico asentado en el cuerpo como objeto interno. Este cuerpo erótico está marcado por la experiencia afectiva temprana con la madre y sus propias reacciones a dicha relación. Las huellas de esta experiencia pueden alterar

profundamente la relación del sujeto con la realidad externa, ya que el cuerpo es un filtro entre el mundo interior y la realidad. Esto permite comprender mejor las inevitables distorsiones de la realidad que se desprenden de los modos de relación del adolescente con su propio cuerpo.

Los autores proponen considerar toda patología de la adolescencia como una inhibición del desarrollo, formulan el término de break-down, entendido como una ruptura del desarrollo. Frente a esa ruptura reconocen tres medidas defensivas; el funcionamiento defensivo clásico en el cual la angustia puede ser mantenida a raya, con la concomitante aparición de síntomas transitorios; el impasse del desarrollo, donde el adolescente se encuentra en un círculo vicioso, pues una salida regresiva es inaceptable y la angustia lo desborda; y por último, el fin anticipado del desarrollo donde el adolescente parece haber abandonado el combate contra lo pubertario, así que inmoviliza la psique e impide toda reestructuración ulterior.

Estos dos teóricos son de los primeros en examinar las capacidades necesarias que debe desarrollar el psicoanalista de adolescentes. Su propio análisis habrá de desplegar una intimidad particular con su propia adolescencia. De este modo se evitan los mecanismos de racionalización contra los movimientos regresivos con los cuales se ve confrontado el analista. La distancia afectiva da pie a la idealización del terapeuta y es una amenaza particularmente seria en los procesos con adolescentes, debido a sus propias características.

Arminda Aberastury y los duelos de la infancia muerta

A la par de estos desarrollos en Europa y Estados Unidos, Arminda Aberastury (1910-1972) fue una psicoanalista pionera del psicoanálisis de niños y adolescentes en Argentina. Se recibió de maestra y de profesora en Ciencias de la Educación, egresada de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires donde fue docente en la Cátedra de psicología de la niñez y de la adolescencia.

Fue esposa Enrique Pichón Rivière quien con Ángel Carma, será socio fundador

de la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA) en 1942. Es integrante del grupo que creó las bases del psicoanálisis en el país junto a Marie Langer, Alberto Tallaferró, Luisa Gambier Álvarez de Toledo, Luis y Arnaldo Rascovsky, entre otros. Fue pionera en traducir al castellano y luego en mantener correspondencia con la célebre Melanie Klein.

En cuanto al tema de la adolescencia, elabora junto con Mauricio Knobel, el concepto del síndrome de la adolescencia normal, contribuciones que se recogen en el libro *La adolescencia normal*, de 1971. Plantean la importancia de considerar la crisis adolescente, desde las conductas llamadas sociopáticas, como un fenómeno propio de dicho período. Esta comprensión del proceso es esencial en el acercamiento clínico de los adolescentes porque son las expresiones del trabajo de duelo que acompaña al desarrollo y no perturbaciones patológicas de índole permanente. El adolescente es ideal para servir de receptáculo de los problemas de todos los demás, un chivo expiatorio en palabras de Pichón Rivière. Esto conlleva el riesgo de que asuma como parte de su personalidad dichos impactos proyectivos. A su vez nos permite como terapeutas y padres, abandonar la postura violenta con la que muchas veces se intenta reprimir las manifestaciones de la adolescencia. Cuando esto ocurre, es de esperarse que surja un distanciamiento cada vez mayor del joven, y la agravación de sus conflictos, lo que tendrá por resultado la generación de personalidades cada vez más anormales y en continuo conflicto con la sociedad. Cada adolescente es la representación de un individuo marginado quien lucha por encontrar un lugar en un mundo, que aun dista mucho de pertenecerle y adoptarle.

Estos autores destacan cuatro duelos fundamentales, los cuales constituyen pérdidas de personalidad. Se trata del duelo por el cuerpo infantil, el cual sirve de sustrato biológico a la adolescencia. Se impone con violencia un cuerpo nuevo al individuo, quien percibe una amenaza externa frente a la cual es espectador impotente. El siguiente duelo se relaciona con la pérdida del rol infantil, el cual aseguraba al joven, que los intercambios con sus padres y la sociedad, fueran perfectamente armónicos. Los adultos resolvían lo que el chico no podía. Desde la omnipotencia de sus padres recibía todo por estar ubicado como niño. El nuevo rol

cuestiona la dependencia y lo obliga a separarse de dicha comodidad. A esto se agrega el duelo por los padres de la infancia. Aferrarse a estas imágenes garantizaba al niño un lugar de seguridad y confort. Dicho movimiento de desprendimiento se ve obstaculizado por los propios padres quienes confirman en el desarrollo del hijo su propio envejecimiento. El último es la pérdida de la bisexualidad infantil. Esto lleva al joven a asumir un lugar sexuado en relación a los demás, y a su propia castración. Surge entonces la idea que en todo duelo se pierde algo para ganar otra cosa y esto es parte del proceso inherente del desarrollo del ser humano.

De manera concomitante, surge en el adolescente una crisis de temporalidad. Para el niño, el tiempo transcurre como si fuera infinito, mientras que para el adulto la noción de existencia va acompañada de la finitud. En el adolescente se combinan ambos pensamientos, parece que el único tiempo posible es lo inmediato, temporalidad que recuerda el funcionamiento del proceso primario. Solamente después de la elaboración de sus duelos, adquirirá un juicio de realidad aplicado al tiempo, para poder ubicar su cuerpo, los padres infantiles del pasado y su presente, con la idea de la muerte como proceso irreversible. Esta elaboración de la temporalidad es fundamental para que el adolescente no se quede estacionado en la psicopatía permanente.

Aportaciones de psicoanalistas franceses contemporáneos

Pierre Mâle y la adolescencia como segunda vuelta

En los sesentas, en Francia, inicia una generación que empieza con Pierre Mâle (1900-1976) y que ha continuado hasta nuestros días con teóricos destacados como Philippe Gutton y Philippe Jeammet. Mâle ha sido considerado el iniciador de la escuela psicoanalítica sobre la adolescencia. Inaugura un campo particular y le brinda un estatus propio al psicoanálisis de adolescentes. Psiquiatra de formación, se interesa

pronto por la paidopsiquiatría, en particular después de su análisis con Rudolph Loewenstein. Ya como miembro de la Sociedad Psicoanalítica de París, participa de manera brillante en el seminario organizado por Henri Ey, en 1950, célebre por la inclusión de Melanie Klein y Anna Freud. Es pionero en el desarrollo del pensamiento relacionado con la clínica para los jóvenes y el modelo psicoterapéutico más apropiado para ellos. Estas ideas quedaron plasmadas en su libro de 1964, *Psychothérapie de l'adolescent* y retoma estos temas en *La crise juvénile* de 1982.

Mâle es un psicoanalista ortodoxo quien causa revuelo justamente por creer que el psicoanálisis es pertinente durante la adolescencia y quizá más en esta etapa de la vida que en ninguna otra.

La adolescencia, para este autor, es un momento en la vida que combina el sufrimiento con la creatividad, pues existe una discordancia temporal entre el ser y su función. Mientras el joven se crea a sí mismo, no existe un lugar en la sociedad para él. Como corolario, aparece en los adolescentes una desadaptación en el pasado y su entorno. Mâle plantea que este no conformismo es un primer paso hacia la adaptación, ya que oponerse, distinguirse, es tener conciencia de las analogías y las diferencias. Es empezar a situarse en relación al mundo, pues el descontento de los adolescentes es una aproximación inteligente para conquistar su lugar.

La crisis de la adolescencia es a su vez la de los padres, la del grupo familiar. Mâle, en su abordaje clínico, va a tomar en cuenta las costumbres, los secretos familiares, los no dichos, las interdicciones prolongadas que emanan de conflictos ancestrales. En esta misma línea de pensamiento reflexiona sobre la problemática del terapeuta de adolescentes, para discernir lo que depende de la crisis misma, con lo que moviliza y desborda, de las tensiones ya organizadas desde la infancia bajo la forma de neurosis o de algunos aspectos psicóticos.

La adolescencia no es un estado sino un conjunto de procesos. En este sentido retoma la tesis de Freud en la cual piensa en un túnel cuyos dos extremos se construyen simultáneamente. Por un lado la sexualidad infantil permeada por la sexualidad parental transmite una ilusión de continuidad. Por otro, la irrupción de la

sexualidad genital, cuyo origen es biológico, tambalea dicha continuidad. Este movimiento es propio de la innovación psíquica en la historia del sujeto.

Pierre Mâle se pregunta por los aspectos patológicos que puede tomar la crisis adolescente y sus efectos en el mediano y largo plazo sobre la salud del sujeto. Él cree que durante este período las enfermedades se hacen pero no están hechas, es decir, que la adolescencia es clave en el establecimiento de cualquier patología pero aún no están arraigadas, por esto es muy importante intervenir. Las patologías del adolescente devienen enfermedad justamente cuando adquieren el peso de la identidad, el estar enfermo se vuelve entonces una condición para la propia existencia. En este sentido Mâle llega a decir que la clínica adolescente es una clínica del yo y de los ideales. La semiología de la crisis puede ser depresiva o maniaca porque el yo está en riesgo frente a las heridas narcisistas en relación directa con los ideales. Definirse es un imperativo de esta edad, aunque sea por la enfermedad.

El autor reflexiona sobre la morosité, que es un rechazo a sentir, al cuerpo y su desarrollo. Se trata del afecto de no afecto, como lo menciona Joyce Mc Dougall (1989), donde el sujeto se protege a sí mismo, erigiendo murallas de hastío, de aburrimiento. Se desexualiza el pensamiento y el cuerpo. Busca apagar toda representación mental que aparece. Conlleva una ruptura de las relaciones objetales, mas no una pérdida. Dicho estado es una incitación al acto, pues pasa de la nada a una descarga total: del aburrimiento al terror. En este sentido retoma algo de lo que Anna Freud desarrolla en la descripción del adolescente ascético.

Mâle realizó una enorme contribución a la técnica terapéutica con adolescentes. El lugar del analista oscila entre una función parental y otra de tipo analítica más neutral. En este punto se ancla una seducción que tiene por objeto desarrollar en el adolescente un pensamiento sin meta, que favorezca la creación de representaciones que nutren al sujeto con su historia. Afirma que la cura tipo está basada en la necesidad de ir quitando los andamios, es decir las defensas, para volverse a encontrarse con el edificio, mientras que en la psicoterapia psicoanalítica la estructura del andamio está incluida en el monumento

Évelyne Kestemberg y las identificaciones en la identidad

Continuando con las aportaciones de psicoanalistas franceses, Évelyne Kestemberg (1918-1989) se especializó pronto en la terapia de adolescentes y en caso difíciles de psicosis temprana. Retoma el concepto de organizador de René Spitz (1957) y piensa la pubertad como uno de ellos. En este período se tambalean las identificaciones pues tienen que ajustarse a su dimensión sexuada, propio de la genitalidad. Considera que los problemas de los adolescentes son en esencia problemas relacionales, ya que su dependencia con el entorno inmediato tiene un rol determinante. En este momento del desarrollo todo conflicto despierta angustia en relación con los vínculos objetales arcaicos. El primer objeto fuente de conflicto será el cuerpo.

En su libro *L'adolescence à vif* publicado en 1999, después de su muerte, Kestemberg plantea que todo trabajo psíquico en el curso de la vida se puede asimilar a un trabajo de duelo. La adolescencia entonces se inscribe en esa singularidad que consiste en un incesante trabajo contradictorio: encontrar y conquistar un objeto para desprenderse de él en un mismo movimiento, asegurando la permanencia del objeto y la del propio sujeto. Este movimiento perturba el equilibrio identitario, la cohesión interna de la persona. La inadecuación o extrañeza experimentada en relación a una nueva imagen del cuerpo es inducida por la maduración genital. Resalta que el adolescente se vive extranjero a los otros y al mismo tiempo es extranjero a sí mismo. De este ajuste-desajuste sobresale un sentimiento intenso de soledad que puede otorgar un cierto grado de satisfacción narcisista secundaria, pero que compensa muy mal una herida narcisista profunda, que se traduce en la idea de no poder ser amado. Entonces, los intentos de respuesta narcisista tienden a apaciguar las angustias surgidas de las relaciones objetales, que sin embargo conservarán su naturaleza ansiógena. Si el adolescente no puede ni quiere identificarse con los otros, rechazando cualquier imago parental, no puede tampoco identificarse con sí mismo, ya que no sabe quién es ni qué es. Para los adolescentes, la brecha entre lo que son y lo que quieren ser los lleva a sentir angustias intensas en cuanto a su cohesión interna, y paradójicamente esa búsqueda de un ideal del yo conlleva un perjuicio a la imagen de

sí. Entonces todos los síntomas que pueda manifestar el adolescente no deben ser tomados al pie de la letra, sino más bien interpretarse como posiciones momentáneamente útiles para calmar y clamar la ansiedad que los produce. Por ejemplo, la conducta homosexual durante la adolescencia puede entenderse como una manera de organizar la alteridad para, a través de ella, conservar su identidad. El adolescente necesita reconquistar su cuerpo mediante el contacto con ese otro igual, del mismo sexo, pues habiendo deseado otro igual a uno, es posible pensarse a sí mismo deseado por otro. El objeto interno se apuntala por el objeto externo. Este paso por la homosexualidad restablece las relaciones objetales rechazadas y se reconstruyen gradualmente las imagos.

Kestenberg establece una correlación íntima entre identidad e identificación, entre los fundamentos identificatorios primarios del adolescente y los lazos actuales con su entorno, específicamente sus padres. Por tales motivos éstos deben estar incluidos en el tratamiento de los adolescentes, y a la vez quedar fuera.

La autora piensa que, ante la fragilidad del yo y la problemática narcisista de los adolescentes, la terapia individual puede constituir un peligro, llegando incluso a descompensarlos. Abre la posibilidad de un pasaje al acto. Recomienda un abordaje terapéutico grupal a través del psicodrama, ya que la ficción del juego dramático permite trabajar los afectos con cierta distancia. El cambio de roles puede ser asumido o rechazado, permitiendo así identificaciones momentáneas o resignificaciones de las relaciones preexistentes. Estas escenificaciones brindan la posibilidad de reencontrar el tiempo de moratoria, así como fantasear con el posible resultado.

Philippe Gutton y lo pubertario

Philippe Gutton, por su parte, en los años 90, analiza la adolescencia de manera metódica, con un lente de aumento, desmenuza los procesos psíquicos inherentes. Propone dos términos importantes para pensar el proceso adolescente: lo pubertario y lo adolescens. Lo pubertario se tiene que pensar a partir del anclaje biológico que pone a prueba las tres instancias psíquicas. Lo adolescens, por su parte, es el trabajo de

elaboración concomitante o retardado de lo pubertario. Llega a formular este concepto como una segunda latencia, ya que la meta esencial es desexualizar las representaciones incestuosas presentes en las fantasías pubertarias para entonces acceder a una elección de objeto potencialmente adecuada. Para Gutton, lo adolescens es del orden de los ideales, mientras que lo pubertario representa una relación dialéctica entre los procesos primarios y secundarios, relación marcada por múltiples compromisos derivados de la genitalización de las representaciones incestuosas, que se van a confrontar con la represión y con las bases erigidas durante la primera desexualización de la problemática homosexual infantil. Lo pubertario remite a la violencia del Edipo reactivado. Es lo inverso de un movimiento de separación, es más bien una fuerza antiseparatista, que anima el frenesí del niño hacia el padre edípico como si fuera una conquista del grial. La separación es un trabajo de lo adolescens.

La pubertad se impone al sujeto y ningún dato anterior puede anticipar la experiencia somática que va a sorprenderle. Solo se puede tener algún tipo de presentimiento de lo que va a pasar. Lo que se impone es un proceso de discontinuidad o, como lo menciona Gutton, una continuidad que se deberá reconstruir. El autor resalta la importancia del momento no solo desde el resurgimiento del Edipo, sino como un segundo momento de la diferenciación de los sexos. Es el paso de la antinomia fálico-castrado a la comprensión psíquica de la dualidad pene-vagina. La escena pubertaria hace eco de la escena primaria, pero la puerta de la habitación de los padres se va cerrar para siempre dejándolo con todos los secretos, sin develarlos. Le toca al adolescente hacer su propio camino hacia su identidad sexual y su teoría del orgasmo como acceso personal al placer.

Los límites entre el adentro y el afuera ponen en riesgo al yo desde la percepción del cuerpo. ¿El cuerpo soy yo, o es un objeto externo?, parece preguntarse el adolescente. Este intruso invade ¿desde adentro o desde fuera? Estas interrogantes estarán presentes, sin una respuesta definitiva, pues el llamado de la representatividad es ambiguo, sin certezas. Más bien se trata de acceder a una nueva bisexualidad psíquica, pues la bisexualidad pubertaria es diferente de la bisexualidad

infantil, una vez superada la lógica fálico-castrado. Este trabajo representativo permite al adolescente pensar el coito, lo que supone la disolución de la escena primaria, a la vez que el despertar inconsciente de la escena primaria entorpece el coito. Por lo tanto, la relación sexual deviene una prueba del trabajo representativo, es decir, una experimentación que conlleva la constitución, disolución y reconstitución del yo. A partir de ésta, se juega un problema narcisista cuyo signo de logro es la obtención de placer.

Mientras sus hijos viven su adolescencia, los padres viven a su vez su obsolescencia. Se trata del trabajo psíquico que tienen que realizar para transformarse en objetos inadecuados, en seductores despechados. Las técnicas de seducción de los padres son puestas de lado, ya que están aparejadas con la escena de los amantes adolescentes. Antes los padres sacaban al hijo del cuarto, ahora se trata de que los hijos saquen a los padres. La obsolescencia es un proceso mediante el cual los padres reducen su presencia física en el cuerpo de sus hijos. La adolescencia de los hijos hiere a los padres justo en la fisura donde su adolescencia persiste o se reactiva. Algunos parecen decir: el chico me saca canas verdes, como si envejecieran por su culpa. De manera más violenta la entrada en genitalidad del niño, conlleva de manera mítica la muerte genital de los padres.

Philippe Jeammet, entre Narciso y Edipo

Otro francés destacado, de la misma generación de Gutton es Philippe Jeammet. Ha realizado una gran labor de divulgación de las teorías psicoanalíticas sobre la adolescencia, labor equiparable a la realizada por Françoise Dolto en los 60. Para este autor, la adolescencia es un momento de revelación de las problemáticas del sujeto en torno a su vivencia de la dependencia y la angustia que pueden despertarle sus objetos internos. El autor toma el concepto de interioridad como un recurso mediante el cual se puede construir un territorio propio. Territorio comprendido a partir de una metáfora del espacio animal, al cual se agrega la mirada de los demás para construir las representaciones de uno mismo. Vuelve sobre la idea importante del

apremio de lo biológico, no solo desde el empuje puberal, sino a partir del monto energético con el que cada uno nace. El autor, en este sentido, afirma que no se puede hacer todo lo que uno quiere con lo que uno es. Será tarea del adolescente y de sus padres amoldar los ideales con los recursos disponibles.

Una de las aportaciones más importantes de Jeammet es el espacio psíquico ampliado, el cual pone énfasis en la importancia de los objetos externos como son el cuerpo y los padres, los cuales jugarán un rol equivalente a los objetos internos en la escena fantasmática. El cuerpo es vivido como un objeto externo e interno a la vez. Como objeto externo puede ser vivido como perseguidor, sentido por el adolescente con una extrañeza inquietante. Retomar el control de ese cuerpo puede llevarlo, por ejemplo, a desarrollar trastornos alimenticios que esconderán el cuerpo sexuado. Otra manera de ejercer el control sobre el cuerpo se relaciona con las vestimentas o las actividades deportivas. El cuerpo que escapa al adolescente representa esencialmente la unión sexual de los padres, con concomitantes fantasías de envidia, exclusión y seducción. Por eso, cuando se le ataca a través de las escarificaciones, los tatuajes, o cuando se le rechaza a través del suicidio, son en el fondo ataques contra las figuras parentales y una prueba de la fascinación del deseo de control. Todos los síntomas de índole corporal son tentativas, más o menos ruidosas, de restauración de la unidad tambaleante de la identidad. Si las bases narcisistas son poco sólidas, el equilibrio se busca en los objetos externos, encargados entonces de contrainvestir la realidad interna. Por tanto, el objeto externo puede, con mucha facilidad desequilibrar al adolescente, ya que ese deseo puesto en ellos puede transformarse en la amenaza de un poder exorbitante conferido a dicho objeto.

La problemática identificatoria en la adolescencia puede traducirse como una relación de tipo sadomasoquista con las imagos parentales del mismo sexo. Se trata del anhelo del adolescente de ser diferente a sus padres, sumado a su necesidad de parecerseles. Dicha paradoja puede conducir al joven a conductas de sabotaje multiplicando los desafíos y las conductas de riesgo con dimensiones ordálicas en su afán de diferenciarse.

Este espacio psíquico ampliado nos remite al hecho de que el adolescente disfraza sus fantasías a través de un discurso sobre la realidad concreta. El sueño puede ser tomado como realidad, tanto por el sujeto como por su entorno. Cuando esto ocurre, dicho entorno no opera su función de frenar la excitación, por el contrario la estimula. Esta problemática se relaciona con la función del ideal del yo, entendido como instancia psíquica encargada de tomar el lugar de la función narcisista de los padres. El espacio psíquico ampliado es un referente básico para comprender la necesidad de actuar de los jóvenes, porque actuar es una tentativa de saber quiénes son los otros, evaluando así su patrimonio identitario. De este modo, el adolescente puede preguntarse ¿de dónde soy yo y a dónde voy?

Jeammet considera que la pubertad da pie al acto por excelencia, el pasaje al acto de la naturaleza, el cual ofrece al preadolescente un cuerpo apto para realizar sus fantasías. El yo queda colocado en una posición comprometida, donde el ello, con sus pulsiones recargadas, le reclama satisfacciones que tanto la realidad como los ideales proscriben. El yo tendrá que irse nutriendo de nuevas identificaciones, basadas en su pasado edípico y en su propio entorno. Las identificaciones solo podrán funcionar de manera armoniosa si éstas no comprometen en su totalidad al sujeto, es decir, que le permitan conservar el baluarte de sus adquisiciones narcisistas. Solo así, la tarea identificatoria no supondrá un estrés excesivo para el equilibrio narcisista. Los intercambios entre el sujeto y el objeto pueden empezar sin que impliquen ningún tipo de identificación, al menos en un inicio. De este modo no se plantea que el sujeto tenga que elegir de entrada, entre su individualidad y la adquisición del objeto en términos de modificación profunda. Podemos ponerlo en las siguientes palabras: el sujeto no se tiene que jugar el todo por el todo en su tarea de asimilar fragmentos que le permitan solucionar sus faltas. Las identificaciones se dan en un interjuego, se acompañan por una delicia lúdica, en el marco de un espacio transicional. Tal como la imagen del guardarropa de un teatro, donde el director dice: “usted, joven, puede probarse los diferentes modelos, escoja cual es de su agrado, si ninguno cumple con sus exigencias no se agobie, déjelo en la percha”.

Resumen

Para terminar esta revisión, es importante recordar que los diferentes autores profundizan temas que Freud esbozó desde principios del siglo XX. Todos concuerdan en la noción de crisis psíquica en la pubertad originada por el impacto de la transformación corporal de la maduración biológica. El yo se verá puesto a prueba por la fuerza que adquieren las demás instancias. El empuje puberal exacerba los deseos provenientes del ello. Las pulsiones parciales tienen que encontrar un cauce que desemboque en la gran corriente genital, para lo cual se vuelve necesario el vínculo con un objeto exogámico, renunciando a los antiguos objetos de la infancia. El superyó, por su parte, tendrá que ir adquiriendo nuevos contenidos que le permitan estar a la altura de las nuevas circunstancias, pues en su carácter de heredero del Edipo, no puede cumplir su función reguladora porque se vive desfasado ya que los ideales de la infancia estorban para separarse de los padres. Este movimiento pone a prueba las bases narcisistas, pues el adolescente, al tener hambre de nuevos objetos, experimenta sentimientos de sumisión y dependencia.

El lugar de la adolescencia como un puente entre lo infantil y lo adulto es una idea que sostienen autores como Jones, Anna Freud y Klein. Para ellos el acento está puesto en la sexualidad infantil sin que la adolescencia sea un proceso psíquico específico.

Autores como Blos, Aberastury y Kestenberg perfeccionan dicha perspectiva sobre la relación entre la infancia y la adultez. Plantean el trabajo sistemático de los duelos por los que tiene que cruzar el púber para advenir adulto. Para otros autores como Jeammet y Gutton será más importantes la construcción del sujeto que la vuelta hacia los restos póstumos del niño perdido.

La idea de Freud sobre el peso y la fuerza de las fantasías en esta etapa de la vida será un eje desarrollado por Deutsch, Winnicott, Laufer, Jeammet y Gutton. Todos concuerdan en la importancia de trabajar en el espacio clínico las fantasías suscitadas por la erotización de los restos edípicos. Esto permitirá que el adolescente pueda

crecer sin el peso abrumador de la culpa que despierta el cuerpo apto para realizar lo que el niño anhelaba pero le era imposible.

La bisexualidad psíquica es parte de las ideas de Freud sobre el perverso polimorfo. Para él, existen consecuencias psíquicas derivadas de la aceptación o no, de las diferencias entre los sexos. Klein, Winnicott, Aberastury y Gutton enfocarán sus desarrollos teóricos alrededor de esta idea en la etapa de la adolescencia. En la construcción de su identidad sexual, el joven pasa de la lógica de lo fálico-castrado hacia la representación psíquica del pene y la vagina. Asimismo se tendrá que confrontar con la renuncia de la omnipotencia asociada con la bisexualidad y ver de frente a la castración.

La noción de après-coup en Freud articula la posibilidad de una reinscripción de las huellas mnémicas durante la adolescencia. En virtud de lo anterior, la función psíquica nombrada por él discernimiento, deberá a su vez ajustarse al nuevo estado de cosas. El límite entre lo interno y lo externo se desdibujó. Es lo que Laufer y Kestenberg van a retomar al trabajar desde los desajustes adolescentes del orden de lo psicótico. Jeammet, por su parte, retoma esa idea al concebir el espacio psíquico ampliado de acuerdo con el cual son tan importantes los objetos internos como los externos reales. En el mismo tenor, autores como Winnicott, Blos, Mâle y Gutton enfatizan el proceso paralelo que tienen los padres con hijos adolescentes. Sus capacidades psíquicas serán puestas a prueba e influyen de manera determinante en el resultado. Erikson, por su parte, opina que mientras los adolescentes están inmersos en un proceso para construir su identidad, sus padres tienen que resolver su propia crisis de mediana edad, luchando contra el aislamiento en pos de ser productivos, creativos y consciente de su legado.

El encuentro entre el adulto y el joven entraña dificultades de las cuales el espacio terapéutico no escapa. La diferencia entre generación necesita ser tomada en cuenta para superar el opositorismo del joven. Aichhorn es innovador en ese sentido. Destaca la función de orientador para hacer pensar al joven. Es un eje que es retomado por Winnicott y Gutton desde la capacidad de espera del terapeuta y su necesaria seducción.

Para terminar es importante destacar el pensamiento de Bernfeld, quien consideraba, más allá de las patologías y síntomas, que la adolescencia involucra una serie de cualidades que serán relevantes para el resto de la vida. Se trata de un momento creativo, rico en soluciones ingeniosas y propuestas novedosas en el arte y el pensamiento. Gutton piensa que los jóvenes son como artistas, tienen que inventar qué son y quiénes son. Esta experiencia creativa será el corazón mismo de la adolescencia.

Planteamientos clínicos

En el plano clínico, hoy en día, el adolescente nos lleva a pensar el conjunto de sus neopatologías, conductas adictivas, auto y heteroagresivas, como también la problemática de la psicosis y de los estados limítrofes; en el plano sociocultural, el impacto de diversos factores internos y externos en el despliegue y las manifestaciones de la crisis y de sus perturbaciones en el seno del espacio psíquico ampliado desde el concepto de Jeammet, específico de esa edad.

Así la irrupción de la genitalidad, en el plano físico y psíquico, trastorna el conflicto edípico puesto entre paréntesis durante la latencia (en el mejor de los casos). El conflicto se reactiva desde la problemática de la diferencia de los sexos (de lo fálico-castrado a la dualidad pene-vagina), la diferencia generacional desde la posibilidad del acto sexual que implica otra dimensión en el peso de las fantasías incestuosas; la relación del sujeto consigo mismo y con el mundo donde se pone en juego la compleja relación entre las relaciones objetales y el narcisismo. Queda el adolescente expuesto a las angustias identificatorias y a las cualidades tanto hiperexcitante e hiperamenazante del objeto.

Podemos decir que se trata de una resexualización de las identificaciones y del superyó. La relación de objeto queda marcada por la dialéctica del ser y del tener a la par con la renuncia de los objetos infantiles. El equilibrio logrado durante la latencia entre lo narcisista y los objetos queda rebasado, se rompe. En este péndulo prima la fuerza narcisista con toda la fragilidad que eso implica y sistemas defensivos altamente desarrollados para protegerse del cataclismo psíquico. Son los mismos fundamentos identificatorios los que están amenazados y requerirán varios años para construir otro equilibrio.

Mientras se llevan a cabo dichos ajustes, la tendencia a externalizar los conflictos se ve reforzada, la frecuencia de los actos o actuaciones es imprevisible y temible. Esto plantea grandes interrogantes en cuanto a los problemas técnicos de

abordaje del tratamiento. El encuadre y los tipos de intervenciones deben ajustarse. Es un llamado a cierta flexibilidad sin perder la capacidad de una lectura analítica que permita una modalidad de construcción del sujeto más allá de lo educacional y amistoso.

El compromiso de los psicoanalistas con los adolescentes ha ido aumentando desde hace algunas décadas. Se ven confrontados con dificultades relacionales, inhibiciones, problemas de rendimiento escolar, tendencias depresivas aunadas a cierta angustia identificatoria para los casos más comunes. A veces aparece mayor detención del desarrollo en cuadros como depresión severa, tentativas de suicidio, automutilaciones, anorexia, bulimia, conductas adictivas, fobia escolar o conductas de retraimiento.

Entonces las vías de progresión y de regresión están detenidas y el sistema defensivo se vuelve en contra del sujeto dejándolo a la merced de angustias de origen narcisistas, de desbordamientos pulsionales difíciles de integrar. Acercarse a estos cuadros más complejos y más graves implica lecturas y comprensiones divergentes.

Algunos van a privilegiar la exacerbación de lo edípico, por la llegada intrusiva de lo genital. El adolescente intenta entonces desesperadamente, preservar la imagen idealizada del terapeuta o la imagen también idealizada del cuerpo pregenital mientras va desplegando todo un sistema defensivo regresivo, un abanico de síntomas para aplacar ese cuerpo deseante, odiado, rechazado. El analista en la transferencia, será vivido a veces como un objeto persecutorio que odia al adolescente, y otras veces como el que puede, de manera omnipotente, liberar al adolescente de esa sexualidad con tintes incestuosos, extraerle esas fantasías tan locas vividas como verdadero peligro.

Otros enfocarán su trabajo desde una problemática del orden de lo limítrofe. Ahí entonces prevalece el cuestionamiento de lo asentado narcisísticamente, la reactivación de las angustias primitivas de separación donde el après-coup despierta imagos terroríficas e indiferenciadas. La amenaza de las pulsiones destructivas ponen

en jaque las eróticas. Entonces el encuadre bascula en otro espacio donde la contratransferencia será fundamental para poder abordar la terapia. El sentir del analista será el registro más importante para movilizar recursos posibles en el paciente. Sabemos además que en muchas crisis adolescentes, por muy banal que sean y muy alejados de posibles estados límites, las defensas por el clivaje, la negación, la exclusión y el acting, son muy frecuentes.

Estos dos enfoques son importantes en el abordaje de la adolescencia en la clínica psicoanalítica de hoy. Tenemos que pensar en esas dos vertientes para comprender la expresión de una dificultad o incapacidad en esos sujetos para llevar a cabo el trabajo de subjetivación diferenciador, de apropiación subjetiva de la actividad representacional, a partir del doble apremio de la pulsión y del objeto. Ese mandato está presente desde el nacimiento y durante el proceso de desarrollo del ser humano, tomando un sentido más definitivo durante y más allá de la adolescencia. El fracaso de la cristalización del proceso de subjetivación afecta el flujo del desenlace del Edipo, sobretodo en la relación narcisista y objetal con el cuerpo sexuado, y también en las modalidades del funcionamiento mental propiamente tal. Esto entonces limita o excluye la posibilidad de objetos psíquicos que permitan la elaboración de estas problemáticas. Es un círculo vicioso en el cual el adolescente se encuentra atrapado y le tomará tiempo poder deshacer el nudo gordiano.

Esta situación marca la relación transferencial donde pulsa cierta desarmonía, ritmos más cercanos a Stockhausen que a Chopin. Los mecanismos de defensa son heteróclitos, obturan muchas veces los grados de capacidad de diferenciación, uso y apropiación del pensamiento. La reviviscencia de las angustias depresivas y de separación, amplificadas por el resurgimiento del conflicto edípico y las heridas narcisistas concomitantes, hacen resurgir las primeras angustias causadas por las desavenencias del objeto. Esto mismo hace que se movilicen, por vías retroactivas, mecanismos defensivos arcaicos cuyo peso puede ser, desgraciadamente, muy determinante para el devenir del sujeto. Entonces surge la necesidad de una regresión narcisista, el pulsar de una externalización constante, identificaciones prestadas y muy cambiantes, buscando perdidamente una autenticidad inexistente.

El pasaje al acto toma un lugar particular a esas edades. Por un lado por la frecuencia y por otro por los múltiples significados que toman. Puede ser pensado como una puesta en escena desplazada al exterior de la psique, dentro o fuera del espacio analítico desde un modo regresivo. Puede representar también un cortocircuito o evacuación de los conflictos oponiéndose entonces a cualquier forma de pensarlo. La dimensión de la violencia que muchas veces acompañan esos actos, ponen a prueba la contratransferencia del analista. El riesgo es el rompimiento de la relación donde ambos, terapeuta y paciente, actúan y contractúan entonces la irreversibilidad de lo destructor. La experiencia clínica revela sin embargo, que estos momentos pueden generar herramientas de análisis muy valiosas para conectar al adolescente con su realidad psíquica y darle pista al analista sobre lo que se está jugando en el espacio.

Aparecen dos funciones importantes del eje de trabajo terapéutico. Primero la función de sostén y a la vez la necesidad de crear sentido. La capacidad del terapeuta para identificarse con el adolescente será una herramienta esencial para proporcionar un acercamiento lo suficientemente bueno, ni demasiado cerca, ni tampoco inmovible. En la medida en que éste toque su propia adolescencia y las angustias ligadas a ella, el proceso tomará buenos rumbos porque marcará la diferencia de contacto, imprimiendo una cualidad fundamental en los intercambios desde las complicidades, los malentendidos, el desconocimiento. El propio análisis juega entonces un rol fundamental para poder escuchar esa música propia de la adolescencia.

Los ritos de paso que destaca Jeammet en muchas de sus intervenciones ya no son los mismos. Parecen, en cierto sentido haber desaparecido o por lo menos han tomado formas tan diversas que se vuelve más difícil ubicarlos. Nos alejamos de los rituales tradicionales para crear otros o quedar varados con cierta dificultad para avanzar. ¿Será el psicoanálisis de adolescentes un nuevo rito de paso para convertirse en un o una joven héroe de nuestro tiempo?

Un encuadre diferente: sus consecuencias

El encuadre y la técnica llamados clásicos en psicoanálisis fueron establecidos progresivamente por Freud después de renunciar a la práctica terapéutica basada en la hipnosis y la sugestión, las cuales le parecían insuficientes. Sin embargo desde 1919 (Roudinesco, 1997), lo podemos constatar en la correspondencia con Ferenczi, Freud es menos reacio a los nuevos desarrollos técnicos susceptibles de aliarse al oro puro del psicoanálisis. Algunas intervenciones cercanas al consejo o la sugestión pueden ser asociadas, según las circunstancias, a la clásica interpretación de la transferencia y resistencia. Estamos hablando entonces de intervenciones de tipo terapéutico dentro de un análisis.

Varios factores como la observación de estados límites entre neurosis y psicosis llevaron a los psicoanalistas a abrirse a técnicas más del orden de la psicoterapia que del análisis clásico. Desde inicios de los 20, Sandor Ferenczi (1932) y Otto Rank (1912) preconizan el riesgo de la instalación prolongada de la situación regresiva del diván optando por un sistema frente a frente y con técnicas más flexibles. Ferenczi mostró que el rigor de la cura tipo no producía necesariamente los efectos esperados y que el dispositivo clásico podía, al contrario, actualizar peligrosamente restos mnémicos traumáticos de la historia infantil que podían desbordar la capacidad de regresión de los pacientes. Postula que estos estados traumáticos regresivos en el análisis, pueden deberse a la ausencia de respuesta del objeto frente a una situación de desamparo. De esas reflexiones surgen nuevas técnicas de atención que se adaptan a la fragilidad y vulnerabilidad de estos pacientes. Ferenczi plantea la técnica activa: un conjunto de estrategias de relajación, psicodrama y reparación narcisista. Busca subsanar conflictos derivados de la relación temprana madre-bebé. En estos casos, no recomienda la neutralidad benévola, la ausencia de gratificación real, la función de espejo o el silencio del analista.

Gracias al impulso de Franz Alexander (1961), después de la Segunda Guerra Mundial, se fundó el Chicago Institute for Psychoanalysis. Retomó el espíritu ferencziano de la técnica activa, que apuntaba a transformar la cura clásica en una terapéutica de la personalidad global. Algunos riesgos aparecieron posteriormente con prácticas experimentales en ese Instituto. Intentaron varias intervenciones y manipulaciones llamadas permisivas o de prohibición, variaciones en la frecuencia de las sesiones y en la duración, con el fin de controlar la regresión y evitar lo que llamaban la toxicomanía psicoanalítica. La meta de la cura se definía como una experiencia correctiva emocional. Estos movimientos llevaron a algunos grupos a justificar el regreso a métodos hipnóticos preanalíticos.

Poco a poco la psicoterapia psicoanalítica ha ido encontrando su lugar en las prácticas de los psicoanalistas y sus teorizaciones. Ferenczi y la generación de analistas en la cual influyó profundamente, entre los cuales podemos destacar a Michael Balint, fueron los precursores que tendieron las bases para estos cambios. Balint llevó al escenario de las instituciones hospitalarias las ideas de su maestro. Crea los grupos Balint buscando que los médicos se sensibilicen ante el dolor de sus pacientes, sin sentirse asfixiados. Estas ideas fueron poco a poco adentrándose en la comunidad médica y cambió la manera de ver los padecimientos psíquicos y su tratamiento.

En esta misma dirección, años más tarde, los aportes de Winnicott son esenciales en la evolución de los fundamentos de las psicoterapias psicoanalíticas. Por sus trabajos sobre los estados límites de la personalidad, Winnicott (1971) dio legitimidad teórica a actitudes psicoterapéuticas desde un marco referencial específicamente psicoanalítico. Supo evitar los callejones del maternaje, de la reparación y de las fantasías de ayuda incondicional que suscitan o alimentan una demanda insaciable en el paciente, llevando a estados de decepción a él y al analista. Tomó en cuenta el odio necesario en la transferencia a imagen y semejanza de la relación temprana madre-bebé. A su vez, su experiencia como psicoanalista de niños, de adolescentes y de pacientes psicóticos le permitió desarrollar el análisis sistemático de la contratransferencia como fuente de conocimiento, de inspiración y evolución de las intervenciones del analista. El resultado de esas experiencias clínicas es el

desarrollo teórico sobre la función del analista como yo auxiliar, ofreciendo sostén a los pacientes. Su funcionamiento psíquico se pone al servicio del paciente para favorecer la actividad transicional, la puesta en escena fantasmagórica y la puesta en palabra, es decir, las transformaciones, la simbolización y la subjetivación.

Ejemplos de psicoterapias analíticas son las psicoterapias focales (Balint y Ornstein, 1972). La meta del tratamiento se establece, el campo de investigación y de asociación de ideas se limita a priori. Esta práctica requiere de una gran experiencia analítica como lo han señalado los analistas ingleses y norteamericanos que la han desarrollado. Se opone por supuesto a la ausencia de límite de tiempo propio de un psicoanálisis clásico.

Las psicoterapias de duración limitada son otro enfoque que no implica un límite marcado en las asociaciones, pero el apremio del tiempo pesa de una manera significativa en la relación terapéutica como en el modelo de psicocomunidad (Cueli, 1975).

La práctica psicoanalítica puede también tomar la forma de lo que Winnicott llama las consultas terapéuticas para niños. Se caracterizan por su brevedad y por hacer uso del dispositivo frente a frente. Varía en sus modalidades según los casos, pudiendo asociarse con intervenciones de tipo psiquiátrico, institucional y familiar.

Actualmente las psicoterapias no son consideradas como una forma degradada e insuficiente de psicoanálisis y la experiencia clínica ha demostrado que no necesariamente implica un reforzamiento de las defensas o el retraso del involucramiento del paciente en su análisis. La cura tipo queda como modelo de referencia pero no un ideal forzado que cumplir.

Las psicoterapias psicoanalíticas mantienen las reglas fundamentales del psicoanálisis y la meta sigue siendo la apropiación del sujeto de su vida psíquica y no la eliminación de los síntomas. Esta meta supone una gran implicación personal del terapeuta y le demanda el uso de su creatividad e inventiva. No se trata nunca de aplicar reglas sin más o de una práctica altamente codificada. Busca establecer una

relación viva y suficientemente buena para generar efectos narcisistas reparadores que permitan el investimento de la palabra en las sesiones, y de este modo, modificar la relación del sujeto consigo mismo.

Las reglas fundamentales se conservan: el uso predominante de la palabra, la solicitud de asociaciones de ideas, la elaboración y la utilización de la contratransferencia, y en el momento oportuno, la interpretación de la resistencia y de la transferencia. Dependiendo de las circunstancias, el terapeuta puede realizar sugerencias concisas sobre una problemática real del paciente, así como reconocer los progresos obtenidos por éste. La finalidad de lo anterior es apuntalar el narcisismo adolescente. Las diferencias entre un modelo y otro aparecen en las modalidades, la amplitud, la intensidad y el lugar que toma en la vida del sujeto. La relación se estimula según la capacidad de movilización de la estructura psíquica y la externalización transferencial.

Algunos autores resaltan la gran importancia del frente a frente por las consecuencias de la mirada del analista sobre su paciente. La percepción visual pone en juego la seducción narcisista. Es una especie de cuerpo a cuerpo a distancia, con una función clara de sostén y de apuntalamiento particularmente exacerbado por la relación visual del destinatario de la palabra, aun si éste se sustrae como interlocutor. Así, varios niveles de intercambios se manifiestan, en particular los cimientos narcisistas fundamentales de la percepción de sí en la mirada del otro. Se pone en juego directamente la captación especular, la identificación primaria, las proyecciones e identificaciones proyectivas.

La seducción se vuelve importante al iniciar un tratamiento, sin embargo entraña dificultades y peligros ya que fomenta la idealización de la figura del analista. Detrás de ésta se oculta la agresión, la envidia y la exclusión, temas fundamentales cuando consideramos que la adolescencia re-edita el Edipo. El terapeuta tendrá que saber evitar la tentación de convertirse en un dios para el joven y fomentar en éste la aparición de un falso self. Debe cuidar la distancia justa entre él y su paciente, ni demasiado cerca ni demasiado lejos, ni demasiado frío ni demasiado ardoroso.

Winnicott aporta ideas originales muy poco consideradas entre nosotros. Por ejemplo, considera la práctica del análisis como algo simple, fácil y al alcance de los principiantes, en tanto que la psicoterapia sólo está al alcance de psicoanalistas ya muy experimentados. (Mannoni, 1996, p.20)

En el caso específico de las psicoterapias psicoanalíticas con pacientes adolescentes, resulta muy importante permitir que el propio paciente se interprete a sí mismo y dé cuenta de la existencia de su aparato psíquico (Monniello, 2005). En términos de Bion, el terapeuta crea un espacio que permita el desarrollo del aparato para pensar. Para esto su capacidad de *rêverie* es fundamental. Se refiere a la posibilidad de acoger la información sensorial consciente del paciente (su angustia por el cuerpo, por las relaciones familiares, por la mirada de sus pares y el rol que tiene que conquistar) para metabolizarla en elementos alfa, lo cual permitirá que el joven desarrolle su propia función alfa. Ésta lo lleva a desarrollar pensamientos sobre su experiencia que lo alejan de la repetición compulsiva de aquello que no puede ser comprendido, lo que Bion llama los terrores sin nombres (López, 2008).

III. METODO

Objetivo

El objetivo del siguiente reporte profesional, es dar cuenta de una experiencia teórico-clínica que tuve a lo largo de la maestría con residencia en psicoterapia para adolescentes, la cual tiene como finalidad formar psicólogos clínicos con un alto nivel de conocimientos y habilidades teórico-metodológicas para diagnosticar trastornos y/o problemas psicológicos en adolescentes y realizar una intervención psicoterapéutica que permita la atención oportuna.

Tipo de estudio

El método es de tipo cualitativo, donde las descripciones de las intervenciones realizadas en el proceso terapéutico corresponden al tipo de estudio de caso. Kazdin (2001) menciona que esto implica observaciones no controladas de un solo paciente, en el contexto terapéutico y en el que se reportan datos basados en la información anecdótica del paciente, sin los procedimientos de control usuales para registrar las amenazas de la validez. La validación de las intervenciones e interpretaciones del caso clínico estudiado se da en el espacio de supervisión con un profesional experto donde se articula la complejidad del fenómeno estudiado. Esta técnica de validación por triangulación (Mucchielli, 2002) coloca al investigador no como un científico distante y objetivo sino como un ser pensante que construye sus pistas de interpretación y comprensión desde la dinámica evolutiva del fenómeno estudiado.

Escenario, procedimiento y participante

El escenario es el Centro de servicios psicológicos Dr. Guillermo Dávila, de la Facultad de Psicología de la UNAM, el cual tiene como función ofrecer una formación clínica especializada a nivel de estudios de posgrado (como escenario de prácticas), complementada por una experiencia teórico-práctica supervisada. Para la comunidad este centro ofrece atención psicológica focalizada de bajo costo. Las personas que acuden a dicha institución, presentan una solicitud escrita, para posteriormente pasar a una primera entrevista donde se escucha el motivo de consulta, la demanda manifiesta. Luego se realiza una historia clínica y la aplicación de test psicométricos, constituyéndose entonces el expediente del paciente que será, a partir de estos datos, canalizado a los distintos enfoques terapéuticos que brinda el centro.

Así es como mi primer contacto con Aurora es indirecto, a través de su expediente.

La joven, por norma institucional, fue sujeta a la entrevista inicial o preconsulta, a una evaluación grupal donde se le aplicó el MMPI A (Inventario multifásico de la personalidad Minnesota para adolescentes en su adaptación al español para México hecha por Dra. Emilia Lucio Gómez-Maqueo y cols., 1998), las dos escalas de Beck, de ansiedad (Beck Anxiety Inventory, BAI Beck y cols., 1988) y de depresión (Beck Depression Inventory, Beck y cols., 1979) y a un historial clínico. Aparece el motivo de consulta: deserción escolar en segundo año de secundaria y un cuadro de malestares estomacales y gripas recurrentes desde la mitad del primer año de secundaria. La madre relaciona el pánico a la escuela con la aparición de la menarca y manifiesta su miedo a un posible abuso de parte de algún chico de la escuela. Ante el caso, la institución toma la medida de llevar a cabo tres entrevistas con un terapeuta para indagar lo del abuso o la agresión sexual. Aurora acude a las tres citas. Se muestra, según el reporte del profesional, muy callada, contestando con desgana a las preguntas. Descartan el posible abuso.

Después del proceso habitual de la institución, y de estas tres entrevistas, pasan cuatro semanas hasta que me entregan el expediente y hago el primer contacto, por teléfono, fijando una cita un jueves a las cuatro de la tarde. Le comento a la madre, con la que hago la cita, que se presenten con la secretaria y pregunten por mí.

El centro donde vamos a trabajar consta de una sala de espera que da al pasillo de los consultorios a través de unas ventanas grandes, una puerta de vidrio y la oficina de información donde estaré esperando que alguien pregunte por mi nombre. La sede posee varios consultorios para atención individual. Ningún terapeuta tiene consultorio propio, y solo puede acceder a ellos en cuanto llegue el paciente. Esto tiene efectos sobre el trabajo ya que rara vez se puede trabajar en el mismo espacio y de un terapeuta a otro aparecen rastros de las actividades que se llevaron a cabo en la sesión anterior: una mesa movida, una pizarra pintada, unos juegos olvidados. Es una condición que, como veremos, podrá ser usada en la relación con la paciente.

Recibo a Aurora, en el otoño del 2009, una muchacha de 13 años que llega a consulta acompañada de su madre. La madre se pone a llorar al inicio de la entrevista, manifestando su angustia ante el manejo institucional porque no entiende lo que está pasando y nadie los ha tomado en cuenta; ella siente que algo anda mal pero parece que los profesionales dicen que no. Refiere, en presencia de la joven, que empezó a menstruar en enero y que en marzo mostraba cada vez más dificultades para llegar a la escuela, presentando crisis de angustia que tomaban forma de llanto y de dolores estomacales muy fuertes.

De alguna manera los padres se están haciendo la pregunta por los efectos de la revolución hormonal de la pubertad en Aurora pero lo viven como algo amenazante en la fantasía de un abuso, como si la niña ("¡Ay mi niñita! Ya no es la misma" repite el padre en la primera sesión que tengo con ellos) al acceder a la pubertad, quedará expuesta al acecho de los lobos.

Aurora, actualmente, debería estar cursando segundo año de secundaria pero no ha podido acudir a la escuela en forma regular, a pesar de los intentos de la madre de buscarle una institución a su gusto. Los padres tienen un doble movimiento: por un

lado la madre sigue desesperadamente buscando una escuela pero por otro lado entiende que si no se desbloquea algo en Aurora, no va a poder reintegrar el contexto escolar. Aurora no va y da cuenta que ahora “la situación es peor porque no me siento bien yendo a la escuela pero tampoco quedándome en casa. Me duele el estómago cada vez más y me angustia no ir a la escuela”.

El trabajo con Aurora seguirá su curso con sesiones de 45 minutos una vez a la semana durante dos años y dos meses.

ONE ART

The art of losing isn't hard to master;
so many things seem filled with the intent
to be lost that their loss is no disaster,

Lose something every day. Accept the fluster
of lost door keys, the hour badly spent.
The art of losing isn't hard to master.

Then practice losing farther, losing faster:
places, and names, and where it was you meant
to travel. None of these will bring disaster.

I lost my mother's watch. And look! my last, or
next-to-last, of three beloved houses went.
The art of losing isn't hard to master.

I lost two cities, lovely ones. And, vaster,
some realms I owned, two rivers, a continent.
I miss them, but it wasn't a disaster.

Even losing you (the joking voice, a gesture
I love) I shan't have lied. It's evident
the art of losing's not too hard to master
though it may look like (Write it!) a disaster.¹

Elizabeth Bishop

¹ Un arte/El arte de perder no es un arte difícil/tantas cosas parecen colmadas de un propósito/de pérdida que cuando se pierden no es muy trágico/Pierdan a diario algo/ Acéptenla molestia/de extraviar el llavero, la pérdida de tiempo/El arte de perder no es un arte difícil/Practiquen perder, luego, más cosas y más rápido/lugares, nombres, dónde era que estaban yendo/Ninguna de estas cosas es demasiado trágica/Perdí el reloj materno. Y miren, se me ha ido/la última, o penúltima, casa que tanto amaba/El arte de perder no es un arte difícil/Dos hermosas ciudades, perdí/Y algunos reinos/que poseía, dos ríos y un continente/Y aunque, sí, los extraño, no fue una cosa trágica/Incluso tras perderte (la voz mordaz, un gesto/que amo) no habré dicho una mentira. Es obvio/que el arte de perder no es cosa muy difícil/aunque parezca a veces (¡anoten!) algo trágico. Traducción de Ezequiel Zaidenweg. <http://zaidenweg.blogspot.mx/2005/107un-arte-elizabeth-bishop.html>

IV. PRESENTACIÓN DEL CASO

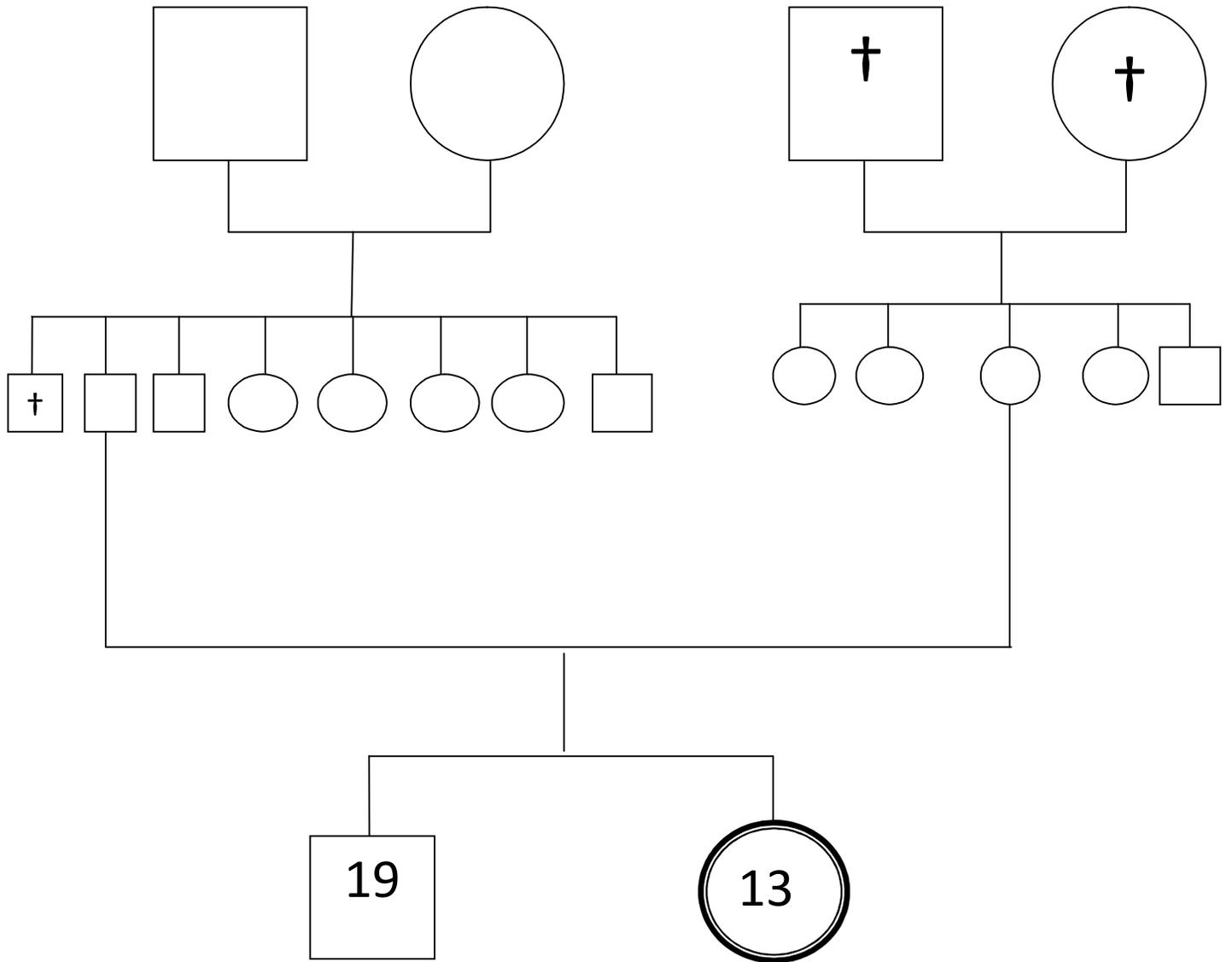
Descripción del paciente

Aurora llega de blanco a su primera cita. Diez minutos después de la hora acordada, la madre pregunta por mí. Aurora se queda en medio de la sala de espera mirando a través de la ventana de la oficina, divisando las caras de los presentes. La imagino tratando de adivinar qué terapeuta le va a tocar. La veo de lejos, alta para su edad, de cuerpo púber bastante desarrollado, sin embargo me da la impresión de no saber qué hacer con él, como si quisiera esconder esas curvas de reciente aparición debajo de una playera holgada y de unos shorts largos que le dan un aire más masculino que femenino. Se ve torpe con su cuerpo, se deja caer en el sofá del consultorio y casi no se mueve en toda la primera entrevista, salvo un juego leve con sus manos: las frota palma contra palma y de vez en cuando las choca. Su mirada se queda muy concentrada en sus pies que mueve como si los estuviera descubriendo, como lo hacen los bebés. Me miró con detenimiento al cruzar la puerta de la sala de espera, con sus ojos negros que transmiten una chispa de sospecha inteligente. Su cara es muy redonda, de frente corta, invadida por sus cabellos negros, de pómulos altos: rasgos de alguna raíz indígena, que contrastan con su piel muy blanca y de aparente sensibilidad al sol. Llega frecuentemente con la cara llena de protector solar espeso que deja rastros blancos en sus mejillas. Genera en mí la impresión de un actor de kabuki, que se maquilla con la máscara de la emoción del personaje que representa. También me hace pensar en un ente vampírico, que el sol puede destruir.

Motivo de consulta

Se presenta al centro porque presenta una conducta evitativa escolar. Desde la mitad del primer año de secundaria, manifiesta malestares estomacales y gripas recurrentes que la llevan a abandonar la escuela en su segundo año. La madre relaciona el pánico a la escuela con la aparición de la menarca.

Estructura y dinámica familiar



Los padres de Aurora poseen una tienda-estudio de fotografías donde ambos trabajan. Él es responsable de los eventos, como dice la paciente. Es decir que toma las fotos de la gente en el estudio. Antes se hacía cargo de bodas y cumpleaños, ahora contrata un equipo para esa cobertura. La madre, con la ayuda del hijo, es responsable del manejo de photoshop y todos los arreglos que necesiten las imágenes. A su vez es la que va al centro de la ciudad con cierta regularidad a recoger las fotos enmarcadas de los clientes.

La casa es continuación de la tienda y desde los 10 años, la paciente duerme en el cuarto de los padres con su madre; el padre duerme en la litera que, originalmente, Aurora compartía con su hermano. Esta decisión familiar se toma porque ella sufre de pesadillas recurrentes, instalándose entonces un escenario en el cual permanecen. En una sesión posterior asociará este episodio con la partida de la tía (hermana del padre) que la cuidó desde que era niña. La relación era tan cercana que ella la llamaba mamá. Los padres requieren de la ayuda de esa mujer ya que Aurora nace justo cuando ellos inician su negocio.

En varias entrevistas, Aurora comenta como sus padres hablan de agrandar la casa para que ella pueda tener su propio cuarto. Pienso que la adquisición de un cuarto puede implicar la adquisición de un cuerpo propio. Un cuarto para dos me remite a la formula tan acertada de Joyce Mc Dougall (1989), un cuerpo para dos. Pero los padres no consideran la posibilidad que ella pueda reintegrarse a su cuarto donde todavía conserva su ropa y el resto de sus cosas. A la mamá le da mucho miedo que su hija duerma con el hermano mayor, en la misma habitación. Les pregunto cómo lo viven ellos como pareja, y cuentan que cuando Aurora iba a la escuela se encontraban en la cama después de dejarla pero ahora que se queda en casa, no han encontrado muchos momentos de intimidad. Al escuchar a su mujer relatar la situación, el padre se pone rojo mostrando cierto enojo y reclamándole a ella su falta de interés en las relaciones sexuales.

El juego edípico de Aurora es notorio, arde en llamas, busca claramente alianzas que dividan el vinculo parental. Un relato en concreto capta mi atención: la

madre la lleva a comprarse ropa y ella no quiere nada, al volver a casa el padre se entera y al día siguiente toma la decisión de llevarla él y Aurora compra lo que quiere.

Lo que llama la atención es el doble discurso de la pareja parental. Están preocupados por la relación con su hermano mayor y las fantasías de incesto que les despierta la llegada de la pubertad de su hija, mientras la inmovilizan en la cama parental, usándola como moneda de cambio, un objeto consolador que cumple una doble función: en un plano superficial evita que los padres tengan relaciones sexuales, pero garantizan su excitación a través de ella.

Los padres no consiguen llegar a acuerdos en torno a los límites y la exclusión, tanto necesarios como vitales, que deben marcar ante las fantasías pubertarias² de Aurora. El padre parece retirarse cuando más se exige de él como tercero para permitirle a su hija salir de la relación tan estrecha con su madre. Su silencio ante la expulsión de su cama, su resistencia a acudir a las citas, me da la sensación que este hombre se siente acorralado por un mundo femenino que lo deja sin recursos. Parece decir, como lo hace Aurora en el espacio cuando decide abandonar el "juego de la vida" o me deja ganar a los palitos chinos, que no vale la pena jugar porque la partida ya está en manos de otros. Tiene las cartas en sus manos sin darse cuenta. Al querer evitar una situación supuesta de peligro con el hermano mayor, se colocan los tres en una situación incestuosa que impide la separación, la elaboración de las escenas pubertarias, la vivencia clara de la diferencia generacional y la posibilidad para esta púber de confrontarse con la herida narcisista que implica abandonar sus objetos infantiles.

El hermano posee un cuarto que considera como su estudio, con sus libros, sus fotos, su computadora. Aurora habla de ese espacio con fascinación; la literatura erótica del hermano es un mundo sin censura e incluso estimulado por el joven. En alguna sesión, ella relata cómo se ha puesto a leer al Marqués de Sade o a Charles

²Gutton dice, en este sentido, que para hacer su adolescencia, el púber tiene que pasar por las representaciones incestuosas de las escenas pubertarias. Las modalidades de la inadecuación incestuosa en relación a los objetos parentales, es una etapa necesaria donde se elabora el pasaje a la sexualidad adulta. Las fantasías pubertarias permiten entonces una negociación psíquica desde la represión secundaria y la desexualización de la relación con los padres.

Bukowski, preguntándose por qué a su hermano le gustan tanto. Lo que no puede formular todavía es que a ella también le gusta esa excitación corporal y mental que le producen esas lecturas. Pero no sabe qué hacer con eso.

La familia de la madre aparece en el espacio desde la confusión entre las generaciones. Los padres murieron cuando la madre de Aurora tenía 8 años, quedando quizás a cargo de sus hermanas o sus primas o tías. Aurora desconoce la historia completa y las relaciones de parentesco que cruzan esa familia.

La familia del padre es mucho más estructurada, terratenientes de la región de Tlaxcala, donde la mayoría de los hermanos todavía vive. El abuelo es para ella, una persona imponente, un hombre alto, fuerte, que va a recorrer sus tierras a caballo. Ella declara ser una de sus nietas preferidas.

La diferencia de apariencia entre el padre y la madre es notoria. Él es un hombre de unos 45 años, de muy buen aspecto. Se ve que cuida su estilo, desde la ropa que lleva, las combinaciones de colores y el corte perfecto de su barba. Ella, que aparenta la misma edad, si bien no se ve descuidada en su arreglo, denota más pobreza: desde su manera de andar insegura, la forma un poco torpe de usar una chalina hasta su sonrisa que muestra la falta de uno de los dientes incisivos de la mandíbula superior.

Cuando les pregunto a los padres sobre sus deseos de embarazo, la madre contesta que querían darle una hermana a su primer hijo porque éste se sentía muy solo, como si este bebé tuviera la posición de un juguete al cual uno le da movimiento pero que no tiene vida propia.

El caso clínico

Cuando la madre se retira del consultorio en la primera entrevista, me quedo con Aurora, quien permanece en silencio un buen rato. Mi primera impresión es de una niña desvalida en un cuerpo de adolescente. El empuje puberal es notorio en ella, desde la emergencia de los pechos al contorno de las caderas. Se viste todavía de forma infantil, con shorts cortos y playeras de dibujos animados. El contacto es difícil, sus manos son frías y húmedas. (La saludo siempre de mano cuando llega y todos los jueves se repite para mí la sensación de mucho frío). Siento que se repliega del espacio a través del silencio. Un silencio lleno de un saber algo que no se puede pensar, con la certeza de que algo ocurre pero no saber qué, reflejo de una angustia que ha depositado en un objeto, la escuela:

...evocando entonces, al menos superficialmente, una función aparentemente realista, preparatoria; el miedo de algo sería un medio de conjurar el peligro. (Laplanche, 1980, p.81)

La escuela sería entonces el depósito de sus miedos más profundos, angustias pubertarias, derivadas de un cuerpo que cambia y se desconoce. Es como una manera de fijar, limitar y controlar esa angustia que la podría desbordar. Llevando al límite la comparación, podríamos pensar que huye de la escuela como si eso pudiera hacerla huir de ese cuerpo genital, vivido como intruso del cuerpo infantil. La escuela también es el lugar donde se confronta con sus pares, desde la vivencia de la diferencia de los sexos, el espejo del otro que permite un proceso identificador fuera del núcleo endogámico de la familia. La institución escolar, a su vez, es un vector donde es posible protegerse de las fantasías fundamentales de incesto y parricidio, eso llamado inconciliable, que se vuelve intensamente amenazante ya que:

...los atributos de ese cuerpo adulto, en particular los de la genitalidad, son percibidos como armas, a causa de su carga pulsional, y armas que pueden evidentemente cargarse de todos los restos de fantasías infantiles. (Jeammet, 1992, p.43)

Esta es la paradoja en la que se encuentra la paciente. Por un lado evadir el ambiente escolar es quedarse en lo infantil, protegida por sus padres y por otro lado

queda más expuesta a las fantasías perturbadoras ya que el cuerpo las ha tornado posibles.

En esta primera sesión, siento bastante ansiedad entre las dos. Recuerdo entonces los comentarios de alguna supervisora o del mismo Philippe Gutton: que el silencio no tiene tanta cabida en una sesión con un adolescente, se va a angustiar, el terapeuta tiene que hablar, construir. Y me lanzo a hablar y hablar y hablar, pongo en palabras ese silencio y le devuelvo mis pensamientos en torno a los cambios corporales que producen desconcierto, que sobrecogen, que someten de alguna manera porque no se sabe qué hacer con eso; le pregunto de donde viene su nombre, me dice que fue su mamá quien se lo puso, que viene de una novela que leyó pero la madre no recuerda cuál es, que le ha preguntado a su hermano que busque el origen, pero no ha encontrado nada. Silencio....

Algo de mi propia adolescencia se filtra durante la sesión, mi último año de primaria, el empuje puberal en mi propio cuerpo, la foto de clase donde rebaso al resto de mis compañeros por una cabeza, la emergencia de los pechos y no saber qué hacer con eso, la mirada de los compañeros que parece no ser la misma. De pronto, hacia el final de la sesión me da un ataque de tos que me sobrecoge, no lo puedo detener, me somete. Al recuperar mi respiración le comento que a lo mejor se siente así con su cuerpo, como yo con mi tos, algo que llega del cuerpo sin poder detenerlo, sin saber de dónde viene y que sorprende. Ella asiente con la cabeza mirándome por primera vez a los ojos.

Posteriormente me encuentro con un texto de Christopher Bollas (1991) donde relata una sesión con un paciente llamado Dick, un adolescente esquizofrénico. El autor examina una particular regresión clínica experimentada por él, un estado mental al que fue forzado por su paciente. Menciona la escisión de la personalidad del analista en función de un falso self adaptativo, buscando llenar el vacío que se juega en el encuentro con el paciente, investigando casi en forma maniaca información que pueda permitir algún tipo de relación analítica. Pero el terapeuta se estrella contra el silencio sostenido del paciente o sus respuestas monosilábicas. Es justo la sensación que me dan las primeras sesiones con Aurora. Pienso que, si bien Gutton elabora la idea de la

problemática del silencio en el trabajo con adolescente, mi excesivo hablar tampoco tiene cabida ya que parece esconder algo que se manifestará inevitablemente a través de mi cuerpo, como si fuera yo poseída por lo que ella me transmite, eso que ella calla. Porque sé que la relación terapéutica implica un modelo de comprensión y construcción, soltarme a hablar me pone en una posición de extrema fragilidad dando cuenta del miedo que nos rodea a las dos. Ese terror por la supervivencia debido a un espantoso silencio inmovilizador es lo que mi cuerpo parece poner en acción y es lo que el cuerpo de Aurora colocará muchas veces entre las dos. Anticipo al lector las gripas recurrentes de la paciente que se manifiestan en el espacio a través de su tos.

Bollas considera que estas regresiones a estados mentales bastante perturbados, deben ser soportados, dando tiempo para que la información que está siendo procesada en la contratransferencia, lo sabido no pensado, pueda ser elaborado por las partes aún disponibles para reflexionar sobre la experiencia.

La contratransferencia ha sido pensada por mucho tiempo como una fuente de conflictos. Muchos terapeutas y me incluyo, tememos y nos sentimos culpables cuando llegamos a ser conscientes de nuestros sentimientos hacia nuestros pacientes y en consecuencia apuntamos hacia la evitación de cualquier respuesta emocional y llegar a ser totalmente insensible y neutro.

Paula Heimann (1950) aclara que la respuesta emocional del analista hacia su paciente en la situación analítica representa una de las más importantes herramientas para este trabajo. La contratransferencia del analista es un instrumento de exploración dentro del inconsciente del paciente.

Lo que distingue la relación analítica de otras, no es la presencia de sentimientos en uno de sus participantes -el paciente- y su ausencia en la otra -el analista-, sino que por encima de todo el grado de sentimientos experimentados y el uso que se hace de ellos.

Desde este punto de vista quiero destacar la finalidad del análisis personal del analista. Nunca busca transformarlo en un cerebro mecánico productor masivo de interpretaciones sobre la base de un procedimiento puramente intelectual. Por el

contrario, lo capacita para contener los sentimientos que son convocados en él, en oposición a la descarga inmediata, tal como lo hace el paciente, con el fin de subordinarlos a la tarea analítica.

Con mi tos al final de la sesión siento, en un principio, mucho miedo. Esa irrupción me desborda y mi cuerpo reacciona tratando de evacuar lo que estrangula mi garganta y convulsiona mi sistema respiratorio hasta las lágrimas. La paciente me mira de reojo, en silencio, y me da la sensación que ella sabe lo que me está pasando. Ella ha pasado por eso o es justo por lo que está pasando. Siento complicidad en su escucha y su espera, lo que me permite articular la devolución: ella vive exactamente lo mismo con su propio cuerpo.

Eso que sucedió entre la dos en la primera sesión, se convirtió en el eje del trabajo durante el primer año. Aurora hace mención repetidas veces, al miedo que siente cuando piensa en los cambios puberales, los cuales despiertan fantasías en las que ella está dominada por su propio cuerpo. Desearía tener el control de esos cambios, detenerlos, de ser posible expulsarlos. Arrancar de sí al invasor. En una sesión posterior, ella niega su deseo de paralizar dichos cambios. Le contesto que por lo menos la escuela se encuentra detenida. Ella me mira, parece reflexionar, y mientras asienta con la cabeza dice: "Huuuummm, tienes razón". Luego menciona que hay algo que sí quisiera detener: "Sabes algo, si me gustaría que mi pelo dejará de crecer". Le sostengo: "Los de todo el cuerpo". Se hace un silencio y menciona que le gustaría mucho tener cámaras por todo el cuerpo para poder ver esos cambios en forma acelerada. Vienen a mi mente esos documentales de la BBC donde uno ve la germinación de una semilla hasta la eclosión final de la flor. Aquello que florece es una mujer, con un cuerpo y un lugar nuevos. La transformación del cuerpo de la niña en mujer se aúna a la duración de esta metamorfosis donde aparece la mirada de uno sobre su propio cuerpo y la de los demás.

En la segunda entrevista, después de bastante tiempo en silencio, de muchas preguntas mías que caen en el silencio rotundo de Aurora, articula su deseo de tomar clases de tenis pero ella dice que su madre prefiere que siga yendo a natación. A ella eso de nadar le gustaba antes, pero ahora quiere jugar tenis. Pienso yo la similitud

entre la alberca y el útero materno. La cancha de tenis aparece como el escenario de recursos propios, de su deseo en construcción en el escenario de la alteridad. Le comentó entonces cuales van a ser las reglas de esta cancha que es el espacio terapéutico, acordando verla una vez a la semana. El pago es determinado por la institución.

En ese momento cruza por mi mente la problemática social que se va a jugar entre las dos. Pienso que yo puedo representar para ella el ascenso social. El tenis, llamado deporte blanco, está asociado con una clase social acomodada. Pienso que la transferencia se verá permeada por ese tipo de aspiraciones. ¿Me convertiré yo en su tutor para alcanzar ese lugar? Aparece también en mí la posibilidad de la movilización de su rabia y envidia, que se van a jugar entre las dos.

Aurora, actualmente, debería estar cursando segundo año de secundaria pero no ha podido acudir a la escuela en forma regular. En un mes han visitado varias instituciones, como si esto fuera un paliativo para que Aurora encuentre su lugar en ese mundo o, como lo veo yo, un lugar en ese, o para ese cuerpo que se ha vuelto extraño.

Después de otras dos sesiones parecidas en cuanto al silencio de ella y la insistencia poco acertada de mis preguntas que contesta monosilábicamente, decido poner juegos en el consultorio. Los mira de reojo, comenta los que no le gustan, como escaleras y serpientes y el juego de la oca. Le propongo entonces una partida de palos chinos. La primera ronda me deja ganar, observa en silencio mis movimientos dejándome los más fáciles. Se lo devuelvo: "Mira qué curioso, me dejas ganar". Ella me contesta: "Ah, sí, ¿verdad?".

En la segunda ronda cambia de actitud, se pone a jugar y a pensar estrategias. Pienso que es una buena sesión, que la relación entre las dos se distiende.

En otra ocasión, ella va a proponer el juego de la vida, donde uno avanza en el tablero pasando por casillas que marcan eventos significantes de la vida, como titularse, casarse, comprar una casa, tener hijos, ganar la lotería, tener accidentes, pagar impuestos, etc.. Jugando le propongo alternativas de hombre o mujer para la

boda, me mira, se ríe y decide no casarse, porque eso es de tontos, dice ella. Vamos avanzando en la vida pero no nos alcanza la sesión. Le preguntó qué quiere hacer y propone anotar las marcas para retomar el juego en otra ocasión. Nunca más volveremos a abrir el juego. Ante mi oferta en las siguientes sesiones, se niega con su mutismo.

A su vez se inaugura en el espacio terapéutico otro tipo de juego: el de las vencidas. Este juego consiste en que yo le doy una interpretación, ella parece asimilarla diciendo frases como: "Ah, claro, me acordé..." o "Huuuummm, ya entiendo...". Yo le preguntó qué ha recordado o entendido. Entonces me mira con un aire triunfante y con una sonrisa de oreja a oreja declara: "Si te lo cuento no tiene chiste". Me deja entonces con la curiosidad de saber lo que está pensando y si mi interpretación tuvo algún efecto.

El juego termina con una victoria pírrica para ella. Cuando ella piensa que está ganando, o ganándome, yo pienso que en realidad está perdiendo algo. Y cuando ella cree que puede perder, yo tengo la seguridad que ganaría mucho.

Este juego estorba el otro juego de construcción que le propone el espacio y la relación conmigo. Su estrategia para tenerme controlada es mantenerme al margen de lo que piensa. Caigo en la trampa, pregunto y ella retiene, aguanta y se lo queda. Digo trampa porque percibo la necesidad de ella que yo me acerque con mi pregunta para que ella pueda rechazarla. Suele ocurrir al final de la sesión, justo antes de la separación. Me siento como una madre empujando a su niña de tres años a evacuar porque puedo sentir los olores de sus gases pero ella necesita elegir el momento diciéndome que no me acerque, que no la presione. En varias ocasiones me desespero porque me transmite la carga de lo que trae atorado, me coloco como una madre desesperada que cree que si su niña no logra evacuar, algo terrible le va a pasar. Se juega entonces entre las dos una lucha evidente por el control. Esta situación me inunda a veces y siento enojo. Un enojo que ella percibe y vive como un triunfo sobre las fantasías de ayuda que inevitablemente tiñen mi relación con ella. Entonces se queda con la cabeza llena de lo que ella decidió no decir y yo pienso que, si bien se va con una sonrisa en la cara por el desborde que me produce la situación, sale del

espacio cargada, perdiendo la posibilidad de desenmarañar lo que le está pasando por dentro. Me deja fuera sin saber que se deja fuera ella de sí misma y de ese cuerpo suyo que la molesta y que ha implicado pérdidas, como su relación con los compañeros de escuela y dolores estomacales que la tumban. Pienso en el mecanismo de la identificación proyectiva descrita por Melanie Klein:

...como fantasías de ataques contra el interior del cuerpo materno y de intrusión dentro de éste. (Laplanche y Pontalis, 1967, p.190)

Es lo que tiñe la relación. Aurora establece una relación de objeto agresiva, a imagen y semejanza de lo que ella siente por dentro con la sumisión que le impone su cuerpo. La paradoja de la separación se perfila en sus intentos de control. Es absolutamente imperioso separarse y a la vez absolutamente insoportable. Tiene miedo de separarse lo cual se conjuga con el miedo de no poder hacerlo. Se establece un juego de seducción en el cual me mantiene expectante de lo que pueda decir. Percibe este acercamiento y da un paso hacia atrás, dando origen a una conducta compulsiva, en apariencia neurótica, que me lleva a mí a insistir en las preguntas y a ella a alejarse. De las vencidas pasamos al tango. Viene a mi mente La Cumparsita, aquel tango en el cual el amante abandonado se consuela al pensar que algo de él habrá quedado en la que aparentemente lo olvidó: "Quien sabe si supieras, que nunca te he olvidado, volviendo a tu pasado, te acordarás de mí". Con esa letra, descubro en mí un anhelo repetido en la relación de intimidad con ella, que pudiera llevarse algo de mí, sintiéndome a veces como abandonada por Aurora, desechada como amante vieja.

Desde lo que me transmite la paciente, percibo una herida narcisista muy profunda, donde aparece el déficit de la relación maternal. La identificación proyectiva en este caso opera colocándome en el lugar del objeto que pudo haber cubierto esta herida. Recordemos que Aurora fue criada prácticamente desde que nació por su tía paterna, para permitir que su madre se dedique a la atención del negocio familiar.

A partir de los síntomas, a saber, el cuadro evitativo y la perturbación somática, me pregunto cómo coloca la sobrecarga energética del aparato. Me respondo que en el cuerpo, y el papel que desempeña la escuela es el de un depositario de sus fantasías persecutorias.

Sabemos que la irrupción de lo pubertario reactiva representaciones sexuales irreconciliables y parece que esto le impide, en estos momentos, encontrar su lugar como adolescente, quedando fijada a una relación de tipo infantil con la madre. Gutton (2008) nos advierte la importancia de "hacer su adolescencia", lo que implica pasar por la fantasía de escenas pubertarias que escenifican las fantasías originarias estructurantes descritas por Freud. En otras palabras, la representación inconsciente de la escena primaria, revivida por el empuje de la pubertad, adquiere una nueva significación. Poder pensar que los padres están al otro lado de la puerta cerrada, incorpora un elemento psíquico relacionado con la exclusión. Se abre entonces la posibilidad de simbolizar la castración. Es posible sepultar al Edipo, aunque los escenarios imaginarios se componen siempre de tres elementos. Estas posiciones serán investidas por una movilidad dinamizante, evitando que Aurora se quede anquilosada en una sola posición, en aquel juego de las alianzas de dos contra uno, ya sea contra el padre o contra la madre. Enterrar al Edipo entonces le permitirá ocupar cada uno de los roles propios de la feminidad: hija, mujer y madre. Regreso nuevamente a Gutton (2008), para quien es un paso fundamental para el desarrollo de los adolescentes poder concebir a su madre en tanto ser sexuado. Pensarla como mujer ofrece una nueva manera de tolerar las fantasías incestuosas, compañeras de toda la vida, que ahora quedan desprovistas de la culpa paralizante. En otras palabras se permite un ejercicio adulto de la sexualidad, invistiendo objetos sexuales externos al núcleo familiar.

Los padres de Aurora no consiguen propiciar, ni tampoco tolerar, este movimiento necesario para el crecimiento de su hija. Aurora se está convirtiendo en una mujer, sin que sus padres encuentren recursos para acompañarla en esa transformación. Por el contrario, la retienen en su cama.

No existe un espacio suficiente que permita la formación de símbolos. En palabras de Winnicott (1971), la presencia intrusiva de los padres impide la construcción de un espacio transicional, que solo se puede desarrollar por el movimiento necesario de la presencia y ausencia de la madre. Esto puede tener severas implicaciones para el desarrollo del aparato para pensar los pensamientos,

como lo diría Bion (1962). El peso de la realidad al estar acorralada en la cama parental al lado de la madre, invade el espacio transicional, que deja de ser un lugar de fantasía y creatividad. La realidad adquiere un papel de defensa porque congela los vínculos en su condición presente, no hay movilidad, no deja pensar e impide la posibilidad de cambiar de posición. No hay paso por el dolor de la separación o de la pérdida que permita al aparato elaborar la herida narcisista, pivote de la adolescencia donde se ancla el movimiento hacia la adultez.

En el caso de Aurora debemos preguntarnos por las bases narcisistas necesarias para sus procesos de maduración psíquica. Dichas bases quizás estén comprometidas debido a su infancia. Padeció en exceso la inconstancia de sus objetos. De acuerdo con las etapas psicosociales del desarrollo descritas por Erik Erikson (1950), prevaleció la desconfianza contra la confianza básica. Tía y madre fueron cuidadores poco consistentes que no lograron desarrollar la sensación en Aurora de que el mundo es un lugar seguro en el cual se puede experimentar la esperanza. Entonces, ¿la angustia de separación propia de la adolescencia, reactivará angustias arcaicas en relación a la madre o a la tía? ¿Una primera separación no digerida, no tramitada, estará impidiendo la posibilidad de construirse como adolescente? La niña maravillosa de la infancia fue herida y Aurora no parece querer abandonar ese lugar a pesar de lo que implica a nivel de salud y socialización. En algunas sesiones, menciona con gran alegría que en la casa se hace lo que ella quiere. El goce del control omnipotente la hace imaginarse dueña de una varita mágica que inmoviliza a todos los que la rodean y se ve ella paseándose con burla en medio de los congelados. En otra sesión, después de un largo silencio, reparo en que mira con atención los restos de una inscripción hecha por otra terapeuta en un pizarrón de plumones. Parece representar una cancha de fútbol, con los nombres de los jugadores a un lado. Le pregunto, haciendo un paralelo entre un equipo de fútbol y su familia, cuál es la posición en el campo de cada uno de sus integrantes. Se describe como el jugador que está en todas partes, hasta donde no se tendría que meter. El hermano es delantero, la madre es representada por el entrenador y el padre por un portero de chocolate que no se mueve y nunca ataja una. Le pido me explique más sobre ser el jugador que anda por todas partes. Entonces me cuenta que en su casa se hace lo que ella quiere: si los padres quieren salir y ella esta

indispuesta, ellos se quedan; si el menú familiar del día no le gusta, se le cocina algo especial; si necesitan comprar enseres domésticos ella los elige. No quiere dejar las ganancias secundarias de ser la niña de papá, la que manda, la que se mete por todos lados y no le dicen nada, un poco como si eso fuera el paraíso y tuviera mucho miedo que la sacarán de ahí. Por otro lado pide a gritos que la saquen, que el padre ejerza su función. "Mi papá no sabe nada de lo que me pasa, es mi mamá la que toma todas las decisiones. Hasta cuando le pregunto cosas de las tareas se queda callado, me dice que le pregunte a mi mamá. Es bien raro mi papá, a veces da la sensación que no existimos para él, siempre está metido en la tienda". Meterse en todas partes cuando se tiene menos de cinco años no es lo mismo que seguir haciéndolo sin que nadie lo ataje cuando se tiene trece.

Entonces pienso que lo que pasa con Aurora tiene que ver con la irrupción de lo puberal reactualizando conflictos de su sexualidad infantil:

...toda persona adolescente tiene huellas mnémicas que sólo pueden ser comprendidas con la emergencia de sensaciones sexuales propias. (Freud, 1895, p.404);

o bien, que:

...el retardo de la pubertad posibilita unos procesos primarios póstumos. (Freud, 1895, p.407);

pues se trata de:

...un verdadero pasaje al acto de la naturaleza que ofrece al preadolescente un cuerpo apto para realizar sus fantasías. (Jeammet, 1992, p.42)

Si bien las fantasías giran en torno a los mismos temas, no es lo mismo imaginar la seducción de su padre cuando se sabe que el cuerpo está listo para engendrar, o pensar la escena primaria y la exclusión cuando se sabe que el cuerpo que ha crecido es ahora similar al de la madre.

De ese cuerpo Aurora quisiera saber algo, lo revela en la quinta sesión de trabajo dando cuenta de su interés por la anatomía en relación con la figura del médico. Se sueña estudiando medicina en la UNAM. Su madre le ha regalado una enciclopedia donde desmenuzan el cuerpo en huesos, músculos, órganos y ella narra

cómo va aprendiendo esas denominaciones teóricas. La relación con el cuerpo durante la adolescencia implica una pérdida de familiaridad entre éste, el yo y el mundo, despertando así una angustia devoradora que habla de la profunda y radical metamorfosis del yo por lo pubertario. Aurora ha encontrado otra manera de lidiar o esquivar la angustia que le provoca el cuerpo libidinal, lo despoja del afecto que lo inviste, quedan solo retazos de carne desnuda.

El paso del tiempo por sí mismo no garantiza que el yo consiga apropiarse de los cambios impuestos por la pubertad. Desde Freud sabemos que las cargas internas implican un trabajo psíquico muy diferente al tratamiento que se les puede dar a las cargas que vienen del exterior.

Los estímulos pulsionales [...] plantean exigencias mucho más elevadas al sistema nervioso y lo mueven a actividades complejas, encadenadas entre sí, que modifican el mundo exterior lo suficiente para que satisfaga a la fuente interior del estímulo. (Freud, 1915, p.116)

En el Proyecto Freud plantea que:

...si el individuo auxiliador ha operado el trabajo de la acción específica en el mundo exterior en lugar del individuo desvalido, este es capaz de consumir sin más en el interior de su cuerpo la operación requerida para cancelar el estímulo endógeno. (Freud, 1895, p.363)

Nos enfrentamos entonces a un hecho inevitable: la gratificación que recibe el ser humano desvalido por parte de su cuidador, no siempre es la adecuada. Puede llegar tarde o ser diferente a lo que se demanda. En este momento surge la vivencia de dolor, fundamental para el desarrollo del aparato psíquico. Es lo que Winnicott (1971) llama la desilusión: el tiempo psíquico que separa la demanda de gratificación y permite la constitución de lo simbólico a partir de la primera satisfacción alucinatoria de deseo. Se instaura entonces un espacio transicional que permite la diferenciación yo-no yo y por ende la separación. La madre de Aurora no tolera el dolor de su hija, no soporta el espacio de desilusión que su hija necesita. Cree que buscar una escuela diferente puede disolver los temas cargados de angustia. Aurora, por su parte, espera que resuelvan sus angustias por ella. Deja al otro decidir y hablar por ella. Esto parece entrar en contradicción con lo que escribí arriba en relación con la omnipotencia infantil con sus padres. Aurora piensa que es quien decide los grandes tópicos

familiares cuando en realidad lo hace sobre nimiedades. Le dan atole con el dedo con la finalidad de sacársela de encima, cuando los temas importantes de su vida quedan en manos de su madre sin que ella logre aparecer en esas decisiones.

En una sesión, Aurora me cuenta que le dice a su madre que no le gusta la última escuela donde la inscribió y ésta, abruptamente decide retirarla. Ella, dentro del espacio, se queja del movimiento maternal, dice que “no me da tiempo de pensar”. Así mismo sucedió en la primera escuela donde cursó el primer año de secundaria. Parece que las dos necesitan acortar la distancia, a imagen y semejanza de una relación madre-bebé que no permite la frustración, que se aferra a la ilusión de complementariedad para poder sostenerse en el mundo. Me pregunto quién sostiene a quién, si es la madre la que busca sostener a Aurora o Aurora a su madre.

La relación con la madre de Aurora le deja poco espacio para pensar cualquier cosa, incluido el cuerpo puberal que la sobrecoge. Con el transcurrir de las sesiones gradualmente va verbalizando su angustia, va pensando su cuerpo y sus metamorfosis. Recordemos que en una sesión, al abordar el tema con ella, confiesa su deseo de que los cabellos dejen de crecer. Le devuelvo que con la pubertad el pelo crece en partes del cuerpo donde antes no había. “A mí me gustaría tener una cámara en cada parte de mi cuerpo donde hay cambios para irlos viendo cuando cambian. Y que esto pasará rápido, estoy harta de esperar”. Otras veces hablamos del impacto de la menstruación en su vida. Recuerda que su mamá asocia la menarca con las primeras perturbaciones en la escuela. Logra darse cuenta que con la primera menstruación, empieza a enfermarse con frecuencia. Hablamos que se trata de una experiencia compartida entre las mujeres, desde una genealogía materna. En una sesión llega quejándose porque su madre la obliga a abrigarse. “Mi mamá siempre teme que me enferme”. Le contesto que en Chile (país donde viví algunos años), cuando una mujer menstrua se dice que está enferma y parece que a su madre le cuesta mucho verla menstruar. Me comenta con enojo que su madre la obliga a lavar sus calzones dos veces cuando está menstruando. No importa que estén limpios en un primer enjuague, tiene que lavarlos otra vez. Dice que se siente molesta pero acata la orden. Cuando le pregunto la razón me dice que “la verdad, a mí también me da asco, pero como dices tú, todas

menstruamos". Aurora, en el espacio, empieza a pensar el miedo y el asco que le provocan los cambios en su cuerpo. El tratamiento busca ligarla con las demás mujeres de su familia y sus pares, otras chicas de su misma edad que pasan por los mismos cambios. En el primer año de secundaria, ella recuerda como los chicos molestaban a una amiga, sacándole las toallas femeninas de su mochila. Ella se coloca del lado de los bromistas compartiendo sus risas, a pesar de haber llevado toallas en su propia mochila. "Como si tu no menstruarás, ¿verdad?". Se pone roja y se tapa la cara con las manos. "Me da mucha vergüenza". La vergüenza es un tercer elemento, junto con el asco y el miedo, que Aurora logra verbalizar. Estos temas fueron trabajados de manera constante por más de seis meses. Llega el período vacacional del verano 2010 y justo antes de la separación, ella me comenta que ha platicado con su madre sobre una escuela que le gusta y está dispuesta a inscribirse en segundo de secundaria para el próximo año escolar que arranca en agosto. La madre la apoya en los trámites que se requieren para lograrlo. Semanas después me cuenta que se decidió por esa escuela al ver a unas chicas jugando volibol muy animadas. Pensó que le gustaría estar con ellas y la ilusiona imaginarse rodeada de amigas.

Para Aulagnier (1975) la madre asume una función de portavoz para su hijo, es decir, traduce los estados internos del bebé en relación a la intersubjetividad representada por un microambiente psíquico. Uno de sus elementos es la función de prótesis que ejerce la madre. Ésta permite que la psique del infans pueda encontrar una realidad previamente modelada por la actividad psíquica de su madre, gracias a ello, dicha realidad podrá ser representada. La psique asume la función de simbolizar lo que carece de sentido, a través de una realidad matizada por los rasgos humanos, por estar catectizada por la libido materna. Sin embargo algo pasa en la traducción que hace la madre de Aurora, está demasiado permeada por eventos traumáticos. Resuena entonces lo que la autora plantea como el fantasma del discurso de la madre donde se cruza posiblemente un duelo no elaborable originado por la pérdida violenta de sus padres a temprana edad. Esa madre quedó desvalida sin una figura materna de sustitución pues recordemos que no queda claro quién se hace cargo de ella siendo niña, parece que nadie asume su cuidado directamente, pasa de mano en mano, de regazo en regazo. La marca del abandono cruza su historia. En la de Aurora, el

abandono se repite ya que ella cede el cuidado de su hija a una hermana del esposo. Los hermanos de la madre se volvieron figuras importantes, pues ellos fueron responsable de su crianza. La fratría adquiere el peso específico de garantizar la sobrevivencia. La función de cuidar a los hijos es una labor colectiva, donde la repartición de tareas no es clara. La misma Aurora y el entorno se va a confundir. Ella llamará a su tía mamá, así como los de la tiendita.

También es posible que a nivel inconsciente Aurora represente el bastón de su madre, volviéndose ella prótesis, asumiendo un rol de protección ante el retorno de los duelos de la madre. Las dos dan la impresión de querer mantener un status quo, preservar esa relación que en un momento fue necesaria pero que ahora despierta reacciones contradictorias. Se busca salvaguardar el estado actual de cosas. Cuando la madre no logra renunciar a esta pauta de relación con su hija, surge el deseo de que nada cambie. Esto imprime una violencia sobre la hija que puede cambiar el alcance de lo que era lícito. ¡Cuántas madres que se han sacrificado por el bien de sus hijos! ¡Cuán elogiadas han sido por los demás! Este tipo de madres modelos ejercen una influencia en el destino del niño, en el cual el abuso de poder implica un efecto nocivo.

La tentación de este abuso es constante, lo cual señala la importancia de comprender lo que la madre no querría perder, aunque acepte renunciar a ello, y el peligro que representa esta tentación ante el exceso. (Aulagnier, 1975, p.132)

Una madre que ha padecido duelos tan desgarradores, vive la renuncia como una pérdida narcisista enloquecedora. Una amenaza se cierne sobre la débil estructura psíquica ante cualquier asomo de separación. El crecimiento de la hija se hace evidente por su entrada en la pubertad. La menarca confirma el paso del tiempo, la niña ya no es niña, se ha muerto. Entonces la madre intenta locamente detener lo inevitable.

Aurora aparece atrapada entre sus deseos de seguir entregándose a los manoseos maternos y a la vez da cuenta del dolor que esto le provoca. "Piensen por mi" parece decir durante las sesiones como si yo tuviera que decidir por ella. En su familia acontece algo similar. El hecho de que pudiera y pidiera pensar por sí misma la llevaría a labrar la separación materna.

No es posible ocultar la negativa a comer o dormir, no es posible ocultar que se ha defecado, pero quizás sería posible ocultar que se finge amar, comprender o, a la inversa, que se finge no comprender o no desear lo prohibido. Contrariamente a las actividades del cuerpo, la actividad de pensar no solo representa una última función cuya valorización superará a sus antecesoras, sino que es la primera cuyas producciones pueden ser ignoradas por la madre y, también, la actividad gracias a la cual el niño puede descubrir sus mentiras, comprender lo que ella no querría que se sepa. (Aulagnier, 1975, p.133)

Durante la adolescencia los procesos de pensamientos alcanzan su mayor complejidad. Este gran desarrollo se debe en parte a que el adolescente puede cerrarle la puerta en las narices a su madre. El espacio de intimidad consigo mismo, al igual que en el niño, permite que el joven construya sus propios pensamientos. Ocultarle cosas a su madre, mentirle y desear lo prohibido es despertar su propio deseo.

Cabe reflexionar sobre el papel que juega el deseo de los padres en este desarrollo del deseo en Aurora. Recordemos que cuando les pregunté, la madre contestó que buscaban una hermanita para el hijo mayor, un juguete para el hermano, al cual uno le da movimiento pero que no tiene vida propia, enquistamiento que implica la negación de las cualidades del cuerpo erógeno. La imagino como una niña en ofrenda, la cual se inmola con la finalidad de preservar la ilusión de la omnipotencia de su madre. Esta figura es vivida muy frágil. Conservar a su hija pegada a su falda es un paliativo contra su soledad y el dolor de las pérdidas. Para Aurora, perder la posición infantil ante la madre idealizada implica empezar a digerir el dolor. El dolor por los abuelos muertos, el dolor por la madre que no supo hacerse cargo de ella, el dolor por el padre omiso en sus cuidados.

En esa lucha por evitar el sufrimiento psíquico, el cuerpo de Aurora cumple una función de descarga enfermándose. Sabemos que en los inicios de la vida la posibilidad de ligar las energías es casi nula, el único medio de expresión para resolver todo tipo de conflicto interno o externo es la somatización. En efecto, el aparato psíquico no se constituye de inmediato y responde a una cadena cronológica desde el cuerpo, la motricidad, los sentidos y por supuesto la traducción que pueda hacer la madre a través de los primeros cuidados. Entonces la somatización del infante es el camino para dar salida a sus manifestaciones de angustia o a sus necesidades de satisfacción

sin respuesta. Vemos entonces como Aurora somatiza sin poder ligar la energía pulsional.

Muchas veces Aurora ha visitado hospitales esperando un diagnóstico que explique lo que pasa con su cuerpo. Se ha visto aquejada por varias inflamaciones en su cuerpo: el estómago, el colón, los ovarios y los bronquios. Ante lo que ha crecido afuera, adentro crece lo que no tiene que crecer. Crece y duele. Así pasa con los ovarios cuyo testimonio de su maduración son los malestares menstruales. Lo anterior tiene relación con fantasías de embarazo y el dolor que significa ser madre. Madre e hija peregrinan de un médico a otro para encontrar la explicación de estas manifestaciones. En una de estas consultas reciben información sobre la existencia del centro de atención psicológica de la UNAM.

Ahora bien, el conjunto de síntomas mencionados, por muy regresivos y arcaicos que sean, tienen cierta utilidad para el aparato psíquico. Sirven de apoyo para evitar una desorganización más grave. El inconveniente es que esa relación casi automática de regresión y fijación a esos mecanismos primarios de sobrevivencia, se vuelve una suerte de fuerza de atracción, un camino corto y conocido que apacigua la angustia en detrimento de los procesos secundarios que permitirían ligar lo vivido y dejar atrás o aminorar las tendencias repetitivas del sujeto. La fuerza defensiva está a veces en relación directamente proporcional con la gravedad de los eventos disparadores. La regresión es muchas veces una defensa contra la psicosis.

Ejes de análisis del trabajo terapéutico

La adolescencia y sus problemáticas clínicas pueden entenderse como la expresión de una dificultad para llevar a cabo el trabajo de subjetivación, es decir, la apropiación subjetiva de la actividad representativa. Ésta se realiza a partir de la doble fuerza de la pulsión narcisista y la objetal. El adolescente tendrá como tarea investir sus nuevas capacidades físicas pero sobre todo las nuevas capacidades psíquicas. Esto implica que las fantasías (y la misma actividad que les da origen) tienen que ser asimiladas desde la propia historia de cada sujeto, con sus avatares personales. Este proceso se puede ver afectado porque su carácter disruptivo pone en jaque al yo del sujeto. El Edipo puesto en prórroga durante la latencia, se reactiva por el impulso puberal. Emerge un cuerpo sexual genital que hace posible la realización de las fantasías incestuosas y parricidas. ¡Vaya susto! Por eso es que Winnicott (1971) prescribe a los padres de adolescentes que lo mejor que pueden hacer es sobrevivir. Es decir, un hijo adolescente revive su propio Edipo así como sus padres el suyo. Sobrevivir implica aguantar los embates pulsionales mediante la única herramienta disponible: promover el funcionamiento del aparato psíquico, tanto del adolescente como de sus padres. La tarea de los padres y del terapeuta será ir conteniendo, apalabrando y transformando los elementos beta en elementos alfa, como diría Bion (1962). De acuerdo con este autor, una experiencia emocional es transformada en elementos alfa con la finalidad de que surjan pensamientos oníricos. Este tipo de pensamientos son los que permiten al adolescente aprender de las experiencias vividas, pudiendo ser utilizadas en su vida cotidiana. Durante la adolescencia las memorias de la infancia sufren una suerte de rescritura, lo que poco a poco dotará a la pulsión de una forma particular. Ésta determinará la relación con los objetos internos.

Hemos hablado del impacto del cuerpo genital. Aunado a éste existe un incremento en las capacidades mentales. La psicología cognitiva coincide con la perspectiva psicoanalítica al respecto de estas nuevas facultades. Sabemos que el salto cualitativo del pensamiento concreto al pensamiento formal, como lo describe Jean Piaget (1964), ofrece al adolescente un mundo desconocido por él, una capacidad de

combinaciones complejas que abren pensamientos novedosos, descubrimientos fascinantes. Los placeres de las construcciones mentales pueden despistarlos.

Los valores que el adolescente "ensaya", no sin paradojas y sofismos, las opiniones que a veces defiende con tanto ardor como irreflexión, ¿no son acaso otras tantas maneras de buscarse, de definirse, otros tantos intentos de ser y devenir él mismo? La afirmación o la vigorosa defensa del propio yo se traslucen muy claramente en los intentos de convencer, de asombrar o de escandalizar a la persona con quien habla, y Arnold Gesell dijo a propósito de tales intentos que aunque al joven le encanta discutir, es imposible discutir con él. (Osterrieth, 1984, p.34)

Muchas veces discutir con un adolescente puede ser fascinante pero también frustrante, porque una parte importante de su narcisismo se juega en esas discusiones. Perder o quedarse sin argumentos es una herida dolorosa a la que responde con enfado o rabietas. A veces las capacidades mentales rebasan las capacidades afectivas y viceversa. El terapeuta es testigo de este proceso en el espacio analítico donde el adolescente va a desplegar una variedad de defensas que obstruyen sus posibilidades de diferenciación, de uso y de apropiación del pensamiento.

Otra dificultad del proceso adolescente que viene a desplegarse en el espacio terapéutico es la problemática identificatoria. Lejos de ofrecer una imagen constante, el adolescente muestra, a quien lo observa, una visión caleidoscópica. De acuerdo con Madeleine Baranger (1969), en el joven se manifiesta una multiplicidad de identificaciones no sedimentadas, contemporáneas y contradictorias. No es raro que el joven se presente encarnando varios personajes, no solo frente al terapeuta sino frente a sus mismos padres. Todos los que entran en contacto con él pueden ofrecer diferentes versiones, a veces completamente opuestas sobre sus características humanas, sobre su madurez, sus cualidades morales, e incluso, en el transcurso de un mismo día, sobre los aspectos físicos. En definitiva el adolescente se confronta con la búsqueda de una autenticidad que no siempre puede encontrar pero que busca a veces frenéticamente.

Los pájaros que mudan de plumaje son desdichados. Los seres humanos también mudan, en el momento de la adolescencia, y sus plumas son plumas prestadas; se dice a menudo que el adolescente que comienza a perder sus antiguas identificaciones toma el aspecto de algo prestado. (Mannoni, 1996, p.27)

Ante tal situación el protocolo de la cura clásica que lleva al paciente a regresiones a veces abismales, no tiene cabida. No se trata de proscribir el diván para los pacientes adolescentes, sino de hacer énfasis en la necesidad de realizar un trabajo frente a frente, según una modalidad de escucha, que deja la máxima libertad a los pensamientos y a la voz del sujeto, pero que permite a su vez un sostén a través de la mirada. El objetivo será usar poco a poco los elementos susceptibles de un trabajo elaborativo, poniendo en movimiento las capacidades de ligazón, de simbolización, de metaforización, intentando levantar los obstáculos que ha ido construyendo el adolescente frente a su trabajo de subjetivación.

En un análisis de adolescente, el analista no logrará gran cosa si permanece ceñido a su saber, saber que forma parte del mundo que el adolescente repudia. El analista debería lograr que se pudiera desarrollar el juego del repudio y la discusión –lo cual constituye el único medio de encontrarse en un mundo en el cual pueda uno ponerse de acuerdo- , pero todo esto es muy oscuro, pues el análisis no es un juego. Pero cuando Winnicott dice que el espacio analítico es el espacio transicional, dice lo esencial. (Mannoni, 1996, p.30)

Esto ha sido el eje de la relación terapéutica con Aurora a lo largo de las sesiones. He buscado cierta movilidad que no mostraría con un paciente adulto. El trabajo ha estado permeado por una actividad lúdica con multitud de ocurrencias de ambas partes. De este modo hemos jugado palitos chinos, el juego de la vida o la mente maestra. Otras veces hemos construido historias juntas, inventado adivinanzas y compartido chistes.

El ritmo de las sesiones y en las sesiones

Aurora oscila entre fases de repliegue y fases de intensa investidura objetal. En esas fases de investidura, empezamos generalmente por una conversación liviana, a partir de un detalle. Si viene o no con su iPod, su risa al entrar mostrándose cómplice con su madre y dejándome excluida, un comentario suyo sobre mi consultorio. A partir de un detalle entramos en materia y Aurora puede hablar fácilmente de ella. Nuestros intercambios son cortos, cruzados a veces por risas, hasta que sobresale algún elemento que me parece poder iniciar un trabajo más íntimo de modo más asociativo.

Reiterar este tiempo de acercamiento progresivo en la relación terapéutica permite crear un espacio transicional, compartiendo un idioma, los objetos y unas referencias del patrimonio de la pareja analítica. Ese ritmo encontrado-creado, como diría Winnicott (1971), es un organizador fundamental para un proceso de estructuración psíquico progresivo. De alguna manera, presentando mi propio ritmo a Aurora, a través de la puntuación de mis intervenciones en cada sesión, le permito a ella encontrar el suyo, su ritmo y conjuntamente el compartido.

Pero esta cercanía análoga a las cualidades de una relación originaria con la madre, perturban la economía libidinal de Aurora y necesita replegarse después de una temporada de alta investidura objetal. Esta construcción de sentido en el espacio terapéutico la llevan a su propia angustia de separación, que, a veces conmigo, puede articular diciéndome al final de la sesión que no se quiere ir, que se quiere quedar. Otras veces, cuando marco el final de la sesión, ella se queda sentada hasta que yo me levanto. En otros momentos desaparece por una o dos sesiones porque su cuerpo reacciona con fiebre o dolor de cabeza o es su madre a quien le sube la presión y no puede traer a su hija. Estas son manifestaciones de la simbiosis entre las dos; cuando ésta está en peligro se enferman para romper el ritmo del tratamiento y evitar que la ponga en riesgo.

Aurora se encuentra en el ojo del torbellino paradójico de la separación en la adolescencia: es a la vez absolutamente necesaria y absolutamente insoportable para el sujeto. Los registros narcisistas y edípicos están imbricados en esa búsqueda. Por supuesto que el movimiento de romper con las imagos parentales incestuosas es primordial pero se fusiona con la fragilidad narcisista que esta corriente implica. La cercanía con el objeto se vuelve amenazante y a la vez vital.

Ante la imposibilidad actual de cerrar su puerta, literalmente ya que ella sigue durmiendo en la cama parental con la madre, ella me violenta a mí. Se trata de un paso necesario en la construcción de la subjetividad porque se requiere de cierta violencia en la afirmación subjetiva del "yo soy". Puede cerrar la puerta del consultorio pero cierra el acceso a su intimidad cuando se queda en silencio por largos momentos. Me pide que yo sobreviva a su cerrarse en las sesiones en su ley del silencio, que yo

siento como si me cerrará la puerta. Sin embargo el operador psíquico que representa la separación, entendido como el mecanismo que permite articular el principio de realidad y el principio de placer, instaurando el inicio de la autonomía del sujeto con el objeto, falla. El cuerpo de Aurora asustado por la cercanía conmigo, se enferma y recae en una fusión maternal de cuidados de su propia madre que ella todavía necesita pero que a la vez vive como intrusión. La madre maneja la ingesta de medicamentos, la ropa que se tiene que poner según su percepción de la temperatura. Esas fases de repliegue me hacen pensar que Aurora vive en un pequeño mundo representado como un gigantesco cuerpo peligroso e incestuoso del cual tiene que escapar. Vienen a mí fantasías de su dependencia en imágenes aterradoras en la cual es devorada. La angustia de la fusión con su madre llena el espacio y siento que me sobrecoge el nivel de indiferenciación entre su madre y ella. En una sesión se oye la tos de su madre en la sala de espera y quedo azorada porque Aurora tose como ella o al revés. Comparten síntomas erotizados al igual que pasaba entre Dora y su padre. En otras ocasiones, cuando ella sale del consultorio, me hacen sentir excluida de algún secreto a voces que comparten antes de cruzar la puerta del consultorio. Esta sensación de exclusión tiene diferentes matices para mí a nivel transferencial. Por un lado siento la complicidad con su madre como algo vital pero por otro lado me deja la sensación de un juego, como si me pusieran a prueba como lo hacen con la calidad del padre en su función de ley. Me remite a la situación perversa que se pone en escena con el padre fuera de su lugar en la cama matrimonial. Entonces me invade el enojo y tengo fantasías de separarlas.

La imbricación del registro narcisista y de objeto se manifiesta en la transferencia a través de ese movimiento de péndulo entre la demanda de Aurora de un sostén narcisista que le permita usar al objeto y, por otro lado, su pánico de depender de mí. Parece decir con su silencio que no me necesita y se impone a sí misma una pseudo autonomía que paradójicamente la mantiene inmersa en un cuerpo para dos, retomando otra vez la expresión de Joyce Mc Dougall (1989).

El tiempo congelado

El inicio de la adolescencia, la pubertad o la también llamada adolescencia temprana corresponde a un momento clave del desarrollo de los caracteres sexuales secundarios y la maduración de las funciones sexuales. Desde la psicología del desarrollo es un período de cambios fisiológicos parecido al fetal y a los dos primeros años de vida. Se manifiestan cambios hormonales que llevan al estirón del crecimiento. El cuerpo crece de manera veloz, no siempre simétrica; aumentan la secreción de las glándulas sebáceas (que pueden ocasionar brotes de acné) y sudoríparas (que generan fuertes olores corporales). Esta revolución biológica lleva el cuerpo a la pubertad propiamente tal, definida como la obtención de la madurez de los órganos sexuales con la menarca en las mujeres y la primera emisión de semen en los hombres. Estos son datos de maduración:

se refieren al despliegue de potencialidades innatas. El ritmo de tales procesos está sujeto a las características de la especie y al principio epigenético. (Blos, 1970, p.17)

Son cambios ineluctables, autónomos, con ritmos propios según el sexo y cada individuo. Es un período de transición intenso, una suerte de metamorfosis lenta y abrupta a la vez, como si fuera el inicio de la novela de Kafka.

Una mañana, al despertar de un sueño intranquilo, Gregor Samsa se encontró en la cama transformado en un insecto monstruoso. (Kafka, 1915, p.15)

En una sesión aparece la metáfora del refrigerador. Es un objeto que sus padres quieren comprar, un refrigerador más grande. Después de hablar un buen rato de éste y sus ventajas, le comento que me recuerda nuestra partida del "juego de la vida", que está congelada, detenida desde hace como dos meses. (Los juegos siguen acompañándonos en el consultorio pero ella los mira de lejos desde aquella sesión donde no logramos terminar el juego de la vida. Decide suspenderla y anotar las marcas de cada una, pero nunca más ha propuesto retomarla). Agrego que a lo mejor es eso lo que siente con su cuerpo, que crece y crece y ella quisiera detenerlo en un gran refrigerador. Ella contesta que no quiere detener nada. Entonces le hago ver que la escuela por lo menos está detenida, como congelada. Asienta con la cabeza y dice

que es cierto. Esta intervención le permite conectarse con parte de lo que está viviendo y no puede decir. Las emociones aparecen como extranjeras a sí misma, haciendo eco de las primeras fases del desarrollo, donde la madre o como lo menciona Freud (1895) en el Proyecto, el complejo del semejante, articula y traduce las necesidades del recién nacido. A la manera de Piera Aulagnier (1975), me convierto en el portavoz de su inhibición, donde ella siente que su piso se tambalea, donde su narcisismo está en peligro. No desconozco el carácter violento de mi interpretación, al colocarme desde el rol maternal. Al decirle qué siente, ella sigue colocada en el papel del bebé donde los otros dicen por ella. Sin embargo, se trata de una violencia necesaria que permite señalar el peligro que representa para Aurora quedarse fuera de la escuela, metida en la cama de los papás. Muy diferente es el caso de otros adolescentes que pueden gozar de un año sabático para definir su vocación o bien dedicarse a otras actividades propias de su edad.

Aurora, después de mi comentario sobre el refrigerador, observa su pierna, se acerca, la manipula, da cuenta que tiene un golpe y que no recuerda como se lo hizo, ni se dio cuenta. Le digo que tiene mucho sentido que yo hable de su cuerpo y que ella lo examine. En un silencio le pregunto en qué está pensando y narra un recuerdo de primaria. Se quedó encerrada en el congelador grande de un restaurante con unos amigos, durante una salida escolar. Era un lugar bastante oscuro y de pronto dejó de sentir frío. Calentura pienso yo, lo que la invade. No lo puede simbolizar en un principio pero el espacio le permite empezar lentamente a ponerlo en imagen.

Aurora manifiesta en esa misma sesión su deseo de tener cámaras pegadas a su cuerpo para poder vigilar con detenimiento los cambios que ocurren sin que ella se dé cuenta. Como si, a la manera de los videos acelerados del desarrollo de una planta, el poder ser espectador consciente de los cambios fuera tranquilizador. Por supuesto ayuda saber algo de esos cambios, por algún profesor de biología o la transmisión de los padres, pero si bien es necesario, no es suficiente porque una cosa es el cuerpo teórico de los libros y manuales y otro el cuerpo vivido desde lo psíquico. Por muy preparado que pueda estar el púber, los cambios aparecen repentinamente, como si fueran extraños que se apoderan de él. A Aurora le angustia que esas

transformaciones lleguen y a la vez le preocupa que se tarden demasiado. Como dice Christopher Domínguez Michael en *La sabiduría sin promesa*:

la adolescencia ocupa ese reino de la ambigüedad entre la pubertad y una madurez que se franquea como una aduana en la niebla. (Domínguez Michael, 2001, p.92)

La niebla confunde la mente, trastorna los límites (del cuerpo), la noción del tiempo se altera, los referentes desaparecen, se sabe que se avanza pero no se sabe por qué camino, y esto puede turbar, paralizar y desfigurar.

El cuerpo en transformación y las consecuencias psíquicas de la metamorfosis no pertenecen al púber en un inicio, sino que es vivido como algo del orden de lo intrusivo, que invade y que incita funcionamientos psíquicos inesperados. De la misma manera como la madre apuntala la sexualidad del bebé a través de su seducción originaria, el cuerpo genital apuntala lo puberal.

La pasividad es el estado originario del niño sometido al dominio del cuidado materno, es también el estado del sujeto sometido a la pubertad. (Gutton, 2004, p.XIII)

Aurora, de hecho, parece más bien entregada a su suerte, dejando a sus padres decidir por ella, dando cuenta de cierta inercia, como dejándose llevar por el deseo de su madre y quejándose de lo mismo. Esto me conecta con las reflexiones de Gutton respecto al concepto de pasividad o pasivación como él lo propone desde un neologismo.

La pasividad es necesariamente ligada al narcisismo, sin ser parte integral de él. Vuelve posible el pasaje del narcisismo a la actividad objetal. (Gutton, 2004, p.XIV)

Aurora está atrapada en esa dialéctica. Parece que su sobrevivencia a la seducción genital en su cuerpo la ha arrinconado en la pasividad, sin poder desarrollar el arte de representarse eso que la invade. Gutton (1991) lo describe en *Lo puberal*, como un proceso de incertidumbre, que pone en interrogación la sensorialidad día a día. El propone pensar ese momento psíquico donde se origina el cambio puberal, el arcaico genital donde el tiempo se trastorna, el antes, durante y después siempre redibujándose o restructurándose. Pierre Marty (2001) habla de hecho de un

bombardeo puberal que puede despertar una reacción neurótica al estilo neurosis de guerra. En otras palabras es pasar del sentido sensorial al sentido significado.

Espejito, espejito, ¿dime quién soy?

En las fases de retraimiento, Aurora manifiesta con fervor una frase que repite una y otra vez: “me da igual”. Todo lo que sea del orden de sus propias apetencias lo neutraliza en una posición de extrema pasividad a la vez peligrosa y culposa. Peligrosa porque ella sabe el riesgo que representa para ella el estar fuera de la escuela, esa exclusión autoimpuesta la preocupa. A su vez yo misma la he acercado a pensar lo incómodo y peligroso de compartir la cama con su madre. Le hago preguntas para saber cómo siente ella la presencia del cuerpo de su madre entre las sábanas, la ausencia de intimidad que implica estar en ese cuarto. Ella se queda muchas veces en silencio escuchándome y cuando toma la palabra lo hace para dejarme bien claro que no le importa, que eso no la molesta. Me contesta que sus cosas están en su lugar en su cuarto original, por lo que ella dice que aún conserva su espacio. Culposa porque ella misma en otros momentos llega a pensar en el enojo que le produce su actitud de entregarse al deseo de los demás. Esto estará muy presente cuando entre las dos pensamos por qué sigue viniendo, sobre todo después de lograr su reingreso al ámbito escolar. Ella suele contestar qué es porque su madre lo quiere. Por otro lado se da cuenta que eso que actúa conmigo en el espacio, venir porque otro quiere, es también una repetición de lo que hace en la escuela con algunas de sus amigas: seguirlas como borrego. También hay actividades escolares que le gustan como el taller de danza. Admira a la profesora y una parte de ella disfruta del baile. Otra parte siente vergüenza y termina por dejar de ir. “A lo mejor, te pasa lo mismo aquí conmigo, a veces quieres venir y otras veces te da pena estar aquí, hablando de cosas tuyas”. “No, no me da pena, me da igual venir o no venir”.

La sensación que me provoca con este repetido “me da igual”, es de impotencia, como si tratará de anularme. Sin embargo creo que me necesita para

tener a quien dirigir su rechazo. De hecho esas actitudes se acrecientan cuando se acerca un corte vacacional y sobre todo cuando volvemos a reencontrarnos después de mis ausencias, las cuales vive como abandono.

Mientras que todo placer tiene un fin, la no-satisfacción no tiene ninguno, ofreciendo así una demostración temiblemente eficaz para las angustias de castración y de abandono. Lo mismo que la negación, haciendo la economía de la represión de la representación, ofrece un dominio más grande que ésta, ese rechazo autoriza una percepción del objeto y más ampliamente de la realidad, pero le suprime una parte de su significación afectiva en particular. (Jeammet, 1992, p.53)

Aurora acalla sus afectos mediante su silencio, creando un mundo interno insípido donde todo da igual. Se guarda a sí misma de la desilusión de sus objetos, previniendo de este modo el horror de la separación y del abandono. No se encariña para no sentir el dolor de las pérdidas. Sin embargo esta defensa es muy costosa, pues lo que hace Aurora tiene que estar en función del deseo de alguien más, despojando su existencia de significación afectiva. Vive por vivir bajo la tutela de un adulto.

Aurora atraviesa la relación con los otros matizada por la necesidad, y por lo tanto bajo el signo de la obligación. Se sabe incómoda, insatisfecha pero su mandato interno es que no hay opción. Entonces el espacio se vuelve una obligación. La terapia hace parte de sus deberes, al igual que ir a la escuela, tomar clases de natación o algún taller. No puede experimentar placer sin sentir que se puede desmoronar porque la apertura con los otros la coloca en una situación de fragilidad que no soporta. Necesita decirme una y otra vez que le da igual, que no me necesita con tal de negar las enormes carencias afectivas que ha padecido a lo largo de su vida.

Un intercambio frecuente en las fases de repliegue es el siguiente:

- Entonces Aurora, nos vemos la próxima semana.
- Pues sí, a fuerzas.
- Bueno pues entonces nos vemos a fuerzas el jueves.

Es justo lo que Jeammet (1992) llama una limitación paradójica, es decir que a través de la dependencia terapéutica puede acceder a una autonomía real. Ella sabe que necesita ese espacio para pensar lo que le está pasando y encontrarse en la relación terapéutica. Pero dar cuenta de esa necesidad representa una verdadera

amenaza para su autonomía. Vive un antagonismo que resuelve muchas veces con su silencio, lo cual le permite salvaguardar su independencia basada en su identidad infantil. Para Aurora, crecer representa una amenaza a su propia existencia. Nos encontramos ante una problemática de índole narcisista. Todo adolescente necesita modelos que le permitan superar el duelo por su imagen infantil perdida. Va tomando prestado de los objetos significativos que le rodean, elementos que gradualmente irá haciendo suyos. Para lograrlo requiere, en primer lugar, invertir dichos objetos. De manera concomitante, la corriente de libido narcisista puede verse empobrecida por los nuevos objetos significativos antes de que puedan ser, de cierto modo, introyectados por el yo, enriqueciéndolo. Para Aurora, esto significa una dificultad insorteable. No encaja más en el lugar de la niña. La pubertad se lo recuerda día con día. Necesita un traje nuevo que le permita superar la contradicción que existe entre su yo infantil y su cuerpo adolescente. Sin embargo construir su propia identidad la obliga a dejar su ostracismo para buscar modelos identificatorios. Para ella, invertir los nuevos objetos significativos representa perder parte de su aislamiento, teniendo que tolerar su vulnerabilidad. Implica perder los vínculos con los objetos arcaicos que, al igual que momias, reclaman un espacio psíquico. Son vestigios de antiguas relaciones de objeto que parasitan al yo. Limpiar los pabellones para recibir nuevos invitados obligaría a Aurora perder lo poco que recibió de los cuidados maternos. Arcaico lo entendemos como la confusión entre la pulsión, sus objetos y el yo. Es un proceso dinámico en donde lo arcaico solo aparece como tal cuando lo comparamos con estructuras posteriores más elaboradas, cuyos elementos están mejor diferenciados. En la relación terapéutica se manifiesta esta dificultad. Para Aurora, los diferentes elementos psíquicos están fusionados, cuando dice "me da igual" refleja este estado. Lo que diga la madre, la abuela, la tía o Judith en el espacio, lo mismo da. Entre Aurora y yo se establece una relación que no permite el intercambio recíproco. Su silencio y su pasividad son formas de proteger los objetos incorporados. Yo llamo a la diferenciación con mis intervenciones, le pido que se exprese, que tome partido, mientras ella se convence a sí misma que todo da igual. Busca rigidizar la relación conmigo, a través de una pauta estereotipada. Este movimiento le permite cerrarse y

no perturbar el descanso de los objetos incorporados. Acorta la distancia entre las dos, sin dejar espacio para pensar lo que está pasando.

Recuerdo el relato de la descripción que hace Aurora de su primer momento de pánico al llegar a la escuela. Ella está en la parte trasera del coche, su padre maneja y su madre en el asiento del copiloto la mira, preguntándole con demasiada frecuencia si se siente bien. Ella sabe que va algo nerviosa pero trata de calmarse mirando por la ventana del coche tratando de no pensar en nada, de dejarse llevar o de escapar de la mirada de su madre pienso yo. La voz de la madre, su mirada y la reiteración de su pregunta la perturban, sus manos empiezan a sudar, su estómago se aprieta. La madre decide no dejarla en la escuela por verla mal. Aurora no recuerda más detalles de lo sucedido, ni siquiera el regreso a casa. Queda absorbida por su madre, lo que se debe a la relación de intrusión y de fagocitosis mutuas. Aurora carece de los basamentos narcisistas para resistir la invasión de su madre que, con su reiterada preocupación, la posee.

Retomando los aportes de Winnicott (1971) podemos decir que la madre no puede sostener la desilusión, tan necesaria en la pubertad para que el aparato psíquico despliegue el vector del deseo. Me remite a los recuerdos de Aurora de sus primeros años de vida donde a temprana edad queda la mayor parte del tiempo a cargo de una tía que ella recuerda llamar mamá. El negocio de los padres inicia justamente con el nacimiento de su hija y parece que ante la presión de emprender un negocio propio, ellos deciden pedirle ayuda a una hermana del padre. Se cuele enojo en los relatos de Aurora y ella recuerda que sus episodios de pesadillas que la llevan a la cama parental, ocurren justo cuando la tía decide dejar la casa y volver a Tlaxcala. Parece que la madre capta la angustia de separación de su hija pero la resuelve proponiendo una fusión a destiempo, sin encontrar palabras que puedan apaciguar lo que se juega a nivel de los afectos entre las dos. Se obstruye la posibilidad de pensar los afectos.

Si ella está dentro de la madre, está protegida, no teme a los fantasmas; la relación simbiótica con su madre la protege de situaciones persecutorias. Por eso se mantiene ligada a su madre en una relación de dependencia simbiótica. Si se separan,

debe introyectar y manejar dentro de ella tensiones que sobrepasan la capacidad de su propio yo en enfrentar o elaborar dichas ansiedades. (Bleger, 1978, p.23)

Algo de la función del complejo del semejante se ve malogrado por una transmisión angustiosa de la experiencia sensorial y sexual. La madre no puede traducir adecuadamente los embestidas pulsionales de su hija. Parece a veces, como si la propia madre fuera la que ataca el cuerpo de Aurora, aniquilándola, envolviéndola en un miedo que no le permite elaborar fácilmente la separación. La madre y ella se aferran aterradas, la una a la otra, dejando de lado el trabajo de separación necesario a toda interiorización.

La separación crea niveles de simbolización y puesta en sentido de las vivencias. Ahora, de la misma manera como la díada madre-hija se pone en juego en los primeros meses de vida, en la adolescencia, la separación se puede ver perturbada porque los padres tienen que permitir ese movimiento.

En otra sesión Aurora va a fantasear con el poder de una varita mágica en sus manos. Lo que desea es congelar y detener a todos los de su casa y sus vecinos para poder establecer una relación desde la voluntad de dominar y forzar. Su juego mental deja ver una modalidad defensiva sádico-anal donde ella persigue la apropiación del objeto. La otra cara de esta defensa es de orden autístico, como si me diera la espalda arrojando lejos de sí cualquier interpretación, evacuándola. Me viene a la mente su postura, cuando inmoviliza su cuerpo durante largos momentos durante las sesiones. Busca presentarme solo un cuerpo rígido, sin agujeros ni faltas.

La zona de contacto se ha vuelto una muralla, a través de la cual un cierto contacto sensible puede ser mantenido, o puede volverse un caparazón hermético. (Jeammet, 1992, p.56)

Este encapsulamiento (Tustin, 1987) tiene un efecto excluyente, acaba con cualquier contacto espontáneo y yo me siento colocada en el lugar de un objeto muerto. En la relación terapéutica surge un bloqueo en la capacidad de pensar de ambas (Delgado, 1999).

Lo descrito, es justo lo que trabaja Bleger (1978) cuando relaciona los vínculos simbióticos con ciertos caracteres autísticos. Los conflictos exacerbados de la matriz

dependencia-independencia se asientan en una perturbación de los procesos de proyección-introyección y cuando esto se cristaliza, la estabilidad del vínculo se sostiene a partir de una oscilación entre simbiosis y autismo. En Aurora, el riesgo de pensar lo que está perdiendo y lo que desconoce (su cuerpo infantil y su cuerpo de adolescente) la lleva a congelarse como una medida para no perder el control. Controlar la confusión es lo que prevalece muchas veces en el espacio analítico cuando intenta detener el tiempo en su silencio. Su repliegue en una concha le permite negar el tema de su dependencia simbiótica. Cuando entra en fases de mutismo total tengo la sensación que ella apuesta a la retención como una forma de ganarle a sus impulsos y sus pensamientos. Entrar en contacto conmigo, abrir su intimidad sería dar cuenta del tiempo y por ende de la necesidad vital de separación psíquica con la madre. Y de pronto, después de muchas sesiones donde oscilo entre la desesperación, el enojo y el desapego de la situación, al reiterar mis cuestionamientos sobre lo que yo siento que está pasando, ella tiene un cambio brusco, como si dejará salir lo que ha acumulado en sus silencios, lo que ha encapsulado por muchas sesiones. Hago más las palabras de Bleger cuando al hablar de una paciente suya, siente:

...que tenía que luchar permanentemente para no perder mi rol y no asumir el rol que me adjudicaba: el de un simple depositario de parte de su mundo y objetos narcisísticos. El poder de invasión de su identificación proyectiva era muy fuerte y tendía a anularme en mi identidad como analista. [...] En algunas oportunidades tenía que autocontrolarme de una especie de compulsión a interpretar y a hablar más que ella, para poder escapar del bloqueo con el que me infiltraba, y escapar así del control y la inmovilización. (Bleger, 1978, p.105)

Mostrar sus sensaciones de gratificación y de frustración le permitirá salir del repliegue y de la relación fusional. Desde el encuentro conmigo puedo proponerle una nueva forma de mirar y de ser vista. Esto de la mirada en las fases de repliegue, se instala desde el soslayo, Aurora mira de ladito en forma evitativa.

En un pie de página Bleger afirma que:

...el acceso fóbico aparece frecuentemente en dos momentos típicos: en el que se instala la simbiosis (claustrofobia), o en el que se rompe o debilita el vínculo simbiótico (agorafobia). Puede ser remplazado permanente o temporariamente por crisis asmáticas. (Bleger, 1978, p.52)

Entonces Aurora se ve atrapada entre su madre y su terapeuta, y yo me siento confundida entre las dos. Es la madre la que me relata varias veces antes de empezar la sesión que llegaron un poco tarde porque a su hija le da pánico subirse al metrobus lleno. No soporta estar encerrada y se le va el aire. Paradójicamente, cuando está metida en su casa, encerrada en el cuarto de los padres, está constreñida y no parece sentir agobio. En otra ocasión dejarán de venir por tres semanas porque la madre entra en un cuadro complicado de asma.

Esa madre promueve algo particularmente paradójico, acercándose a lo que la escuela sistémica llama el doble vínculo. Por un lado busca escuelas para su hija, como si quisiera verla por fin en el mundo, y por otro lado la acorrala en su cama, transmitiendo los peligros del incesto que a la vez promueve.

La herida abierta

En la primera sesión, la madre de Aurora me comenta que ella cree que los problemas escolares de su hija comenzaron junto con su menstruación. Aparece también el miedo de que “algo le han hecho”, comentado entre lágrimas. Efectivamente algo le pasó a la niña, se trata de un pasaje al acto de la naturaleza, como llama Philippe Jeammet a la pubertad.

Viene a mi mente el cuento de tradición oral recopilado por Henri Gougaud, La herida (1992). La historia cuenta como al principio de los tiempos, los hombres y las mujeres no sabían ni del uno ni del otro. El primer encuentro entre hombre y mujer, se lleva a cabo entre dos jóvenes al borde de un río. Se miran de lejos y experimentan curiosidad mutua. Se acercan, se exploran con los ojos, se sorprenden de las diferencias. Él se asusta al constatar que en lugar de pene, ella tiene lo que a él le parece una herida abierta. Ella le dice que su cuerpo siempre ha sido así, al igual que las demás mujeres con las que vive. El insiste en el peligro de la llaga y dedica sus esfuerzos a curarla para que no se infecte. Para eso la lleva a su aldea donde los otros hombres procuran cuidados a la chica. El extraño tajo no se cura con ningún ungüento.

El muchacho desesperado ante la amenaza de muerte, se refugia en el bosque donde los espíritus le muestran el camino de la curación al hacerlo testigo del acoplamiento entre dos changos. Ve como el bastón de carne cruda penetra la herida de la hembra. En ese momento el muchacho entiende que lo que lleva la chica entre sus piernas no es una herida sino un túnel de amor, una cueva cálida, un cáliz, un vergel.

La teoría psicoanalítica reconoce el hecho que el niño posee teorías sexuales para explicar la diferencia de los sexos. Una de esas elaboraciones es la llamada teoría cloacal de acuerdo con la cual el único orificio del cuerpo es el ano. Piensa que los bebés nacen por ese orificio. Con el desarrollo libidinal del sujeto, surge una nueva lógica para diferenciar a los seres humanos, con base en la presencia o ausencia de pene. Existen dos tipos de seres, los fálicos y los castrados. Solo mucho después, en el trabajo de lo pubertario, podrá reconocerse la existencia de la vagina.

Asustada por el desarrollo genital, Aurora busca el control anal, representado por sus diversos problemas intestinales. Intenta retener, aún con costos muy altos, el control omnipotente sobre su propio cuerpo, sobre su familia y ocurre algo similar en el consultorio. Aquí conmigo guarda silencios prolongados, retiene sus contenidos mentales. Estas tentativas de control son reflejo de un control superior, el que ejerce la madre primaria omnipotente. Ante ese poder ella se deja madrear abandonando su cuerpo y su sexo al control maternal. Sus movimientos de independencia le generan un dolor que la acorralla. La eventualidad de cuestionar el viejo juramento de amor hacia la madre parece suscitar en ella reacciones fóbicas en cuanto al descubrimiento de su cuerpo como propio, de su sexo abierto a sensaciones desconocidas. Hacerlo implicaría apoyarse en la figura del padre como seductor. Sin embargo la situación familiar muestra una figura paterna retraída, con poca capacidad para jugar un papel de tercero en esa relación simbiótica que carcome los impulsos de independencia de Aurora. En alguna ocasión ella menciona que su padre se hace presente únicamente para burlarse o quedarse callado. La burla recurrente cae como rayo sobre el hermano mayor en relación a su despertar sexual, desde comentarios sobre su aspecto físico hasta bromas sobre su novia ("te podrías haber encontrado

algo mejor, ¿no?"). Ante los niveles de agresión que transmite el padre hacia su hijo, ella prefiere no entrar al ruedo y establecer el silencio como norma entre ambos.

Aurora sí hace un giro notorio hacia su hermano, lo busca, hurga en sus cosas y encuentra sus lecturas eróticas masculinas como el Marqués de Sade o Charles Bukowski, donde la sexualidad aparece desde la perversión sin ningún apuntalamiento en la ternura. Ella menciona en una sesión el libro del Marqués, *La filosofía del tocador*, que ella lee tratando de acercarse a su hermano, de entenderse a través de la mirada masculina y choca con Sade preconizando:

como fundamento de la república, la obligación del incesto, de la sodomía y del crimen. Según él ningún hombre debe ser excluido de la posesión de ninguna mujer, pero ninguno puede poseer una en particular. Las mujeres tienen la obligación de prostituirse, los hijos pertenecen a la República y no a los padres. Así deben ser separados de sus madres desde su nacimiento. (Roudinesco, 2002, p.36)

Entre la ironía aplastante del padre y las lecturas desgarradoras del hermano, Aurora podría encontrar cierto refugio en la figura de una amiga íntima, sin embargo es notoria la ausencia de una relación cercana con una compañera o vecina donde pueda exigir, como lo menciona Helene Deutsch:

...fidelidad y exclusividad, y sobre todo una estrecha asociación en los secretos en común. Las dos deben decirse todo y excluir a los demás de sus confidencias, en particular a los adultos. (Deutsch, 1944, p.17)

La posibilidad de tener amigas tiene como antecedente la relación entre hija y madre. De acuerdo con Gutton (1983), lo femenino se inicia entre madre e hija en un tiempo preedípico. La madre enseña a su hija cómo ser mujer, lo que obviamente depende de su propia experiencia de feminidad. Existen dos polos al respecto: lo exaltante y lo devaluatorio. La madre de Aurora exhibe la carencia de uno de sus incisivos, lo que la hace ver vieja, descuidada y poco atractiva. Se encarna la falta en la ausencia de este diente, como si nos dijera que tener vagina es ser de segunda, ser inferior. Toda esta transmisión de la feminidad devaluada marca el cuerpo de Aurora.

La ineluctable interioridad de lo femenino se pone en evidencia con la primera menstruación. Aurora utiliza métodos defensivos de escisión para mantener

alejado el re-conocimiento de su vagina. La vive como una herida abierta de la cual emanan fluidos que le parecen repulsivos. La madre, cuando ella menstrua, le indica que lave dos veces su ropa interior para no dejar rastro, obligándola a su vez a una higiene íntima del orden de lo intrusivo (recordemos que Aurora comparte la cama con su madre). Parece que la madre transmite la idea de que todo lo que sale de los orificios inferiores del cuerpo es sucio y repugnante. El acceso a lo propiamente femenino queda manchado, quedando inscrito desde lo repugnante, equiparando la menarca a las heces, identificando el sangrado con la falta de control de esfínter.

Deutsch nos advierte que:

Son las observaciones psicoanalíticas las que nos revelaron la relación existente entre las reacciones psicológicas de las primeras menstruaciones y el complejo femenino de castración. Pero el psicoanálisis muestra también que la asociación de la menstruación a la reproducción se revela en la imaginación de la joven, a tal punto que podríamos hablar de conocimiento inconsciente del sentido biológico de la menstruación. Melanie Klein, y otros autores de la escuela inglesa, demostraron que la reacción psíquica ante la idea de una parte del cuerpo sangrando, no se reduce al órgano genital y que el interés de la niña por su anatomía se transfiere de sus órganos genitales a sus órganos internos. En la angustia provocada por la visión o la representación de la sangre menstrual, la idea de ser desgarrada y herida interiormente juega un rol muy importante. (Deutsch, 1944, p.134)

Pero ahí donde el cuento propone una curación del orden de una relación objetal satisfactoria, Aurora se queda fuera del grupo de los hombres, a pesar de sus intentos de acercamiento con su hermano y su padre. Queda ligada a una relación homosexual privilegiada con su madre, quien solo devuelve vacío cuando de cosas de mujeres se trata.

En una sesión donde el contenido del intercambio conmigo gira en torno a su primera menstruación, ella dice que no recuerda nada en un principio, solo relata que ya sabía. Le devuelvo que no es lo mismo saber que empezar a vivirlo y sentirlo en el cuerpo. Coincido con Gutton (1991) cuando dice que ningún dato previo le sirve al púber para anticipar la experiencia somática que se avecina. Ésta siempre surge desde la sorpresa y el miedo.

Recuerda también que su madre no le dijo nada relevante, que no era lo que esperaba oír. Un discurso del cuerpo teórico y no del cuerpo sentido. La sesión

será difícil: Aurora busca salirse de mi mirada, escondiéndose detrás de la bufanda que trae, tapándose los ojos, girando la cabeza hacia atrás, hacia la ventana que está a sus espaldas. Como si la menstruación fuera algo del orden del horror, de lo peligroso, de la vergüenza y del pecado.

Entonces vuelvo a pensar en la fobia que manifiesta por la escuela, con la aparición de su menstruación, un poco como si tuviera fobia de su propio cuerpo en relación con los otros, con la mirada del otro que irrumpe y que le recuerda el proceso ineluctable de la pubertad. Estes y colaboradores (1956) situaron el núcleo patológico de la fobia escolar en la angustia de abandonar a la madre, más que en el miedo a la escuela misma. Julián de Ajuriaguerra (1996) se refiere directamente a un trastorno de angustia por separación cuando aparece una ansiedad excesiva si el niño es separado de las personas a las cuales está principalmente vinculado. Este trastorno puede dar lugar a una fobia escolar. Se diferencia de la angustia por separación normal en el curso del desarrollo, porque aparece más tardíamente. Sus signos son verdaderos estados de pánico ante tal situación, rumiaciones y preocupaciones mórbidas sobre la integridad de la familia o del propio niño, la nostalgia de su casa y un deseo intenso de reunión con su familia.

La escuela es un objeto significativo en la historia de Aurora, viene a enmascarar una angustia más primitiva. Se erige una pared de papel que para ella se vuelve tan impenetrable como la muralla china. De acuerdo con Freud (1926), la amenaza es del orden de lo pulsional, se convierte en un peligro interno representado por uno externo. No es casualidad que haya elegido la escuela, un lugar en el que se desarrollan las facultades cognitivas y de socialización. Su exclusión de la escuela podría ser pensada como una manera de dejar de pensar en “eso”, pero de manera contradictoria, la lleva a pensar nada más que en “eso”.

Entre Rapunzel y Madonna

En una sesión, ella se encuentra muy silenciosa y me sobrecoge su encierro. No habla de amigos ni amigas, no sale a pasear, pasa la mayoría de su tiempo libre en casa, sola. Me doy cuenta que lleva una playera con la siguiente frase ocurrente: Stay, seat and find me a boyfriend. Le preguntó si estará esperando a su príncipe azul para liberarla del castillo. Ella me mira con una gran sonrisa y me dice que por supuesto que no, que eso es de flojera y que ella no se va quedar allí esperando. Le recuerdo que dejando crecer su pelo le llegó su príncipe a Rapunzel. Ella dice que prefiere salir de la torre e ir a buscarlo. Ella sigue desarrollando el cuento y se imagina, cabalgando sobre el lomo de un corcel blanco en su búsqueda, dirigiéndose a la ciudad más cercana. Entra en un restaurante sumamente lujoso, lleno de pomposos comensales y encuentra a su príncipe en la cocina. Al verla en el umbral de la puerta, el joven, que estaba cocinando un mango flambé, se quema al distraerse ante su belleza. Es un flechazo que irrumpe entre los dos, un relámpago que lo puede quemar.

Las imágenes que construye al narrar su historia son muy vívidas, logra transmitir el placer que le produce dejarse ir a través de la fantasía de un cuento, apropiándose de su personaje, consolidando la ilusión de su fuerza. Se construye entonces, como lo menciona Gutton (2008) en su libro *El genio adolescente*, una manera de revelarse, de construir su personaje. Estoy en presencia de la edificación de una identidad narrativa, donde la historia permite al psiquismo integrar diferentes partes, incluso contradictorias, de la personalidad de Aurora. Es una creación original, puesto que, después de todo:

Con la adolescencia, ese bello arte, se improvisa, se innova, como en el jazz. (Gutton. 2008. p.17)

En ese relato, ella se pone en escena como la que propone, la que toma la delantera, la que sabe de los efectos de su mirada y su cuerpo. Renuncia a la pasividad del encierro al que ella misma se somete. Sale al encuentro de otro que la desea, que la ve hecha un mango ardiente que quema, guapa y sabrosa. Ella no se resiste al otro y

a los efectos que éste le provoca. La calentura, lo que arde, despierta interés pero a la vez puede ser peligroso.

El cocinero que sostiene el mango es un doble creado en el consultorio, cuya función es permitirle a Aurora la entrada a un proceso sublimatorio de los efectos de lo genital sobre su psique. Es un movimiento de identificación, de ilusión necesaria frente a su congelamiento y su gran dificultad por salirse del papel de la niña. Esta ebullición de ganas, de deseos en relación a los demás y al encuentro con un objeto de amor se ve amenazada en la realidad por su tendencia fóbica. Ponerlo en palabra, ponerse en acción en el relato le permite crear las representaciones necesarias, puestas en juego en un espacio seguro, el de las fantasías, el cual, de acuerdo con Freud (1920) es el único espacio que permite al joven el despliegue de su propia sexualidad, sin implicar necesariamente su realización.

En la entrada del restaurante, ella pone en escena la reciprocidad de la mirada amorosa. Una manera de acercarse a la dificultad de ser vista. Esa es la posición de Rapunzel en el cuento. Se deja ver en su ventana y el príncipe al mirarla, se enamora. Ella parece mostrar, a través de su historia, su propia dificultad para recibir la mirada de los otros ya que le devuelven una imagen que ella todavía no reconoce como propia. Se acerca a la posibilidad de pensarse deseada, de dejarse penetrar por un "no sé muy bien qué es", algo del orden de lo sexual, que se le escapa, que quisiera aprehender sin quemarse.

Después de esa sesión, falta dos semanas porque se enferma de gripa. Me quedo pensando que llegamos muy lejos con la historia, que nos metimos hasta la cocina, un lugar muy íntimo de fantasía y deseo, de excitación y voluptuosidad.

En otras sesiones, acercándonos a los meandros de una verdadera revolución hormonal en el cuerpo del púber, de la embestida de lo genital sobre ella, Aurora denuncia la fealdad de sus sensaciones corporales, el asco que le puede dar estar hablando de excitación y masturbación. No puede ni siquiera poner la palabra en su boca, se la tapa cuando yo hablo de lo que seguramente le pasa con su cuerpo. Como dice Gutton:

Al principio de la pubertad, la belleza está todavía del lado de lo infantil, de la dialéctica entre las imágenes de sí y de los objetos parentales; la genitalización del cuerpo y del pensamiento sería algo del orden de lo feo en comparación con lo bello de lo impúber. (Gutton. 2008. p.53)

O a la manera de Dafne, en Las Metamorfosis de Ovidio, ¿Aurora huye de la seducción de su cuerpo y pide ser transformada en árbol?

O se pregunta como el héroe de James Joyce en Retrato del artista adolescente:

¿Quién formó así esa parte del cuerpo, capaz de comprender y de desear bestialmente? Y según eso, aquello ¿era parte de él o era una cosa inhumana, movida por un alma bajuna? (Joyce. 1916. p.145)

V. CONCLUSIÓN Y DISCUSIÓN

En un primer momento el psicoanálisis mostró poco interés por lo relacionado con la adolescencia. Como ya lo hemos dicho, el gran hallazgo de Freud en cuanto a la sexualidad infantil relevó a segundo lugar el proceso adolescente y lo convirtió en el pariente pobre. Parece que durante muchos años, como lo refleja el pensamiento de Melanie Klein, no se creía en la especificidad de esta etapa de la vida. Se le consideraba únicamente un puente donde lo infantil resurgía con fuerza para dar lugar luego a un sujeto adulto. Poco a poco los nuevos teóricos, fueron poniendo el lente sobre estos fenómenos. Más allá de considerar la adolescencia como un resurgimiento de los conflictos infantiles, desarrollan la especificidad del proceso pensando éste como un nuevo nacimiento, un momento donde las diversas patologías no tiene características definitivas, pero pueden cristalizarse. A partir de eso se vuelve fundamental intervenir en esa fase para garantizar un mejor desarrollo del sujeto joven.

Es grato constatar que la adolescencia se ha ganado un lugar dentro del psicoanálisis. Mucha tinta se ha vertido al respecto lo que permite a los que trabajamos con adolescentes, contar con un rico bagaje teórico. No todos los autores que escriben al respecto tienen consenso. Sin embargo, es a través de la contrastación de las ideas que podemos arrojar luz a un fenómeno tan complejo como es la constitución del ser humano.

Aberastury y Knobel, por ejemplo, plantean la importancia de los duelos por lo que tendrá que cruzar el joven. Esto implica poder renunciar a las comodidades del pasado para poder conquistar una nueva posición en el mundo. Lo primero que impacta al joven es la pérdida de su cuerpo de niño. El cuerpo nuevo instauro otro tipo de relación con sus padres, pierde su lugar de niño para volverse una entidad compleja que necesitará tiempo para encajar en el mundo adulto. Necesita hacer las paces con estos cambios, conformarse a ellos y a la vez sentirse conforme con el resultado. Solo puede llegar a lo anterior cuando emprende un profundo trabajo de duelo, el cual

incluirla abandonar la fantasía omnipotente de la bisexualidad, base de su actividad masturbadora. En este camino se topa con dificultades, confusiones, trastornos y sufrimientos para poder por fin asumir una sexualidad genital. Aberastury cuestiona el enfoque social de Erikson, en particular su idea sobre la moratoria social. La sociedad según él, le da al adolescente un tiempo suficiente para que pueda madurar, desarrollarse y definir el curso de su vida. Ella opina que el mundo adulto encuentra sumamente difícil tolerar la maduración intelectual y sexual del niño, dificultando aún más el proceso. Este pensamiento de la autora argentina, se vincula con lo que Winnicott plantea en torno a la importancia de soportar la inmadurez del adolescente como algo vital. Es ahí donde uno encuentra la fuerza de pensamientos creativos, de ideas originales y de sentimientos novedosos. La sociedad, según el autor, debe aprender a escuchar las aspiraciones de estos adolescentes que todavía no tienen responsabilidades. Los adultos, a veces se enfurecen ante tal desenfado y pueden llevar al joven a un falso proceso de maduración. Obturar la inmadurez es colocarlos ante una responsabilidad que todavía no les incumbe, a pesar de que luchan por obtenerla. Esta capacidad de soñar un mundo ideal es un elemento sagrado de este período que dura solamente unos pocos años y es un bien que cada individuo pierde una vez que ha alcanzado la madurez. La principal tarea de los padres de adolescentes es sobrevivir, no desfallecer ante la fuerza creativa que conlleva violencia y ruptura, soportar la confrontación del joven con lo normativo de los adultos. Quizá el duelo que Aberastury olvidó desarrollar es el que enfrentan los padres. Pierden al niño y se topan de lleno con su declive vital. Gutton retoma esta idea y acuña el término obsolescencia, como la contrapartida parental de la adolescencia. Se trata de un trabajo psíquico por medio del cual los padres deben desinvertir su presencia física en el cuerpo de su hijo. Pone a prueba el narcisismo parental cuando hay una constatación de fracaso en la seducción de los padres. Implica que puedan transformarse en objetos inadecuados para el joven.

La omisión del duelo parental por parte de Aberastury parece estar relacionada con el acento que coloca en los objetos internos. Se trata, sin duda, de un eje fundamental para el psicoanálisis, basta pensar en las ricas aportaciones de Melanie Klein. Sin embargo, el papel del ambiente es decisivo en esta etapa. El proceso paralelo

que viven los padres reales guarda repercusiones sobre lo que vive el joven. Son destacadas las aportaciones que en este sentido han realizado Winnicott, Gutton y Jeammet. El primero destaca la importancia que los padres sobrevivan al proceso adolescente y aguanten la inmadurez necesaria del joven haciéndose adulto. Los padres tienen que resistir los movimientos agresivos de sus hijos que son parte esencial del crecimiento. Gutton por su lado, aporta la idea ya mencionada de la obsolescencia, trabajo psíquico por el cual los padres diluyen su presencia real y aceptan ser rechazados. Jeammet propone el concepto de espacio psíquico ampliado, haciendo énfasis en la necesidad de tomar en cuenta el ambiente para poder trabajar en el espacio terapéutico con los jóvenes.

Todas estas ideas teóricas me han permitido volver a pensar el tratamiento de Aurora. Poco después de cumplir dos años de tratamiento, ella manifiesta su deseo de no venir más. Dice que lleva tiempo viniendo únicamente porque su madre se lo pide. Ella desearía que Aurora continuara hasta entrar a la preparatoria, pues teme que vuelva a sufrir el malestar causado por la escuela. Aurora se enfada pues cree que es falta de confianza de su madre. Desea probar que ella puede seguir su vida sola. Le señalo que, por una parte, es muy positivo que pueda manifestar un deseo propio, pero que a la vez quedan muchas cosas por trabajar. Me dice que si fuera por ella dejaría de venir ahora mismo pero tiene que ponerse de acuerdo con su madre primero. Le indico que en este consultorio estamos únicamente las dos y solo a nosotras nos compete decidir. "Ah, pues que ésta sea la última", me contesta fanfarrona. Me doy cuenta que no puedo obligarla a quedarse, que sería repetir la relación que tiene con su madre, como si yo misma no la pudiera sacar de mi cama. Al mismo tiempo me preocupa su tendencia al encapsulamiento, su extrema pasividad, la dificultad de estar con sus pares, el desarrollo de su feminidad. Le comento que estas problemáticas me preocupan y que necesitamos un tiempo para revisarlas y poder despedirnos. Le propongo citar a sus padres y explicarles nuestra decisión. Ella se asusta: "No, no, no, aguántame, no hagas eso, andan enojados conmigo porque reprobé mate". Me da gusto que comente algo que tiene que ver con los procesos normales de la adolescencia, lo que me hace pensar que está viviendo nuevas

experiencias. Acordamos entonces que vería a sus padres a finales del siguiente mes y que nos veríamos tres sesiones más después de ese encuentro.

Cuando veo a los padres me doy cuenta que ambos están relativamente tranquilos, saben por su hija que el tratamiento está próximo a su fin. La madre luce una nueva sonrisa con todos sus dientes y frenos de ortodoncia, además destaca la ternura de su cara con un maquillaje discreto. El padre se muestra entusiasta y participa más que otras veces en la sesión. Se dice orgulloso de su hija que ha recuperado la risa. La madre lo escucha con atención. Ambos me extienden su gratitud por los resultados del tratamiento.

Al terminar esta sesión con los padres me doy cuenta que en esa familia existen muchas cosas que no pueden ser habladas. No dejo de pensar que ambos estaban contentos, no solo por la mejoría de Aurora, sino por el fin del tratamiento. Nunca se esclareció el origen de una pareja que yo percibí desde el principio muy desigual. Se llevaron sus secretos. El esclarecimiento de éstos pudo haber llevado a Aurora a salir de la concha, a dejar el lugar de emergente del síntoma familiar. Me quedo con la sensación de no haber podido tolerar la locura de la familia. Creo que por eso tomé la decisión de limitar mis intervenciones con los padres.

Al igual que Aberastury, yo misma omití el trabajo pertinente al duelo parental. Abordar el duelo por la niña perdida hubiera hecho caer en cascada una pléyade de pérdidas traumáticas de al menos dos generaciones atrás. Llego a esta conclusión a partir de mi propia transferencia con esa familia. No conseguí acercarme a ellos, los sentí muy diferentes a mí y las semejanzas posibles quedaron obturadas. Frecuentemente tenía la sensación de estar ante una pareja muy dispareja, como si me encontraré frente a unos personajes absurdos, como caricaturas: el galán de barrio y la bruja sin dientes. Entre el teatro del absurdo y el kabuki. Esas impresiones que me causan la familia parecen apuntar a la existencia de una psicosis parental funcional. La actriz principal para mí, Aurora, la Madonna del cuento, resaltaba sus virtudes gracias al mal reparto. Sin embargo queda confinada en esta representación ridícula sin lograr fulgurar en el escenario de la vida. Solía pensar que Aurora era mucha hija para pocos padres. Parece que Aurora vive a su familia de una manera similar a lo que sentí por

ellos: experimenta ser muy diferente dentro de ella. En la última sesión, el padre comenta con mucho orgullo como su hija le prestó cinco mil pesos. Pensando desde Winnicott, la Madonna resuelve la situación económica desde un falso self donde no cabe la inmadurez adolescente, pues resuelve situaciones que no le corresponden. Durante el tratamiento, fue muy claro para mi reconocer aquellas cosas para las cuales no servían los papás de Aurora. Sin embargo, no fue fácil pensar para qué cosas sí servían. Haber trabajado las cualidades familiares habría permitido que Aurora rescatara un patrimonio identificador, pues sabemos que la familia es fundamental para garantizar e incubar las potencialidades del joven. Haber involucrado más a los padres en el proceso terapéutico, hubiera fortalecido el espacio psíquico ampliado. Podría haber sido un contrapeso para los objetos internos perseguidores marcados por la seducción.

La postura que tenga el terapeuta al respecto del trabajo de duelo permea su trabajo con los adolescentes. Autores como Anna Freud, Arminda Aberastury o Évelyne Kestemberg aportan, desde su experiencia clínica, un modelo metapsicológico que resulta heredero de las aportaciones freudianas, en particular de aquellas expuestas en *Introducción del narcisismo* (1914) y *Duelo y melancolía* (1917). El acento entonces está puesto en lo que se tiene que enterrar, dejar atrás. Ahora bien, a partir de las aportaciones de Winnicott, Gutton y Jeammet, podemos pensar el proceso adolescente como una serie de paradojas donde lo infantil tendrá que ceder espacio para convivir simultáneamente con lo adolescente y adulto. No es que el duelo no tenga su lugar en el proceso terapéutico, sino que deja de ser el eje central. Lo que prevalece es la construcción del sujeto que tendrá que soportar las paradojas inherentes a su propia existencia: la autonomía solo es posible al reconocer la dependencia hacia los demás; ser único y diferente implica aceptar el patrimonio identificador de la familia; el cuerpo genital asusta, lo que a la vez lo vuelve hiperexcitante.

De acuerdo con Gutton, el adolescente llega a terapia porque se siente igual, porque no logra construir a partir de los cambios y las paradojas. Aurora llega conmigo en ese estado tan particular de inercia. Sabe que su cuerpo ha cambiado pero este

proceso lo vive al margen, desde una pasividad asfixiante. El tratamiento permitió pensar las angustias ligadas a la pubertad y en particular las relacionadas con el fantasma de la menstruación. A lo largo de la construcción de la relación terapéutica, pasamos del mutismo aplastante a hablar de las cámaras con las cuales le gustaría seguir los cambios corporales, no para controlarlos ni negarlos sino para dar cuenta de éstos. Poco a poco su necesidad imperativa de control fue cediendo gracias a nuestros intercambios. Al año de tratamiento, consiguió incorporarse a una escuela nueva, una que ella escoge. Se le ilumina el rostro cuando habla de sus compañeras, de los profesores, de lo que va aprendiendo.

El tiempo del psicoanálisis es el del *après-coup*, el *nachträglich*. A posteriori me doy cuenta de mi lugar en el tratamiento, de mis logros y de mis omisiones. Este reporte me ha permitido capitalizar la experiencia y ganar poco a poco mis títulos de nobleza como psicoterapeuta. Algunos elementos de la relación con Aurora, como con todo paciente, no estaban del todo claros, sino difusos. Logré reconocer la existencia de algunos puntos ciegos. Con el apoyo de la supervisión, gradualmente he podido metabolizarlos, a la par que proseguía mi propio análisis.

VI. BIBLIOGRAFÍA

- Aberastury, A; Knobel, M. (1971-2007). La adolescencia normal. México: Paidós Educador.
- Aichhorn, A. (1925-2002). La juventud desamparada. Barcelona: Gedisa.
- Ajuriaguerra de, J.; Marcelli, D. (1996). Psicopatología del Niño. México: Masson.
- Alexander, F. (1961). The Scope of psychoanalysis 1921-1961: selected papers. New York: Basic Books.
- Aulagnier, P. (1975-2007). La violencia de la interpretación. Buenos Aires: Amorrortu.
- Aulagnier, P. (1984-2003). El aprendiz de historiador y el maestro-brujo. Buenos Aires: Amorrortu.
- Balint, M.; Balint, E.; Ornstein, P.H. (1996). Psicoterapia focal. Barcelona: Gedisa.
- Baranger, M; Baranger, W. (1969). Problemas del campo psicoanalítico. Buenos Aires: Kargieman.
- Bayle, G. (1999). Le trésor des phobies. Paris: PUF.
- Bernateau, I. (2004). Le temps arrêté. Adolescence. 4. 50. 845-855.
- Bernateau, I. (2010). L'adolescent et la séparation. Paris: PUF.
- Bernfeld, S. (1922-1995). Concerning a typical form of male puberty. Adolescent Psychiatry. 22. 51-66.
- Bion, W.R. (1948-1979). Experiencias en grupo. Buenos Aires: Paidós.
- Bion, W.R. (1962-1980). Aprendiendo de la experiencia. Barcelona: Paidós.
- Bleichmar, H. (1984-2007). El narcisismo. Estudio sobre la enunciación y la gramática inconsciente. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Blos, P. (1966-2004). La transición adolescente. Buenos Aires: Amorrortu.
- Blos, P. (1970-2003). Los comienzos de la adolescencia. Buenos Aires: Amorrortu.
- Bleger, J. (1978). Simbiosis y ambigüedad. Estudio psicoanalítico. Buenos Aires: Paidós.

- Bleuler, E. (1911-1960). Demencia precoz: el grupo de las esquizofrenias. Buenos Aires: Paidós.
- Blum, B. ; Ito, E. (2008). Más allá del diván. México: Plaza y Valdés.
- Bollas, C. (1991). La sombra del objeto: psicoanálisis de lo sabido no pensado. Buenos Aires: Amorrortu.
- Boursaux, C. (2004). Rythmicité, dynamique libidinale et temporalité à l'adolescence. *Adolescence*. 4. 50. 857-867
- Braconnier, A. (2009). L'adolescence aujourd'hui. Toulouse: Érès.
- Cahn, R. (2004). Subjectalité et subjectivation. *Adolescence*. 4. 50. 755-766.
- Chagnon, J.Y. (2005). Féminité entre latence et adolescence. *Adolescence*. 3. 53. 557-573.
- Coles, R.; Kagan, J. (1972). Twelve to sixteen. Early adolescence. Nueva York: W.W. Norton & Company.
- Cueli, J.; Biro, C. (1975). Psicocomunidad. México: Prentice Hall.
- Delgado, C. (1999). Las barreras o núcleos autistas en pacientes neuróticos. Discusión del caso de un púber con fobia escolar. *Estudios sobre psicosis y retardo mental*. 4. 127-134.
- Deutsch, H. (1944-1987). La psychologie des femmes I. Enfance et adolescence. Paris: Quadrige, PUF.
- Deutsch, H. (1967-1974). Problèmes de l'adolescence. Paris: Payot.
- Dolto, F. (1988-1997). La cause des adolescents. Paris: Robert Laffont.
- Dolto, F. (1984-1992). L'image inconsciente du corps. Paris: Seuil.
- Domínguez Michael, C. (2001). La sabiduría sin promesa. Vidas y letra del siglo XX. México: Joaquín Mortiz
- Douville, O. (2004). Fondations subjectives du temps à l'adolescence. *Adolescence*. 4. 50. 767-780.
- Duvignaud, F. (1981-1987). El cuerpo del horror. México: FCE.
- Erikson, E. (1950-1987). Infancia y sociedad. Buenos Aires: Hormé.
- Erikson, E. (1972-2007). Sociedad y adolescencia. México: Siglo XXI.

Estes, H.R.; Haylett, C.H.; Johnson A.M. (1956). Separation anxiety. American journal of psychotherapy. 10. 682-695.

Ferenczi, S. (1931-2004). Confusion de langue entre les adultes et l'enfant. Paris: Payot.

Ferenczi, S. (1932-2008). Sin simpatía no hay curación. Diario clínico de 1932. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, A. (1936-2007). Los mecanismos de defensa. México: Paidós.

Freud, A. (1976). Psicoanálisis del desarrollo del niño y del adolescente. Barcelona: Paidós.

Freud, A.; Osterrieth, P.; Piaget, J. (1984). El desarrollo del adolescente. Buenos Aires: Hormé.

Freud, S. (1893-2001). Estudios sobre la histeria. O.C. Tomo II. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1895-2001). Proyecto de psicología. O.C. Tomo I. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1900-2001). La interpretación de los sueños. O.C. Tomo IV. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1905-2001). Tres ensayos de teoría sexual. O.C. Tomo VII. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1906-2001). La moral sexual "cultural" y la nerviosidad moderna. O.C. Tomo IX. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1909-2001). La novela familiar de los neuróticos. O.C. Tomo IX. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1909-2001). A propósito de un caso de neurosis obsesiva. O.C. Tomo X. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1910-2001). Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre. O.C. Tomo XI. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1912-2001). Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa. O.C. Tomo XI. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1914-2001). Recordar, repetir y relaborar. O.C, Tomo XII. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1914-2001). Introducción del narcisismo. O.C. Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu.

- Freud, S. (1915-2001). Pulsiones y destinos de pulsión. O.C. Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1917-2001). Duelo y melancolía. O.C. Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1918-2001). El tabú de la virginidad. O.C. Tomo XI. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1919-2001). Carta a la doctora H. Hug Hellmuth. O.C. Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1920). Más allá del principio de placer. O.C. Tomo XVIII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1923-2001). El yo y el ello. O.C. Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1924-2001). El sepultamiento de Edipo. O.C. Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1925-2001). Nota sobre la pizarra mágica. O.C. Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1925-2001). Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos. O.C. Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1925-2001). Prólogo a August Aichhorn, *Verwahrloste Jugend*. O.C. Tomo XIX: Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1926-2001). Inhibición, síntoma y angustia. O.C. Tomo XX. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1931-2001). Sobre la sexualidad femenina. O.C. Tomo XXI. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1937-2001). Construcciones en el análisis. O.C. Tomo XXIII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Galimberti, U. (1992-2002). *Diccionario de psicología*. México: Siglo XXI.
- García, G. (2008). Adole(s)cer o la abolición de la primavera. En *Púberes y adolescentes. Lecturas lacanianas*. Buenos Aires: Grama. 25-35.
- Giddey, C.; Lopez S. (2005). *Se prendre au jeu, se prendre au corps*. *Adolescence*. 2. 52. 427-434.
- Givre, P.; Tassel, A. (2007). *Le tourment adolescent. Pour une théorisation de la puberté psychique*. Paris: PUF.

- Givre, P.; Tassel, A. (2010). Le tourment adolescent. Tome 2. Divergences et confluences. Paris: PUF.
- Gombrowicz, W. (1937-1984). *Ferdydurke*. Barcelona: Edhasa.
- Gougaud, H. (1992). *L'Arbre d'amour et de sagesse, contes du monde entier*. Paris: Seuil.
- Green, J. (1947-1989). *Si yo fuese usted*. Barcelona: Destino.
- Gutton, P. (1983). Le commencement d'une femme dans la fin d'un enfant. *Adolescence*. 1. 2. 201-216.
- Gutton, P. (1991). *Le pubertaire*. Paris: Quadrige, PUF.
- Gutton, P. (1996). *Adolescents*. Paris: Quadrige, PUF.
- Gutton, P. (2004). *La naissance pubertaire*. Paris : Dunod.
- Gutton, P. (2008). *Le génie adolescent*. Paris : Odile Jacob.
- Heimann, P. (1950-1987). *Le contre-transfert*. Paris : Navarin.
- Hénin, M. (2006). Agir et savoir. *L'Information Psychiatrique*. 82. 3. 227-230.
- Houssier, F. (2003). L'adolescent, un sujet récalcitrant dans l'histoire de la pratique psychanalytique. L'originalité de l'approche d'August Aichhorn. *Dialogue*. 4. 162. 35-45.
- Houssier, F. (2003). S. G. Hall (1844-1924) : un pionnier dans la découverte de l'adolescence. Ses liens avec les premiers psychanalystes de l'adolescent. *La psychiatrie de l'enfant*. 2. 46. 655-668.
- Hug-Hellmuth, H, von. (1991). *Essais psychanalytiques*. Paris: Payot.
- Hug-Hellmuth, H. von. (1919-1975). *Journal d'une petite fille*. Paris: Gallimard.
- Inhelder, B.; Piaget, J. (1956-1971). *De la lógica del niño a la lógica del adolescente*. Buenos Aires: Paidós.
- Jeammet, P. (1992). Lo que se pone en juego. Las identificaciones en la adolescencia. *Psicoanálisis con niños y adolescentes*. 2. 41-57.
- Jeammet, P. (2002). Spécificités de la psychothérapie psychanalytique à l'adolescence. *Psychothérapies*. 2. 22. 77-87.
- Jeammet, P. (2005). Adolescence et dépendance. *Psychotropes*. 3. 11. 9-30.

- Jeammet, P. (2007). L'adolescence. Francia: Solar.
- Jeammet, P. (2007). L'adolescence aujourd'hui, entre liberté et contrainte. *Empan*. 2. 66. 73-83.
- Jeammet, P. ; Sarthou-Lajus N. (2008). Les contradictions de l'adolescence. *Etudes*. 7 Tome 409.
- Jeammet, P. (2010). Pour nos ados, soyons adultes. Paris: Odile Jacob.
- Jones, E. (1922-1948). Some problems of adolescence. *Papers on Psycho-analysis*. Londres: Baillière, Tindell and Cox. 389-406.
- Joyce, J. (1916-2005). Retrato del artista adolescente. México: Lectorum.
- Jung, C.G. (1907-1987). Psicología de la demencia precoz: psicogénesis de las enfermedades mentales. Barcelona: Paidós.
- Kafka, F. (1915-2006). La metamorfosis. México: Era.
- Kamel, F. (2002). Entrer dans l'adolescence. Le temps de la latence. Paris: In Press.
- Kancyper, L. (2007). Adolescencia: el fin de la ingenuidad. Buenos Aires: Lumen.
- Kazdin, A. (2001). Métodos de investigación en psicología clínica. México: Pearsons Education.
- Kestemberg, E. (1999). L'adolescence à vif. Paris: PUF.
- Klein, M. (1969). Essais de psychanalyse. Paris: Payot.
- Ladame, F. (2006). Moses Laufer. *Adolescence*. 4. 58. 783-785.
- Laplanche, J. (1973-2001). Vida y muerte en psicoanálisis. Buenos Aires: Amorrortu.
- Laplanche, J. (1980-2000). Problemáticas I. La angustia. Buenos Aires: Amorrortu.
- Laplanche, J. (1987-2001). Nuevos fundamentos para el psicoanálisis. Buenos Aires: Amorrortu.
- Laplanche, J. (1993). El extravío biologizante de la sexualidad en Freud. Buenos Aires: Amorrortu.
- Laplanche, J. Pontalis, J.B. (1967-1996). Diccionario de psicoanálisis. Barcelona: Paidós.
- Lavallée, G. (2004). Vision, pensée, narcissisme: que se passe-t-il quand tout est visuel? *Adolescence*. 3. 49. 503-518.

- Laufer, M. (1973-1982). Études de psychopathologie de l'adolescence. Psychiatrie de l'adolescent. Paris: PUF.
- Laufer, M. (1984). Break down. Adolescence. 1. 63-70.
- Laufer, E; Laufer, M. (1984-1989). Adolescence et rupture de développement. Paris: PUF.
- Laufer, E. (2005). Le corps comme objet interne. Adolescence. 23. 363-379.
- López Corvo, R.E. (2008). Diccionario de la obra de Wilfred R. Bion. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Mâle, P. (1964-1999). Psychotérapie de l'adolescent. Paris: Quadrige, PUF.
- Mâle, P. (1982). La crise juvénile. Paris: Payot.
- Marty, F. (2002). Transactions narcissiques à l'adolescence. Paris: Dunod.
- Marty, F. (2001). Figures et traitements du traumatisme. Paris:Dunod.
- Marty, F. (2003). L'adolescence dans l'histoire de la psychanalyse. Paris: In Press.
- Monniello, G. (2005). Actions thérapeutiques en psychothérapie d'adolescents. Adolescence. 2. 52. 285-294.
- Mannoni, O. (1996). La crisis de la adolescencia. Barcelona: Gedisa.
- Marcelli, D. (1986). Manual de psicopatología del adolescente. Barcelona: Masson.
- Marcelli, D. (2007). Psicopatología del niño. Barcelona: Masson.
- Mc Dougall, J. (1984-2004). Théâtre du Je. Paris: Gallimard.
- Mc Dougall, J. (1989-2003). Théâtre du corps. Paris: Gallimard.
- Mucchielli, A. (2002). Dictionnaire des méthodes qualitatives en sciences humaines et sociales. Paris: Armand Colin.
- Muuss, R.E. (1968-2005). Teorías de la adolescencia. México: Paidós.
- Ouvry, O. (2004). Freud: théoricien du pubertaire? Cliniques méditerranéennes. 2. 70. 241-252.
- Ovide. (1966). Les métamorphoses. Paris: Flammarion.
- Penot, B. (2004). Le face à face regarde le psychanalyste. Adolescence. 3. 49. 481-486.
- Piaget, J. (1964). Six études de psychologie. Ginebra: Gonthier.

- Pommereau, X. (1997). Quand l'adolescent va mal. Paris: J'ai lu.
- Press, J. (2003). Génitalité et psychosomatique. *Adolescence*. 21. 2. 249-259.
- Rank, O. (1912-2002). Volonté et psychothérapie. Paris: Payot.
- Richaud R.L.; Scharmann G. (2004). La vision flottante. De la pertinence du face à face à l'adolescence. *Adolescence*. 3. 49. 487-5021
- Roger, A.G. (1993). Hermine Hug Hellmuth et les aléas d'une fratrie exemplaire à travers le journal d'une jeune adolescente. *Adolescence*. 11. 2. 365-388.
- Roudinesco, E. (1997-2008). Diccionario de psicoanálisis. Buenos Aires: Paidós.
- Roudinesco, E. (2002). La famille en désordre. Paris: Fayard.
- Roudinesco, E. (2007-2009). Nuestro lado oscuro. Una historia de los perversos. México: Anagrama.
- Rousillon, R. (2008). Le transitionnel, le sexuel et la réflexivité. Paris: Dunod.
- Schimd-Kitsikis, E. (1999-2003). Wilfred R. Bion. Paris: PUF.
- Spitz, R.A. (1957). No and yes: on the genesis of human communication. New York: International Universities Press.
- Stanley Hall, G. (1904-1996). Adolescencia: el adiós a la infancia. Buenos Aires: Paidós.
- Tubert, S. (2000). Un extraño en el espejo. La crisis adolescente. España: Ludus.
- Tustin, F. (1987-1997). Barreras autistas en pacientes neuróticos. Buenos Aires: Amorrortu.
- Winnicott, D.W. (1971-1975). Jeu et réalité. Paris: Gallimard.